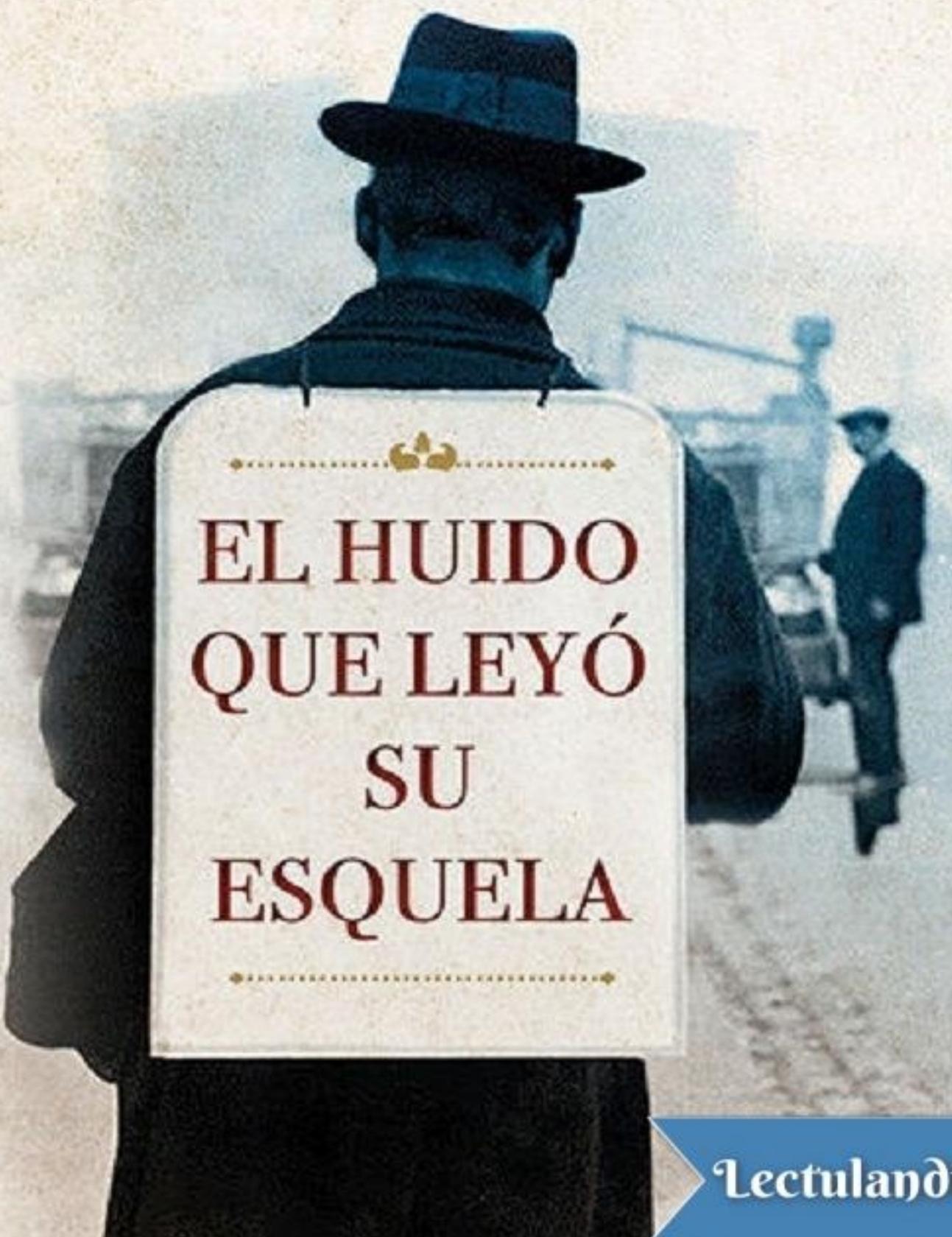




FERNANDO DELGADO



EL HUIDO
QUE LEYÓ
SU
ESQUELA



Lectulandia

Tras haber sido acusado de asesinar al cacique que había violado a su mujer, a Carlos lo dieron por ahogado en una playa de la isla de Tenerife. En realidad, una vez muerto el cacique, Carlos había huido a París, donde adquirió una nueva identidad con el nombre de Ángel y donde conoció a Erica, con quien formó una nueva familia y se instalaron en Berna. A pesar de ello siguió viviendo el peso o el orgullo de la culpa y su obsesivo deseo de escapada hacia donde fuera. El día que recibió una carta dirigida a su verdadero nombre, todo el pasado que hubiera querido olvidar regresó a su vida y le llevó a tomar una trágica decisión. El huido que leyó su esquela completa la Trilogía del Ahogado, que integran otras dos novelas anteriores de Fernando Delgado: *No estabas en el cielo* (1996) e *Isla sin mar* (2002).

Lectulandia

Fernando G. Delgado

El huido que leyó su esquila

ePub r1.0

Titivillus 18.08.17

Título original: *El huído que leyó su esquela*
Fernando G. Delgado, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Mariano Vega, que nunca se fue

¿Se puede salir moralmente impune de un homicidio?
¿Se puede vivir con la culpa de un crimen?

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

I

UN MUNDO AJENO

Nada ha sucedido realmente hasta que se recuerda.

VIRGINIA WOOLF

Erica Baumann paseaba una tarde por París, sola, cuando se encontró con su amigo Jean Pierre y le presentó a un compañero. Ahora lo recuerda.

—*C'est un bon ami de l'Espagne* —dijo Jean Pierre señalando al hombre que le acompañaba.

—¿Español? ¿De dónde...? —le preguntó Erica al desconocido.

—En realidad, soy un muerto, *mademoiselle*, estoy enterrado en el Atlántico.

Se presentó como un muerto y rieron los dos, Jean Pierre y él, con la leve euforia de una borrachera incipiente.

Erica se resistió a reír, no entendía la broma.

Rieron mucho la ocurrencia, pero ella siguió empeñada en no reír; no tenía una risa fácil ni su sentido del humor fue nunca la mejor prueba de su talento.

—A los muertos se nos conoce como a los caballos, por los dientes —dijo el español.

No ha dejado nunca de bromear con eso de que él es un muerto y a veces un verdadero caballo.

—Me gusta mucho España —dijo Erica por decir algo.

—A mí, no —respondió él—. ¿España, España...? ¿Dónde está España...?

Ella le contestó que bajando, bajando, se llega siempre a los infiernos.

Charles repuso que los infiernos sí le eran muy conocidos, ya le había dicho que él era un muerto, aunque no le había precisado que era además un muerto malo, es decir, un muerto condenado, un meritorio habitante del infierno.

Cada vez que se declaraba muerto, y lo hacía con insistencia, volvían las carcajadas.

Aquella tarde del primer encuentro, Erica, a pesar del poco interés por ella que detectaba en principio en él, le preguntó, atrevida, si se verían de nuevo.

Pero él no fue muy sutil en aquel primer encuentro y se interesó poco por ella; le preguntó simplemente si era soltera o casada, y el tonto de Jean-Pierre respondió por Erica; dijo que era una monja, con lo cual el dichoso Charles siguió la chanza y con un «perdone, hermana» se evitó continuar la indagación.

«La verdad es que entre la gente del partido —piensa Erica— o eras una puta o una monja», y con la poca gracia que le hacían las monjas prefería pasar por una de ellas a que le metieran mano.

«Para mi madre, que me preguntaba en Berna a cada rato si yo tenía un hombre en París —recuerda Erica—, estaba más cerca de la puta que de la monja».

Pero Erica aparta de sí el recuerdo de su madre vigilante, implacable en la imposición de sus costumbres, para seguir con la evocación del encuentro con Charles.

Su propio rostro, el de Erica —se recuerda a sí misma ante un espejo—, era redondito, redondito y vivaz. El rastro de la inocencia que los sobresaltos han ido apagándole con el tiempo le imprime ahora un aura que se vuelve irónica unas veces, ingenua otras, en sus ojos claros y pequeños; esforzados por sobresalir, si se pinta, con el subrayado del rímel. Cuando se arregla y la coquetería impone agilidad a su cabeza para otorgarle un movimiento que airea una melenilla rubia, cuidadosamente amaestrada con sus dedos, parece una muñeca que trasluzca la sana tersura en el rostro de la campesina de sus ancestros suizos.

Él, desde luego, no le hizo mucho caso, siempre más pendiente de sí mismo, de que Jean-Pierre le riera las gracias, que de ella; ninguno de los dos se ocupó de lo que quisiera tomar Erica; dijeron que a esas horas, y serían las siete de la tarde, lo tenía mal si no quería beber alcohol. Un modo de provocarla.

—Y beberéis alcohol como las indecentes —expresaba sus temores la madre de Erica por los comportamientos de su hija.

Aquella tarde les había pedido a Charles y a Jean Pierre un cigarrillo y lo encendió para mostrarse algo mundana o sencillamente por llamar la atención.

Lo pagó caro, creyó morir de tos. Acabó convertida, sin embargo, en una fumadora empedernida. Hasta el punto de que la señora Baumann percibió en ella su aliento dominado por el tabaco y quedó convencida de que tenía en su hija a una viciosa.

—Andas como alelada —le reprochaba su madre cuando ella volvía a la casa familiar de Berna.

El señor Baumann le preguntaba entonces a su esposa, preocupado, si no le parecía muy atrevida la ropa de Erica, si era lógico que en Berna su hija vistiera como en París...

«A saber qué hace en París».

También a su madre le inquietaba mucho lo que pudiera hacer Erica en París con un hombre.

«Pasarás por camas que no son la tuya —se alarmaba la señora Baumann con enfado sin obtener respuesta de Erica, sin conseguir siquiera que su hija, impertérrita, se molestara porque su madre (calvinista ejerciente hasta el extremo) la diera por una perdida—. Algo has dejado en París... Podrías confiar en tu madre, hija...».

Se avergüenza Erica al recordar ahora que le dijo a Charles que tenía una bonita dentadura; se avergüenza porque no le parece propio piroppear a un hombre cuando una lo acaba de conocer, pero le da más vergüenza aún que el piropo consistiera aquella vez en elogiar precisamente sus dientes.

Luego le ha repetido muchas veces a él que menos mal que rió en aquel momento porque el recuerdo que se llevó a su casa la tarde de París fue el de una risa, sobre todo; una risa que la conquistó, sí, una risa que daba confianza y por la que parecía que se entregaba a la gente.

Si él no hubiera reído aquella tarde quizá no estarían ahora juntos. Cuando se fue a su casa, lo que le había quedado de Charles en el recuerdo, insiste, lo que la había cautivado, era su risa.

Pero lejos ahora de aquella tarde, Erica recuerda, en este momento de su desolación, de su desconcierto por la evolución de aquella risa (en realidad, por los cambios habidos en su relación con él desde entonces), el duro contraste de la risa de Charles con sus ojos.

Por sus ojos, que pasaban del verde al color miel según las luces, se encerraba en sí mismo, ponía un paredón al sentimiento, huidizos o vivaces los ojos de acuerdo con lo que pensara en ese momento o con el estado de ánimo que tuviera; se encerraba en sí mismo por los ojos, pero eran los ojos los que le delataban: ella veía reflejadas en sus ojos todas las borrascas, sobre todo las borrascas de la memoria que lo perseguían.

—Mi novio es un muerto —declaró al fin Erica a su madre, que no estaba para bromas.

—¿Te dedicas a coleccionar cadáveres? —le preguntó el señor Baumann a su hija.

Y sin que ella le contestara, añadió:

—No me extraña, estás loca.

Nada estaba claro para la señora Baumann en la relación de su hija con ese novio raro y sin porvenir que terminó trayendo a su ciudad.

—¡Un español! —exclamó por su parte Walter Baumann, nada más conoció la noticia del noviazgo de Erica.

—Nuestra hija no pudo elegir mejor: irse a París para volver con un español errante...

—Habrá dejado novia en España —especuló la señora Baumann—. O tal vez esté casado. ¿Qué sabes tú de su pasado, hija? Aunque, pensándolo bien —reflexionó en voz alta—, si está casado, mejor; eso impedirá que os caséis.

Lo único que dijo Erica entonces a sus padres fue que no temieran por eso, que era ella la que no quería casarse. Ni con Charles ni con nadie.

Sin embargo, lo que le había propuesto a Charles cuando le ofreció llevárselo con ella a Berna fue lo contrario: el matrimonio.

—Muerto o no, habrá que darle un trabajo en casa —había decidido la señora Baumann, refiriéndose a que en la central ganadera que poseía la familia se le podría acoger, cuando consideró inevitable que su hija apareciera en Berna con Charles, dispuesta a que éste se quedara.

Pero Erica, ya con Charles en Berna, con su primer empleo de vulgar limpiacristales, no daba explicaciones o creía que se explicaba con sus padres encogiéndose de hombros simplemente.

—No lo puedes tener limpiando cristales en esta ciudad y exhibirte después con él por esas calles, presa de las murmuraciones y las sospechas, manchando el honor de esta familia. Irse a París —siguió la señora Baumann— para volver con un desgraciado; maestro, maestro, sí... ¿Me quieres decir para qué le sirve aquí a un español su título de maestro? Además, ¿has visto el título?

Y pasó el tiempo.

—¿Para cuándo el matrimonio? —preguntaba la señora Baumann con retintín.

—¿Quieres decirme qué busca ese hombre aquí? —preguntó por su parte el señor Baumann, severo y desconfiado.

Y luego concretó:

—¿Me quieres decir de qué huye? Siendo un español, ¿no crees que podría ser un fugado? ¿Puedo yo dar trabajo y cobijo a alguien que ha escapado de su país, a un enemigo del general Franco?

«Un amigo de Franco, no, desde luego», se dijo ella sin responder a su padre, aunque la culpa de que Charles y Erica no pudieran casarse la tenía para ella ese mundo propio y desconocido que Charles dejó atrás. El mundo del que venía el que llegara a ser su novio cuando ella pasaba aquella tarde por la Rue de la Pompe, en París, y su amigo Jean-Pierre la llamó desde un bar, *bon soir, bon soir*, y señaló al apuesto caballero que todavía se llamaba Carlos.

Jean-Pierre era amigo de Aldes, una vieja librera que acogió a Charles en Antiquariat desde su llegada a Berna. Empeñada en seducirlo cuando su también amigo Giorgio, un enloquecido comunista italiano, se lo envió a la librería con una carta de recomendación en la que lo presentaba como un maniático de los libros, Aldes supo en seguida de este hombre que tenía en común con las letras algo más de lo que pudiera parecer a primera vista: «Como casi todos los buenos libros —dijo, sintiéndose atraída por él—, encierra un enigma».

Esta convicción de Aldes, la de hallarse ante un hombre raro, podía más que su curiosidad, pero un hombre que busca refugio, desvalido, pensó ella que siendo español y enviándoselo Giorgio se trataría sin duda de un huído de Franco; lo mismo que llegó a recelar el señor Baumann. Así que se propuso no plantear remilgos al calor que le pudiera ofrecer una madre a su recomendado y tuvo que hacer el esfuerzo de rebuscar para hallar en la faltriquera de sus habilidades las pocas mañas de madre que poseía. Pero si la discreción de madre le aconsejaba no interesarse demasiado por los afectos de este nuevo hijo suyo, los deseos de mujer le recomendaban no mezclar esta vez una cosa con otra.

Aunque supuso siempre que huía de Franco, no le preguntó nunca de quién huía, por más que no hallara otra razón, insistía segura, para que Giorgio se lo

recomendara; Giorgio era un animal político sin concesiones; seguro que este hombre que le enviaba huía de Franco, «esa bestia que no acaba de morir».

De este modo le ahorró a él explicaciones y dio por sentado que cualquier comunicación con su pasado no sólo constituía un modo de relacionarse con un mundo ya imposible, ajeno y lejano, y en consecuencia inútil para él, dijo Aldes, sino que de empeñarse en seguir manteniendo relación con ese mundo correría el riesgo de ser descubierto y en consecuencia maltratado.

Lo suele llamar *monsieur* Pérez, por su apellido falso, no por su nombre de origen, pero esta vez lo llama familiarmente por su nombre falso, el de su falso pasaporte, el onomástico de uso común en su clandestinidad (Ángel, Ángel Pérez Navamuel).

Una llamada anónima inquietó a Erica durante algún tiempo por eso mismo:

—¿Se llama Charles verdaderamente? ¿Por qué le llama Charles? ¿No se llama Ángel?

La voz meliflua, difusa, inaprensible, esperaba un instante la contestación y ante el silencio colgaba.

Hasta que decidió Erica explicarle a la insistente e intrépida requirente que sí, se llama Ángel, que el nombre de Charles es tan sólo un modo cariñoso de llamar, que a todo hombre que una admite en su vida, le dijo, tiene derecho a cambiarle el nombre para que sea otro, nuevo, cercano, el elegido por una.

Sin ir más lejos, ella, de pequeña, se había hecho llamar Trudi en el colegio y lo mismo después en el partido. Charles la llamó Trudi durante algún tiempo.

—Extraño, ¿no?

—Pues sí, extraño.

No volvieron a molestarla, mejor así.

De no haberse explicado es posible que la interesada y anónima interpeladora hubiera llamado a la policía para exigirle una investigación sobre el falso nombre de Charles: dar a un suizo motivo de curiosidad por caprichos onomásticos puede conducir a un problema judicial por falsificación de identidades; «aunque esta vez con razón, las cosas como son; falso es su pasaporte», se dijo Erica, conociendo a los suyos. Los suyos son los suizos; los búhos, dice.

Si Charles acude hoy a la librería Antiquariat, aunque lo hace frecuentemente, es porque Aldes le ha anunciado que tiene para él una sorpresa, y toda sorpresa es para Charles, casi siempre con el alma en vilo, un nuevo motivo de inquietud.

Nada más verlo entrar en la librería, la señora Aldes se ve obligada a extender su brazo hacia la derecha del mostrador y le señala con el índice a su amigo Ángel, que es como le llama, el lugar extremo en el que un pisapapeles de bronce salva una carta importante de cualquier extravío posible. Insiste ahora, de un modo enérgico, en señalar la carta.

—La carta sin más, sin haber sido abierta —ahora levanta Aldes su voz, imponiéndose—, ya dice algo, dice que está usted localizado, Ángel. ¿O prefiere que lo llame Carlos o Charles?

Charles desgarrá el sobre como si lo abriera de nuevo, mira el texto y, aturdido, bastante aturdido, abandona la carta sobre el viejo mostrador en el que siguen esparcidos los grabados.

Pero Charles, o Ángel, vislumbra a Aldes molesta al principio, quizá por el alboroto de *Tito*, su perro, al que ya está acostumbrada, aunque seguro que su enfado tiene otro motivo: quizá la propia interrupción inoportuna de Charles en la operación de venta en la que se afana ella, su vista entregada a los viejos grabados de Durero que reparte por el pequeño mostrador, insistiendo en la excelencia de las láminas, muy correspondida de modo atento por su cliente.

Aldes, sin embargo, conociéndole como ella cree conocerle, persigue en el rostro de Charles la sombra de la inquietud que todas las cartas traen, según ella. Y más en su caso.

Debe saber que una carta que pueda inquietarle hasta el punto de incitarle a huir, como Aldes debe suponer o está suponiendo, o que simplemente entienda que lo incita a la escapada, alimentando una obsesión suya que ella conoce muy bien, puede ser para él, según se vea, una satisfacción que alimentará sin duda sus manías. Eso es lo que busca.

Pero él no se apresura, ni mucho menos, a recoger la carta.

Precisamente por la carta, teme que Aldes, de un modo involuntario e indirecto, esté informando al cliente que atiende en este instante de algo que pueda haber llegado a interesarle más que los grabados: la propia carta.

Porque Charles no descarta que el cliente pueda tratarse de algo parecido a un espía. Aunque, esto aparte, y a pesar del supuesto espía, la única señal de interés que se le percibe a él por la carta es que detiene ahora su marcha, como si una sorpresa oculta lo inmovilizara de pronto, y permanece junto a la puerta tratando de contener a *Tito*, ya que la euforia y la intranquilidad del perro se incrementan con el presentimiento de la calle.

De todos modos, no está claro que se inmute, o que se inmute mucho, pero simula que se inmuta sin dejar de escrutar al cliente y dándole a entender a ella que el mérito de guardar sus cartas con tanta atención y curiosidad no ha sido demostrado hasta ahora; más que nada, bromea, porque no se ha dado la ocasión: nunca, hasta este momento, ha recibido una carta en Antiquariat.

—Nunca hasta ahora —dice Aldes—. Sobre todo, nunca con remite de Madrid. Pero puede que esta carta sólo sea la primera de las que aquí reciba desde España.

Y le acerca la carta mirándole fijamente para no perderse el más leve auspicio de la sorpresa de él al tomarla en sus manos.

Charles toma el sobre y, en lugar de repasarlo, siquiera sea de un modo somero, le pregunta a Aldes, sin mirarlo, si está segura de que esa carta es para él, tratando quizá de evitar así la puesta al tanto del sospechoso cliente.

Luego extiende el brazo con la carta en la mano, pretendiendo devolvérsela sin intentar mirarla, como quien ya sabe su origen y la rechaza, y ella cruza los brazos y se encoge de hombros haciéndole comprender que esa carta no es en todo caso un problema suyo; será un problema de él.

Baila Charles con el perro y el caballero coleccionista, sorprendido, hace los cumplidos que le parece que el perro merece por su maestría en el baile.

—Tan ganso es el uno como el otro —comenta la librera al anciano comprador para disculpar de semejante modo a su amigo, igualándolo a su perro en las habilidades del juego, lo que le parece a Charles una indudable impertinencia.

Tito responde indiferente a lo que tendría que haber recibido como un halago, y después de establecerse sobre la alfombra con la natural elegancia del airedale terrier, vuelve el hocico hacia la chimenea en lo que puede ser tomado por un pretendido gesto de desaire a su dueña.

Una vez vuelto hacia el fuego levanta las orejas con picardía.

El cliente vuelve a rastrear la mirada por los grabados al tiempo que Aldes lo hace, y confirma con ella, al dorso de los papeles, los vestigios de la antigüedad de las láminas.

Aldes levanta levemente la cabeza para mirar a Charles y le guiña uno de sus hermosos ojos azules que sobresalen entre las arrugas más inevitables y confieren a la vieja un halo de juventud resistente.

No se sabe muy bien si con la picardía que revelan en el guiño confirman los ojos un engaño al cliente, pero él sabe que Aldes disfruta con sus logros de astucia mercenaria y los tiene por una especie de victorias que contrastan con otras desidias

económicas; tal vez rastros de la bohemia que vivió en París y que a veces la hacen lamentarse de ser una orgullosa derrotada sin la menor disposición a corregirse.

Pero no es sólo eso, se trata también de la complacencia de deshacerse al fin de lo que nunca fue su negocio: un cúmulo de grabados que su difunto marido le ha dejado allí como una rémora, tan sólo por distanciarse de ella en el trabajo, una vez reconoció, aunque tarde, suele explicar Aldes, su incapacidad para competir con su mujer por el ojo de lince que tiene ella para los libros viejos.

El cliente demuestra ser un verdadero experto en grabados y en Durero, con lo que Aldes se crece ahora en explicaciones, frecuentemente erróneas por lo que Charles presiente, sonriendo ella, deslizándose en detalles de técnicas que llevan sus dedos afilados, la tensa expresividad de sus manos, a pasar suavemente, como quien constata la emoción al tacto, a falta de otras explicaciones rigurosas, por plumachos, armaduras y veladuras diversas.

Por el aumento del nerviosismo y la torpeza en su palabrería —es poco indulgente consigo misma si se le trasluce alguna inesperada desmaña intelectual— barrunta él su incomodidad ante el premioso aunque hábil comprador.

Acaricia Charles al perro, agachándose un poco, pero mantiene la cabeza en alto para fijarse desconfiado en el cliente, como si tratara de identificar en el posible comprador un busto conocido o visto ya al que no consigue poner cara.

Más cerca ahora de la puerta, soportando la imprecación del perro que se encarama a su muslo añorando la calle, repite él que se marcha.

El hombre de los grabados lo mira de refilón por algo, ajeno a veces a los argumentos de Aldes y forzando el reojo con un disimulo que le inquieta y empieza a convertirlo para Charles en un verdadero sospechoso de no sabe por el momento qué.

Está inquieto Charles y el perro detecta su nerviosismo y sigue con los ojos su tropezosa espera, bien es verdad que de un modo interesado por si le cae el regalo de un paseo.

Pero él decide sobre la marcha irse a casa o pasarse por el Hotel Brístol para tomar una copa con su compatriota, Antonio, tan amigo suyo, en esta tediosa tarde de Berna.

Está muy lejos de suponer aún que el nerviosismo de Aldes con su cliente no sólo tenga que ver con la ardua venta de los grabados en la que sigue metida, sino con algo que le pueda afectar a él muy especialmente, lo quiera o no, con la carta por medio.

Hace un vago ademán de despedida a Aldes, le asoma una palabra tímida, una expresión cortada, un murmullo.

Tal vez sea sólo un indicio de respiración ansiosa lo que le llega a Aldes de él para que la librera levante al fin una mano de las láminas y le ruegue que se detenga, por favor, que espere.

Charles se resiste, tratando de explicarle que tiene cosas que hacer, y el perro, como si ya diera por consumada la despedida, se alza para intentar salir con él

volviendo a mover el rabo con un entusiasmo no correspondido.

Así que Aldes interrumpe por un momento al cliente en su rectificación de la oferta, con un gesto de desdén que está dando por acabado el negocio, y le advierte irónicamente a su amigo que no tendrá quejas del cuidado con que se guardan sus cartas en el desordenado universo de la antigua librería; allí la abundancia de papeles suele hacer que las cartas corran cualquier suerte en el desorden.

El cliente da la impresión de sentirse algo embarazado; falsa impresión para Charles, que está convencido de que el individuo intenta investigar con disimulo. Pero no se trata de eso: la verdadera sensación del cliente es la del que se encuentra inevitablemente inmiscuido en un asunto íntimo en el que se puede comprender fácilmente que se sienta un no querido testigo intruso.

Y como lo percibe así, trata primero de distraerse, de disimular haciendo carantoñas al perro, pero el perro le responde con un desdén semejante al de su dueña y alza su cabeza atento a la conversación entre Aldes y Charles, con lo que al cliente no le queda otro remedio que ofrecer en voz alta una cantidad, dándola por definitiva, y la librera responde tajante que lo deje, que prefiere conservar las láminas.

El cliente no evita el enfado y lo demuestra —piensa Charles que porque no le queda más remedio que marcharse; teme seguramente para él al desvelamiento del espía— y el perro lo acompaña hasta la puerta hociqueando por sus tobillos con el modo arbitrario de entretenerse que tienen los perros, pero no aprecia Charles gratuidad en el rastreo del animal; por el contrario, le agradece su intento de colaboración —sonríe— y también da por cierto que hasta el perro barrunta el encubrimiento de este cliente que para él no es tal.

No disimula la librera su alivio ante la decisión de un pretendido comprador que ya había olvidado y lo traduce en seguida en gestos burlones de cortesía ante su cara, y de descarada mofa después, nada más cruza el indeciso cliente el umbral de la puerta.

—¿Está segura de que ese hombre vino a intentar comprar las láminas? —le pregunta a Aldes.

Ella no puede evitar la carcajada.

—Ya ha pasado el tiempo —dice— en que mi hermosura atraía a los hombres como moscas y perdían el tiempo conmigo, embobados.

—No quería referirme a eso, claro.

Ella arguye que no ha sospechado que quiera decir otra cosa, a pesar de la alta edad del cliente.

No obstante, añade:

—¿Qué otra cosa quería decir?

Pero por la risa provocadora de Aldes se le escapa ahora un hilo de erotismo enmohecido aunque existente, la huella de la mujer que fue y que aflora en las ocasiones íntimas con una voz que el tabaco y el alcohol le han ido enronqueciendo.

—¿No ha pensado usted, señora Aldes —no apean el tratamiento a pesar de que

abunden siempre las ocasiones de afecto entre ellos—, que ese hombre podría ser muy bien un detective?

—¿Un detective experto en Durero, formado para esta ocasión en la que usted tendría que venir a Antiquariat, justamente esta tarde, ya lo sabía el detective, para recibir de mi mano una carta con la que usted se sentiría delatado tan sólo al ver el sobre sin ni siquiera observarlo o precisamente por no observarlo?

Ríen los dos.

Charles —Ángel, o *monsieur* Pérez, según el falso pasaporte— tiene que reconocer que el detalle de la experticia en Durero lo ha dejado fuera de juego, pero añade sin dejar de reír que los detectives usan para disimular cualquier arte y que a la vista de lo poco que sabe ella del grabado y de Durero cualquiera puede haber improvisado su experticia en un manual.

—¿Sabe usted más de Durero que yo?

—Sí —responde él—, al menos de los sueños de Durero.

Lo que más le sorprende a ella es que habiéndole dado a entender que esta carta lo delata, como la otra anterior que recibió en su propia casa, siga aún distrayéndose, riendo y hablando del posible detective, y hasta de los sueños de Durero, con la carta en la mano y sin haberla mirado siquiera de reojo.

—Si lo que desea es que la carta vuelva a su origen, *monsieur* Pérez, será usted quien se ocupe de devolverla —le advierte Aldes risueña—. Y además prefiero que su correspondencia no atraiga hasta mí detectives tan pesados como el de esta tarde.

El perro ladra sin aparente motivo y ella lo atribuye al juego de los roedores con una primera edición de Hölderlin que les resulta por lo visto muy apetitosa.

—Tienen buen gusto literario los ratones —comenta la librera.

—Podría entregar también la carta a los ratones y ofrecerle un sosiego a Hölderlin.

Le da la idea a Aldes acercándole de nuevo el sobre.

Ella se hace a un lado rechazando la carta que él intenta devolverle.

—*Tito* —le dice— no me lo perdonaría, lo quiere a usted tanto como a mí.

—La verdad es que no estoy seguro de que las cartas sean un buen alimento para los bichos, toda carta —la metió en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta que había abandonado en una silla— puede contener un explosivo, señora Aldes.

Aunque no es fácil que ella por lo común incurra en el desconcierto, lo mira desconcertada.

—La mejor manera de desactivar el explosivo es leerla, ¿no le parece, *monsieur*?

Llegó el día —recuerda ahora Erica— en que la señora Baumann puso los ojos en su hija con más atención y tal vez la encontró descuidada en el peso, más gorda cada vez y desmejorada y, después de muchas preguntas sin respuestas, temió lo peor.

—¿No habrás sido capaz de quedarte embarazada? —le preguntó en un desahogo de su inquietud.

Como siempre, no obtuvo respuesta de su hija.

El señor Baumann fue el que intervino esta vez con decisión, indignado:

—Si estás embarazada habrá que casarte pronto —alzó la voz furioso—, de lo contrario en esta casa no entrará una criatura sin padre por más que tenga que llevar nuestro apellido.

Pero el pequeño Karl no tardó en nacer y Erica les dio noticia de su parto.

Fue entonces cuando Walter Baumann, ofendido en su honor y preso de ira, le propuso a su hija un acuerdo para ella y su pareja: que escaparan los dos de Suiza con el niño y recibirían de él una permanente ayuda económica. No soportaba la vergüenza.

Pero Erica, que rechazó la propuesta de su padre apelando a su propia dignidad, se sintió sola esta vez; no tanto por la actitud de su progenitor, que repudió al nieto durante algunos años, como por el hecho de que a Charles le pareciera sensata la vil negociación del señor Baumann con evidente oportunismo por su parte, como si viera en esa propuesta una ocasión ventajosa para escapar de allí.

No dejó de pensar esta vez en la posibilidad de que su Charles la hubiera seguido a Suiza por conveniencia, dada la precariedad en la que vivía, ni dejó de sospechar que ahora se sintiera por lo mismo prisionero en Berna.

Ya se lo había advertido su madre: «Los hombres te camelan, te camelan, y cuando consiguen lo que buscan, hija mía, si te vi no me acuerdo. ¿Tú qué sabes de ese hombre, Erica? ¿Y si es casado?».

Tampoco esta vez Erica les dio la satisfacción de una respuesta, de lo que sí estaba satisfecha es de que al fin su padre, a pesar de todo, más por el qué dirán que por ella y su novio, hubiera accedido a darle trabajo a Charles, o mejor dicho, a Ángel Pérez Navamuel, ese maldito nombre inventado con el que figuraba en su pasaporte y en el registro del trabajo.

Dos días después irrumpe Charles de nuevo en la librería Antiquariat. Repite su desazón y al cruzar esta vez el umbral de la librería le llega con el espeso olor de lo viejo la tibieza de aquel espacio que jamás desatiende la librera, tan friolera desde siempre; las llamas de una chimenea que se encuentra entre los libros amontonados acusa un desaforado vigor que cualquiera diría que amenaza las viejas encuadernaciones. Buscando abrigo en el desorden, le invade el olor suavemente acre que los libros desprenden en su vejez, un olor a orín reconfortante que se va identificando cada vez más con el propio olor de su dueña.

Aunque ella, ofendida, se empeñe en desmentirlo, como es lógico, con el elogio de sus personales perfumes y del aroma natural de su piel, según —se lo inventa él, sonriendo con una mueca irónica— la reiterada certificación de autenticidad de sus amantes.

Tito, el perro de Aldes, nada más percibir ahora la cercanía del amigo español anuncia su júbilo con la cola activa, y siempre que él entra a la librería repite el perro de modo ritual el vano esfuerzo de intentar alcanzarle los hombros con sus patas al tiempo que ensordece a los presentes con el ladrido incesante de su alegría.

Simula Charles un baile con el perro que más bien parece un número de circo por el modo en que *Tito* se presta a la danza; una manera de corresponder a la actitud cariñosa del animal.

Recaba así la atención asombrada del nuevo cliente de la librera.

Pero al ver a Aldes en este instante entregada a la dilatada venta de unos libros antiguos, hace ademán de marcharse.

Aldes ni siquiera responde por ahora a su saludo.

Él va a decirse a sí mismo que no tiene secretos para Aldes, pero se da cuenta de que sí los tiene y de que además ella sospecha que los tiene.

Se deshace del gabán, de la bufanda, con el aire desganado de una víctima que oye otra vez un erudito alegato sobre André Gide; como quien percibe con desinterés una conversación ajena en una estancia lejana, en todo caso un alegato repetido.

La memoria le impone en este preciso instante la secuencia de un principio que no es tampoco el de su propia historia.

Ella, sin embargo, está poniendo ahora en duda la conveniencia de la venta ante el persistente regateo del cliente. Así que entre las exigencias económicas ampliamente

discutidas con el comprador imposible, como suele sucederle, consigue explicarle a Charles que don Victoriano, un poeta-profesor español, asiduo a sus reuniones, no vendrá esta tarde.

—Los días de nieve le inspiran, como usted sabe...

—¿Y Steiner?

Le pregunta por el hispanista al que la fascinación por la juventud de su mismo sexo le hace con frecuencia cambiar de planes.

—Habrá encontrado calor efébrico hoy —responde ella— y debe estar retozando por las nieves sin más ganas de arreglar el mundo.

Ríen.

Y en medio de esas risas, inesperadamente, llega Steiner, el ilustrado amigo común, haciendo alharacas a su llegada, sobrado de gestualidad y abundando en sus propias risas sin porqué, y toma asiento en su sillón de siempre, como si acabara de entronizar su sabiduría.

Toman el té con él y hablan de libros. Lo suelen hacer durante toda la tarde para distraer cualquier obsesión.

—No siempre los libros sirven para distraer las obsesiones —opina la señora Aldes con el asentimiento de Steiner—, más bien a veces contribuyen a crearlas.

En su caso particular —piensa Charles—, la vida le ha creado tantas obsesiones que los libros no han hecho otra cosa que ayudarle a disuadirlas.

Y opina Aldes que ése es su error, no hay nada peor contra el olvido que los libros.

Él no está de acuerdo, pero ella se impone:

—Los libros no hacen otra cosa que reinventar la vida, queridos, y todos terminamos por encontrar la nuestra en ellos.

—¿Cuál es el libro de tu vida, querida Aldes? —ironiza Steiner con mucho retintín y entre risas—. Debe tratarse sin duda del relato de un acontecimiento sensacional...

—Tus amores son más inquietantes, Jean. —Asoma en Aldes el rictus suficientón de su guasa.

—Bueno, es posible que los libros no sirvan para el olvido —argumenta Charles cortando la frivolidad—, pero quien cambia de lengua quizá cambie de corazón.

Steiner, que ríe ahora, lo mira extrañado; como si hubiera descubierto de pronto en las palabras del español una resonancia de su paisano, el poeta Luis Cernuda, y emprende, pedante, para sorprender a sus contertulios, el recitado de una retahíla de poetas españoles que bien conoce, Cernuda entre ellos, y a los que aprecia, con un atisbo de melancolía.

Ahora le pregunta a Charles:

—Dígame: ¿quién ha podido renunciar a su lengua de un modo tan definitivo como usted; conoce a alguien...?

En las tertulias de Antiquariat casi siempre tiene razón Steiner. También esta vez.

—Nunca, nunca renuncias a tu lengua, por más que quieras acabar de olvidar a tu propia madre.

Ignora Aldes que Charles, mirando ahora a la nieve desde un ventanal de la librería, recuerda de pronto a su madre, es decir, a la tía que hizo de madre: la madre solía decir, cuando se le sorprendía tras los visillos mirando a la ciudad nevada, su Madrid, y con los ojos idos, que para recordar le dijeran a ella si había algo mejor que fijar la mirada en la nieve.

Al recordar a su madre sonrío por nerviosismo o por el vértigo que le trae la sombra sorpresiva de la culpa, quizá contenida en la carta recibida. Su risa casi nunca supone que piense en algo divertido; no hay ninguna relación lógica entre el recuerdo y la sonrisa. Su sonrisa siempre, más que expresar algo, oculta algo, disimula algo.

O sonrío, quizá, por alguna súbita sensación de ternura.

Pero el miedo puede más que la ternura, o eso es lo que cree la señora Aldes ahora.

—No, si yo...

En una ocasión, Erica llegó a preguntarle a Charles por la mujer que había dejado atrás, si pensaba alguna vez en María —había llegado a saber que se llamaba María—, pero vio cómo sus ojos ardían de ira.

Aunque sí, le preguntó al menos una vez cómo era María, si parecida a ella acaso, aunque morena.

—Morena, no —le dijo él.

—Seguramente con ojos negros —dijo Erica.

—No, claros —respondió Charles, sin ganas de seguir hablando de María.

—Claros como los ojos de aquí. —Buscaba Erica el detalle, sabiendo que lo ponía en un aprieto o que rechazaba él aquella intromisión de ella en su cerrada intimidad.

—No, de una claridad salvaje, entre azules y verdes, unos ojos despiertos y atrevidos —aclaró con una vehemencia que a ella le resultó, no sabe por qué, excesiva. O sí lo sabía: barruntó que Charles podía seguir enamorado de aquellos ojos.

—Sería bajita como yo —insinuó queriendo saber más.

Él concluyó rotundo, con un grito:

—¡Basta!

La asustó.

Quizá no admitiera la comparación, supone Erica. O tal vez era más alta que ella y no quiso que Erica se sintiera disminuida con la respuesta.

Erica le pidió, no obstante, que le dejara ver la foto de María y la de Carlos, su hijo español, que se había traído en la cartera en su huida.

Fue entonces cuando él rompió en maldiciones y denuestos, nunca antes le había visto Erica semejante gesto de desaire, la violencia en los ojos, un modo de manotear en el aire y levantar los hombros para pedirle que lo dejara en paz.

Le rogó que no le gritara.

Él levantó el índice sin venir a cuento, qué más daba el parecido si lo que uno conserva es sencillamente un icono; la foto de María era al fin eso, un icono, la representación de lo que fue.

Sólo cuando tiró la foto a un jardín —le dijo a Erica más calmado, pero con enfado por su curiosidad— supo que había abandonado a María definitivamente.

Llevó aquella foto en la cartera hasta que en París un camarada —dice camarada y se ríe, y silba la Internacional con sorna, qué majos chicos— le dijo que se dejara de gilipollices, que se dejara de gilipollices y no guardara compromisos en la cartera.

La tiró a un jardín, como le ha contado a Erica.

Ahora que Erica lo piensa, el acto de abandonar la foto allí pudo haberse tomado también como un homenaje a su mujer de España.

No la dejó en mal sitio, aunque la verdad es que tiró la fotografía a un jardín sólo porque pasaban precisamente por un jardín, sin mayores ánimos de homenaje.

—Un hermoso jardín parisino, María. —Se ríe Charles de un modo tan forzado como inesperado esta vez, como si hablara con un fantasma, aunque con un fantasma habla, pero sabe ciertamente que no se dirige a un fantasma y lo embarga la culpa del abandono.

La supuesta reafirmación de ese abandono definitivo tranquiliza a Erica en medio del sollozo, aunque ahora, después de algún tiempo, sospeche que una foto perdida en un jardín contra la propia voluntad de uno es un requerimiento pendiente; una mujer puede luchar contra otra, se dice, pero no contra un fantasma.

Sí, ese fantasma de los sueños y de los libros, piensa Erica, ese fantasma que ella ha pretendido ya identificar, intentando encontrar papeles que él seguramente guarda en los cajones con llave a los que ella no puede acceder, como si se interpusiera una barrera infranqueable entre Erica y un mundo secreto de Charles en el que da por descontado que no habrá fotos.

No ha vuelto a hacerle preguntas como aquellas que le había hecho, no quiere volver a ver su rostro acanallado y maldito por lo que seguramente fue una intromisión ilegítima en un territorio de él inexpugnable e imposible; todo un mundo secreto.

Ya le había contado, ante su obstinación, que un hombre que huye no tiene tiempo de recuperar los baúles de sus recuerdos.

Mejor así.

¿Hay por algún lado de estas gavetas oscuras del despacho de Charles una foto de María?, se pregunta Erica, recelando del hermetismo de los cajones del escritorio, tratando de hacerse una idea de cómo sería esa pobre mujer, viuda sin serlo, viuda de un muerto que no fue tal, pero desaparecido como un muerto, compadeciéndose de ella y temiéndola presente en los remordimientos de él, en esos silencios suyos por donde Erica teme que entre María como un fantasma perseverante, del modo en que las mujeres se instalan en la mala conciencia de los hombres, esta vez con razón, y urden su requerimiento con el leve arañazo de la seducción que recupera un perfume, o la música con la que tan inesperadamente lo ve ella cambiar de humor o ausentarse, como ido, demasiado ensimismado, al entrar a un *pub* y oír una canción, un tango o un bolero, o cuando una canción de juventud impone despótica la remembranza sonando de fondo en una conversación en la que de pronto él calla y sus ojos se detienen o consiguen la desmesura estática de los ojos del ahogado.

Charles habla consigo mismo, ríe solo, no quiere reconocer que le gustaría tener una foto de María, porque las fotos se ponen del lado del recuerdo —discursea— para tiranizarte con viajes al pasado que a lo mejor no te interesan, pero también es cierto que a veces lo que hacen es desmentir a la memoria y desvelar sus trampas.

¿O no...?, se pregunta; se pregunta e insiste en la pregunta con la persistencia de los borrachos: ¿O no...?

Desde que tiró la foto al jardín supo que la había abandonado definitivamente; al fin y al cabo, debe reconocer que la mujer de la foto, con el tiempo, se le iba pareciendo menos a ella; que esa es otra cosa que tienen las fotos, que con el tiempo van perdiendo el parecido los retratados, pero qué más da...

Recuerda bien Charles que nunca le contó a la señora Aldes que tuvo un hijo en España, aunque sí está seguro de haberse referido a la dependencia que los otros tienen de uno y a la responsabilidad que uno tiene con ellos.

Pero si nunca le habló de su hijo español, menos lo hizo de la inesperada y oculta visita de su hijo de España en Berna. No le ha hablado nunca a Aldes de su hijo de España y quizá por eso tampoco de la posibilidad de que se trate verdaderamente del joven que le asaltó una noche a la puerta de su casa en Berna y le dijo ser su hijo español, Carlos, y de qué modo le miró al rostro y le pareció un rostro ajeno, seguramente un impostor que obedecía al encargo de hacerse pasar por su hijo.

Le habla de eso sin estar seguro de si está contándole lo que fue o lo que él quiso que fuera. En todo caso, esa visita cierta algo tiene que ver con la carta que le ha llegado a la librería.

Quiere disimular la librera su interés por la carta y para marcar la distancia reanuda su inmersión en explicaciones técnicas sobre las planchas que muestra a su nuevo cliente de hoy, estableciendo las diferencias entre un Durero falso y otro tan verdadero como el que pasa ahora por sus manos y a cuyos plumachos de guerrero puso el otro día su otro cliente no se sabe qué trivial cortapisa.

Aprecia él en la señora Aldes más curiosidad que temor por lo que la carta pueda traer, pero esta tarde pueden más sus ganas de juego con Aldes, cálida sólo cuando no hay testigos, que su propia obsesión persecutoria.

Él va al alféizar de la ventana, donde ha dejado la carta, y vuelve con ella, mirando ahora el sobre con más detenimiento.

Deletrea su nombre falso, Ángel Pérez Navamuel; ya ha reconocido la letra de María, su viuda de la isla.

—¿No le sorprende? —pregunta ella.

—No —responde lacónico y sonriente—, siempre esperé esta carta.

—¿Ninguna sorpresa, pues...?

—Si acaso el hecho —explica— de que la haya dirigido a su librería.

—¿No piensa abrirla, *monsieur* Pérez?

—Ya le he dicho que toda carta contiene un explosivo, señora Aldes.

—También le he dicho yo que el mejor modo de desactivarlo es abrirla. —Y esponjándose el pelo con las manos, suelto el moño y abandonada la horquilla, añade

—: No se preocupe por mí, *monsieur*, no me va a herir la pólvora. *Tito* sí que no teme a la explosión. —Ronca el perro al calor de la chimenea, mientras el nevazo tiende su fraccionado velo blanco que puede verse por el ventanal de celda conventual de la trastienda.

Y le pregunta a Aldes:

—¿Por qué cree usted que el otro día aceleró su marcha el detective?

¿Sabrá Aldes algo más de lo que él supone?

Desde luego no sabe que Charles había dejado la puerta abierta al supuesto joven impostor que se daba por su hijo y éste entró en su casa, tomó asiento en una de las sillas del comedor y empezó a hablar como si de su verdadero hijo Carlos se tratara.

—¿Quién pudo darle esta dirección, la de su librería? Y hasta el nombre... Sabe de mi nuevo y falso nombre...

Miente, sabe que miente.

O se miente a sí mismo.

—No me pregunte nada a mí —dice Aldes—; yo, si fuera usted, volvería detenidamente a la carta y a lo mejor encontraría la respuesta.

Abrir la carta supone de algún modo regresar, exponerse.

Él sabe que ha sido descubierto antes de la llegada de la carta que contiene la esquela de su propia muerte, lo supo desde el momento en que vio a ese hombre joven a su puerta, un hombre al que había visto rondar antes por su casa, sin atreverse a llamar, sin abordarlo, el mismo que preguntó a Antonio, conserje en el Hotel Bristol, donde se hospedaba, por su amigo Ángel Pérez Navamuel.

Y el mismo al que Antonio, sin venir a cuento y por ingenuidad, le habló de la librería Antiquariat como uno de los lugares en el que estaba seguro de que podría encontrar a Ángel Pérez Navamuel.

Sabe por el que él llama joven impostor que está en el punto de mira. Lo sabe, pero no quiere creer en una traición de María. O en la posibilidad de que ella haya urdido una venganza por su abandono. Tampoco podría decir que detectara amenaza alguna en aquel joven impostor que dejó entrar en su casa.

—¿Y cuándo uno muere —pregunta ahora Aldes—, nos siguen hasta la tumba pidiéndonos responsabilidades, *monsieur*?

—No estoy muerto, señora. ¿O sí...?

Aldes no sabe hasta qué punto él es un muerto o se siente a veces un muerto y, sin embargo, ella misma plantea la hipótesis de que lo sea o que se sienta tal.

A Charles le gusta la ocurrencia y ríe tranquilizándose; Aldes responde que nos lloran unos días y dejan de exigirnos después.

—Soy un muerto imperfecto —bromea él.

—Ahora que lo pienso —sigue Aldes la chanza—, debe de ser más difícil ser muerto que vivo, se es muerto por mucho más tiempo.

—Yo se lo puedo asegurar. —Suenan las carcajadas.

Quiere tomar verdadera conciencia de muerto, ponerse en el lugar de un muerto y

abrir el sobre que viene de España desde esa situación: la de un cadáver que provisionalmente se alza para recibir noticias de su vida pasada y volver después tranquilamente al reposo eterno. Quizá fue eso lo que hizo aquella noche ante el supuesto impostor que representaba muy bien el papel del hijo que a su entender no era.

La señora Aldes ríe con tal regocijo ante el disparate de sentirse un cadáver, un cadáver que escucha o lee, que parece ebria o loca, o así la ve el nuevo posible comprador de grabados, el que hoy toca, dice, que sintiéndose excluido de la conversación absurda, ridículo quizá, estima oportuno retirarse con la promesa de volver otro día.

No hay fotos en el espacio privado de Charles y nunca las ha echado él en falta hasta esta noche. Pero esta noche la memoria le recupera sus fotografías del tiempo pasado.

Hecho un príncipe en los brazos de mamá Enriqueta, sí, en Madrid —admite la nostalgia, se da licencia para la ternura—, o en brazos de la tata, y luego en el colegio, ante un mapamundi, o sentado a una mesa escritorio con el globo terráqueo —ríe de la debilidad de su añoranza.

O en la guerra civil española, vestido de miliciano —sigue rememorando.

O de maestro de escuela pasando en la isla una regleta por las láminas de ciencias naturales, para vergüenza de su madre, «Quedarte en esto tú, en un pobre maestro —reconoce su fracaso—. O lo que es peor, mi foto de boda en España, o la del hijo...».

La sombra de la culpabilidad lo embarga.

—Qué deshabitada es la tierra de nadie —murmura en la estancia desangelada, con la tentación de ridícula trascendencia que le impone la borrachera.

Al tiempo que murmura, deja caer su cuerpo en el sillón de orejeras de sus lecturas, con una tapicería de cretona de llamativos estampados, situado frente a la amplia cristalera que da a la calle, casi un escaparate.

No hay fotos, no.

En sus retornos al pasado Charles ve con frecuencia a María, joven, garabateando sus primeras letras, la dura aspereza de la tierra de malpaís iluminándole poderosamente sus ojos azules en la curiosidad de unir una letra a otra e ir obteniendo sus significados; ella fascinada con el prodigio de las letras, mirándolo a él como si se tratara de un mago, con el olor dulzón de las higueras entrando por la ventana. Un analfabeto adulto como ella exclamaba con asombro en la soledad del aula desangelada; oye ahora sus suspiros como si al aprender se hiciera con las cosas, sin otras miradas que la del crucifijo, la mirada joven de José Antonio Primo de Rivera en el cuadro de la izquierda y la augusta mirada del Caudillo desde su uniforme de gala en el de la derecha. Colocaba ella su silla sobre la tarima del maestro, concluidas las clases de los niños, y él, distante, la contemplaba desde su derrengado sillón tras la dura jornada de trabajo. La veía sonreír en el lateral de la mesa al lograr componer sus letras, sus primeras frases. Al principio sin darle importancia al aire de inocencia con que deletreaba y luego hablándole para buscarle la sonrisa, llevándole la mano que ya era ligera para ayudarla a escribir —no para ayudarla a escribir, ha de ser

sincero, para percibir su tacto— y acercándose a ella después para vigilar la tarea — no para vigilar la tarea, para percibir su olor—, el olor de la fajina de los colchones que inundaba la casa y se hacía con la ropa y con la piel, y un olor fresco y natural que venía del agua, de la higiene elemental, y hasta el vago olor a sudor de algunas tardes, un sudor fresco que procedía de las axilas de María y le vuelve ahora a él como un reclamo erótico. Las imágenes y los olores lo atrapan sin que pueda deshacerse de ellos, como si en lugar de tratar de escapar a un paisaje nuevo y desconocido la huida se le impusiera al revés y lo invitara ahora a desafiar los obstáculos para volver al paisaje perdido.

Pero huir es apartarse y en cualquier caso si quisiera volver nunca encontraría la misma aula ni a la chica analfabeta que aprendía a leer como un ciego que recuperara la vista letra a letra. Los niños aprenden con rutina y un analfabeto adulto como ella exclamaba con asombro en la soledad del aula desangelada de la que le venía ahora a él el olor indefinible de la virutilla de los lápices al ser afilados, el olor a tinta Pelikan de los viejos tinteros de losa, el áspero tacto de la tiza.

—No hay fotos aquí porque no quiero vivir con la puta memoria —lo anima el alcohol a explicarse a sí mismo como si estuviera explicándose a alguien que lo observara desde la calle a través del indiscreto ventanal.

Pero además ha roto todas las fotos, las pocas que llevaba en la cartera en la hora de la huida.

Se levanta, gesticula, se dirige a la cristalera y busca en la niebla al oyente imposible de la calle desierta; se envalentona con el suizo que no mira, que duerme, que no existe; lo reclama y le pregunta si lo que querría el suizo anónimo es un museo aquí.

—¿Eh...? Un museo con muchos portarretratos que relataran la falsa personalidad de Ángel Pérez Navamuel (su nombre falso, su verdadero nombre ahora); que la expusieran sin pudor, ¿no es eso...?

Erica Baumann debería llamarle Ángel, pero no le llama Ángel, le llama con el privativo nombre que su cariño le ha reservado en exclusiva: Charles. Nunca le ha llamado Ángel; le ha llamado siempre con el onomástico con el que le conoció en París, insiste. Pero ni siquiera ése es su verdadero nombre, tiene que repetírselo; su nombre auténtico sigue siendo para ella Charles, insiste siempre; Carlos en español, naturalmente. Insiste porque eso es, entre otras cosas, lo que ha acabado de entender la señora Baumann, que lo ignora casi todo. No acaba de entender que su hija Erica llame Charles a ese hombre si en realidad se llama Ángel. Y cuando la madre de Erica dice «ese hombre», las dos palabras acusan por el tono el desdén que emplea para nombrarlo antes de expresar con un suspiro la turbación que le ha traído la extraña relación sentimental de su hija.

Nada de Ángel, ella siempre lo llama Charles.

En cualquier caso, a estas alturas, la falsa identidad de Charles tiene ya algunos años, y podría decirse que el tiempo la ha puesto fuera de peligro; sin embargo, cada

vez que él se ve obligado a exhibir su pasaporte, sigue sufriendo Erica un especial escalofrío que parece reservado para ese miedo concreto.

Ahora, como hablando en voz alta no se sabe con quién, con los de su entorno de Berna, quizá:

—Pero si es usted otro, don Ángel, me diríais —remeda la cortesía de sus compañeros.

—Pues no —engola la voz como un orador anacrónico entre risas—, no. Las fotos delatan y son innobles en su delación. Toda delación es innoble.

Lo que escucha ahora es una voz supuesta y reitera con el tartamudeo de la ebriedad lo que le dice esa voz:

—Toda delación es innoble.

—Bueno... —responde con cómoda aceptación, se responde a sí mismo.

Él casi nunca se reconoce en sus fotografías, pero tampoco importa, se mira al espejo que Erica ha colocado sobre la chimenea.

—¿Para qué? —se pregunta—, ¿para qué tratar de verte en tu pasado?

Sólo había llevado en la cartera aquella foto de María, la que tiró al jardín, y otra de Carlitos, el hijo de ambos, como bien sabe Erica.

—Las fotos pretenden retenerte en sus imágenes falsas —añade.

—Pues sin fotos —había dicho Erica cuando se lo contó— una debe tener la sensación de que no se ha vivido.

Y le explicó lo difícil que es hacerse a la idea de la niña que una fue sin las fotografías familiares.

Erica desea ver su foto de soldado, siente no poder imaginarlo más joven y trata de difuminar imaginariamente las arrugas del rostro de Charles, la tenue fofedad que lo aleja ahora de la cara ágil, enhiesta, de aquel tiempo que él tenía por miserable y ya ajeno y del que ella se siente en este instante imperiosamente expulsada.

Recuerda él su foto de boda en la isla, con esmoquin un ser irreconocible. Y una foto en el jardín, tendido en el suelo, con su hijo de España.

—Debió de ser por primavera —dice con una melancolía inesperada—, las begonias estaban florecidas.

Ya hace tiempo que Aldes y Charles no hablan de sus vidas pasadas.

Aldes sigue sin tener claras las fechas de su ya larga amistad con Ángel Pérez Navamuel, o *monsieur* Pérez, pero tampoco es el momento de preguntárselo en el preciso instante en que mantiene él en sus manos, sin abrirla aún, la carta que ella misma le entregara hace ya tantos días, con el temor ensombreciéndole el rostro, y con la mirada puesta en un ventanal, a cuya izquierda se sitúa ella; un ventanal de celda conventual por el que entra una luz remisa, él enfrente, y por donde apenas se ve en la limitación del recuadro otra cosa que un trozo de la calle totalmente nevada, un paisaje blanco de donde emerge una fuente, con sus nervaduras de hielo rompiendo la monotonía de la nieve que cubre hoy a los muñecones del monumento hasta ocultarlos.

Esta vez Aldes ve sonreír a Charles de un modo alelado, como sin porqué, y su sonrisa, tan particular, le parece ahora una extravagancia de las que dictan los nervios; la sonrisa improcedente del miedo o del dolor, porque se barrunta que la carta que le entregó no debe de traer nada bueno.

¿De dónde sacará esta risa sobre un fondo de amargura que le acentúa el hondo cerco de las ojeras? Pero si lleva la carta en las manos será porque quiere que hablen de la carta.

—La carta era de ella, ¿no?

—¿Qué...?

—Le pregunto si la carta era de ella...

La librería abandona las láminas y se disculpa con el cliente de hoy al que despacha para acercarse al rincón en el que Charles no acaba de abrir la carta. Tampoco esta vez. Y le murmura al oído la misma pregunta que ya le ha hecho en alta voz. Insiste en si es de ella la carta, le vuelve a preguntar si es de ella la carta que le entregó.

—¿Cómo supo ella que podía escribirle a esta dirección?

Él bromea:

—¿Para qué cree usted que los detectives se disfrazan de expertos en Durero?

Charles, ahora, viendo aquella letra, reniega para sus adentros de haber sido maestro de María; volviendo a ver en el sobre cerrado aquellas letras en su origen, recupera por la memoria la plácida sensación de la tibieza en la piel de la que fue su

esposa.

Aldes interrumpe su silencioso recuerdo. Insiste:

—¿Es de ella la carta?

Afirma él al cabo con la cabeza para acabar de una puñetera vez con la insistencia de Aldes.

—¿Cómo supo esa mujer que le podía escribir a esta dirección? —pregunta la librera.

Y él qué sabe...

O sí sabe y simula ignorar o ignora sin quererlo.

—Comprendo que esté preocupado. —La señora Aldes le acerca la mano a la mejilla cariñosamente—. Es como si de pronto le escribieran a uno desde otro mundo, desde su otra orilla.

—Sí, como si te escribieran desde la otra vida —dice él—, cuando crees que te sientes a buen resguardo y, mire usted lo que son las cosas, resultas descubierto por sorpresa.

Fue la propia Aldes la que al principio de su amistad más lo ayudó a convencerse de que nunca es tarde, de que ella misma había empezado de nuevo muchas veces. Ahora, viuda, le dijo entonces, volvía a empezar.

Aldes convence, a pesar de todo, se dice Charles, porque habla con la naturalidad de la que ha vivido mucho, aunque sin la jactancia ni la solemnidad de los viejos. Convence, sí, pero también se equivoca o especula según sus conveniencias.

No obstante, la evidencia de la contradicción —muerte y conciencia— lo hace a él volver en serio a la consideración de la carta como si de un verdadero material de persecución se tratara; la evidencia, dice, de que uno no es dueño de declarar su propia muerte cuando quiere. Y quizá la prueba de que aquel enviado que se hacía pasar por su hijo Carlos no acababa su misión allí, frente a él, reprochándole el abandono paterno como si de su verdadero hijo se tratara, sino que traía otra misión que cumplir y que tal vez está a la espera de ser cumplida.

—La vida siempre deja sus señales —comenta ella desmarcándose de su vieja teoría del cruz y raya, del hasta aquí he llegado y me planto, como si nada hubiera tenido que ver antes con la decisión de él de borrar su pasado.

—¿Ha cambiado de opinión, señora Aldes?

—Lo veo perdido, *monsieur* Pérez, incapaz de creerse la carta... ¿Se la cuento yo?

Él se aferra al sobre y a ella le queda claro que teme ser descubierto. Por eso se acerca a él recuperando una intimidad difuminada por el tiempo, una intimidad primeriza ya olvidada por Charles; se coge a su brazo reclamando inconscientemente una complicidad de la que percibe que él, ahora, prefiere escapar, incómodo.

—¿Está usted segura, señora Aldes, de que uno tiene la obligación de leer todas las cartas que se le envían?

—Depende del remite, claro...

—Abrir esta carta y responderla puede llegar a ser muy comprometido —ironiza él.

Quién le puede garantizar a Charles que no se trate de una trampa; va a ser, sin duda, y Aldes no puede ignorarlo, un modo de establecer un diálogo con otro tiempo que ya no le pertenece. Pudo haberlo hecho con el hombre joven del asalto inesperado, el supuesto impostor que decía ser su hijo; pudo haber entrado al trapo, pudo simular que creía verdaderamente que era su hijo. Pero Aldes calla, no dice ni mu. Le deja hablar, le deja explayarse sobre los reales sentimientos de María hacia él.

No obstante, dice Charles:

—¿Lo ha entendido, señora Aldes? Ese tiempo ha muerto para mí, es imposible relacionarse con la nada.

—Bien, no se ponga trascendente, querido, cálmese. Lo que no está claro es que usted haya muerto para ese tiempo. La carta no va dirigida a Carlos, sino a Ángel —aclara ella recordando el verdadero nombre de él ahora—, así que quien escribe ya sabe muy bien, quizá demasiado bien, que se dirige a otro.

—A otro, a otro... —masculla él, casi estruja la carta entre sus dedos—. Seguro que contiene un compromiso.

—O una noticia. Pero veo que lo que menos le preocupa es que hayan dado con usted y si me pongo en su piel ese sí sería mi mayor miedo.

—Tiene razón, ¿cómo es posible?

En su encuentro con el impostor enviado Charles no había dicho nada, no había respondido a ninguna pregunta.

Ahora, ante Aldes, ha enfurecido de pronto, responde con cierta agitación. Quizá el desasosiego lo lleve esta vez a alterar las formas ante la señora Aldes.

Vuelve ella a la trastienda y lo encuentra sentado, con la carta en las rodillas, en el sillón de madera de inhóspito respaldo vertical. Sus gafas en el alféizar de la ventana pueden dar a entender que al fin se dispone a abrir la carta y leerla.

—Una vez muertos, *monsieur* Pérez, no hay responsabilidad que valga. Ya habrá abierto la carta, ¿no?

—¿Pueden escribirse cartas a un muerto?

—Ya ve que sí. —La sorna da brillo a la cara de Aldes—. Otra cosa es que los muertos quieran leerlas o se nieguen a abrirlas...

—Hay muertos que en lugar de preocuparse por la vida eterna tienen miedo a la que han dejado atrás.

—Supongo que abrirá la carta...

No quiere distraerse Aldes de lo que le parece esta tarde más importante que el sexo. Y lo devuelve al presente.

—¿No va a abrir esa carta?

—Claro que sí, no se impacienta. —Le harta la expectación de la librera.

La mira con recelo, un recelo que ella detecta en una sonrisa indefinida que no acaba de serlo, una mueca imprecisa en la que atisba el miedo, el lógico miedo que

proviene de ver su nombre en un sobre y tras el nombre una probable acusación.

Se va de Antiquariat, casi sin despedirse, de un modo brusco.

Pero ¿adónde va él a estas horas?

La noche va cayendo, Berna bajo la nieve.

¿Irá a asomarse al río y contemplarlo helado, detenido, con la vida parada en un parque del que han huido todos los pájaros y donde él acostumbra a mirarse en su mundo nuevo, como si ya no fuera otra cosa que un hombre en un parque a merced del olvido?

Al fin y al cabo, Aldes sigue siendo su mejor amiga.

Adonde a buen seguro no puede ir es a su casa, Erica percibe en seguida los síntomas del desaliento.

Ahora, sin embargo, el miedo de Charles a la carta que no acaba de abrir parece un miedo a encontrarse con el anuncio del delito y la señora Aldes no sabe si desea realmente desentrañar un enigma o prefiere mantenerlo.

Charles apenas percibe las quejas que Erica reitera, cada vez con más fuerza, cuando oye que la puerta a la calle se abre en la medianoche y ella acude a recibirlo. Erica no entiende por qué le dice ahora que no importa lo que sean las cosas en sí mismas, sino lo que valgan; es lo que le dice sin porqué, sin venir a cuento, al verla entrar de nuevo en camisión, poniendo todos los cuidados que ella pone para no ser vista desde la calle.

Ahora Erica eleva más la voz, como si estuviera ya completamente despierta; es él el que no se encuentra aún dispuesto para acercarse a ella, remiso por los efectos del alcohol. Está seguro de que Erica ha de preguntarle de dónde viene, qué ha hecho hasta ahora...

Y lo que importa, se dice, no es que venga del Hotel Bristol, de consumir con Aldes y con Antonio, el recepcionista, su compatriota amigo, una botella de *whisky* de malta; lo que importa es que tendrá que declarar qué es lo que celebra.

Erica le tiene dicho que no le conviene la compañía de Antonio, que no es de los suyos. Aunque nunca le ha confesado que la verdadera razón de su rechazo es esta otra: que no le conviene hablar español.

Por eso se queja de Antonio:

—Siempre que vas con él acabas en otro mundo.

Ella sabe de lo que hablan, los dos se entienden muy bien.

Cuando dice eso de «tú eres un hombre con una posición», para acusar a Antonio de ser un don nadie, él siente compasión de Erica, de lo poco que queda de la solidaria enfermera de las Brigadas Internacionales, pero estima que no merece reproche el modo de aburguesamiento progresivo de ella, una forma de descansar de los desengaños; acaso nunca fue otra cosa que una burguesa que no encontrara su sitio.

Por eso está acomplejada con la librera Aldes, tan ilustrada y tan estrambótica unas veces como refinada otras.

Ahora, por la estrecha escalera que lleva de un piso a otro de su casa el cuerpo menudo de Erica sirve de apoyo al alto cuerpo tambaleante de Charles.

Él se calma y se deja caer en el sillón de orejeras al que Erica le ha tomado manía. Tiene la impresión de que en ese sillón él, los ojos en el techo, ausente, se le aleja. A veces, cuando sueña, habla español.

A la dificultad de la palabra imprecisa del sueño se añade para Erica el obstáculo de esa lengua que le parece tan severa.

Él se justifica con que un hombre nunca es dueño de sus sueños. Pero con el pensamiento le pasa lo mismo. Lo ve abstraído con frecuencia y ya no le pregunta nada; antes sí.

—¿Qué ha pasado, Charles?

—¿En este país siempre tiene que pasar algo para que uno beba? Celebro mi resurrección de entre los muertos, querida. —Habla en voz alta e introduce risillas forzadas para subrayar la gracia.

Le asegura que no han bebido tanto, y es cierto, quizá Aldes y él no hayan ido al Hotel Bristol esta noche por otra cosa que por su miedo particular a regresar a casa, sin decirle nada de la carta que lleva en un bolsillo de su cazadora, viva allí como un explosivo que puede romper la tranquilidad de Erica, y suscitar en ella un temeroso interrogante ante la acusación que contenga.

Ella ignora que Charles lleva en la cazadora una carta que tal vez empieza por decir «Mi difunto esposo», pero cuando lo ve dormir, como en este instante, desconfía de sus sueños.

Nunca habla así, como esta noche, piensa Erica, nunca se queja, nunca compara a Suiza con otro país, nunca se pregunta por las cosas de aquí, trata de explicarse con inquietud el cambio de actitud de Charles.

Por eso barrunta ella que otra vez estamos en las mismas, que el alcohol lo ha trasladado a esa antigua vida que tuvo y de la que nunca quiere hablar.

—No hay fotos, ya ves, no hay fotos —dice Charles—. Tú te empeñas en que te gustan las casas sin fotografías, pero arriba, en la tuya, tienes los veladores abarrotados de marquitos con fotos de tus papás y de nuestro hijo, con fotos de la pequeña Erica, de la joven y hermosísima Erica...

—Nunca te dejas hacer fotos —se queja ella.

—No hay que darle a la memoria más bazas para que te tenga prisionero —dice — o para que te humille con su desfachatez cuando pasa el tiempo y las fotografías se encargan de exponerte tu propio deterioro, tu condición progresiva de cadáver.

Nunca tuvo fotos de su hijo Carlos, quizá por eso le costó reconocer en el impostor que vino a verle, empeñado en que de su hijo se trataba, a otra cosa que a un impostor.

Sonríe con crueldad. Además, insiste:

—Ningún muerto se ha llevado sus fotos consigo.

—No te entiendo, Charles, vamos a dormir...

—Eso, a dormir, que luego vendrán los sueños, las fotografías que te faltan te aparecerán en el inconsciente, la cara de delincuente...

—¿Qué dices, querido?

—No, no te preocupes, todos mis sueños son legales...

—Charles, por favor...

—¿Tú me encuentras cara de delincuente?

—¿Qué dices, Charles...? Vamos a la cama, hombre...

Toma a Erica por la cintura y la conduce hasta la alcoba, la empuja hasta la cama y cae de mala manera a su lado simulando la querencia del sexo, desabotonando con torpeza su camisón sin conseguirlo, y de ahí a los muslos, hurgando con aspereza en el sexo húmedo de ella, que sí ha logrado, a pesar de la presión de él, abrirse por arriba el camisón y ofrecerle los pechos donde ahora muerde con más fuerza de lo que es prudente, se queja ella, y comprueba él que no le va a ser posible penetrarla, flácido el sexo y el deseo muy leve.

—Déjalo, Charles. —Está incómoda—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa a mí, un delincuente, un reclamado por la justicia...?

—¿Qué dices, Charles...?

Cierra los ojos para librarse de la respuesta.

Erica lo ama como posiblemente no lo amó María en ningún momento, de eso está seguro, y esta noche él no sabe si la letra de María, a pesar de venir envuelta en el miedo a este sobre, va a conseguir convencerlo de lo contrario de lo que hasta ahora se ha impuesto convencerse a sí mismo: de que sigue queriendo a María.

El joven impostor que vino a verlo, el falso hijo para él, le aseguró que a quien de verdad quiso María fue al cacique que abusó de ella y de cuya muerte se acusa a Charles. Fue entonces cuando sintió ganas de zarandear al individuo, de pegarle, de echarlo de su casa.

Pero se contuvo, se contuvo para que siguiera hablando, para que siguiera humillándolo, para que no dejara de martillearle su conciencia.

El alcohol no le hace cambiar de actitud con Erica, no la increpa, no le contesta, no se queja de cuánto ha cambiado ella, le está agradecido, y de pronto vuelve al recuerdo de la carta y abraza a su compañera, la abraza con miedo a que se vea en la obligación de abandonarla —otra vez la huida—, con más miedo aún a que esta carta no sea sino el principio de un gran daño, de un daño mayor.

Erica lo deja en el primer piso, su piso de soltero; arriba, ella; él, abajo.

Aunque esta tarde Charles no tuvo en principio intención alguna de acudir a la tertulia de Antiquariat, como si le preocupara la persecución en el trayecto, se sobrepuso después y cambió de idea.

Han transcurrido ya dos meses desde que recibiera en la librería aquella otra maldita carta y ha ido cada tarde a la librería con la sospecha de que pueda llegar una nueva. La señora Aldes se encoge siempre de hombros y, antes de que él le pregunte si le han vuelto a escribir o no, ya le ha dado ella su respuesta con el gesto consabido.

Esta vez quedan a solas él y Aldes.

Se le acentúa la cara de víctima a los ojos de ella, muestra la fatiga con que se revela una debilidad que tanto le repele a la librera, y empieza a revivir sus temores en medio del sudor frío que le concreta los miedos.

Fue Aldes la que le dijo al llegar a Berna: «Vuelva a recordar, que cuando uno empieza una nueva vida no puede pensar sino en uno mismo».

Eso dijo, sí, pero los otros te asaltan en el sueño, insiste él, se imponen de manera autoritaria en el pensamiento, te reclaman desde los más insólitos recovecos de la conciencia.

Eso también lo sabe ella y está convencida de que hay que reducirlos.

—Los fantasmas son tercos —le viene diciendo.

La señora Aldes y él no han vuelto a hablar de la carta desde el día en que la abrió en la librería. Le comunica, eso sí, que ella le escribió a Giorgio contándole lo sucedido.

Él, que también le ha escrito a Giorgio, le pregunta qué tiene que ver Giorgio con esto y reconoce Aldes que tal vez ella haya cometido una indiscreción.

No lo lamenta sin embargo:

—Giorgio es muy sagaz para estas cosas, tal vez se le ocurra qué deba hacer usted ante la evidencia de que lo tienen localizado.

De todos modos, tampoco hoy ha recibido Aldes contestación de Giorgio; en caso contrario le hubiera dicho algo y en cambio no hace otra cosa que encogerse de hombros como en días anteriores.

A Aldes le desagrada, abierta al fin la carta, ver la palabra «ASESINO», sí, asesino, escrita en letra de palo en lo más alto de la hoja de papel que contiene el sobre.

No consigue saber nada más porque le resulta ilegible el único párrafo que contiene en su fugaz visión del escrito, un párrafo que apenas supone una docena de líneas bajo las cuales sí puede leer la firma de María.

El impostor nunca lo acusó de asesinato.

Lee la palabra engaño —«he vivido todos estos años engañada», escribe María— y percibe después el asomo de una amenaza.

El impostor sí había insistido mucho, ya que se hacía pasar por su hijo, en el engaño sufrido por su madre.

Se lo había dicho Charles a Aldes: cualquier carta contiene un explosivo.

Y aquí está la carta inesperada, vuelve a mirar, con su letra, con la letra de María; su letra, sí, pero dictada por alguien, por alguien que debe de tener una estrategia diseñada. Como si no acabara de ser su letra, porque siendo su letra fuera la letra resultante de su mano llevada por otro o una imitación de su letra.

Él no podrá escribirle a ella, ella se lo deja claro en el texto, eso no; ella le dirá cuándo deberá responderle y adónde ha de dirigir su carta.

El joven impostor mintió, pues, porque le dijo aquella noche que María había muerto, que su madre ya no vivía.

—No podrá escribirle a ella —repite Aldes—. Un modo de preservarlo, *monsieur* Pérez; eso demuestra que no hay amenaza, amigo, parece que hay cariño más bien, ¿no...?

Qué sabrá ella...

Charles conoce bien la voz del cariño, aquel acento isleño de María, como si las palabras se desparramaran en un susurro para solicitarle algo, para ponerlo sobre aviso de cualquier calamidad o de un pequeño riesgo. Y ahora no, ahora da una orden como la que está segura de controlar una situación.

Esta frialdad no es de María, alguien secuestra su voluntad.

Será ella la que diga en el momento oportuno adónde tendrá que escribirle él. Y añade: «No se te ocurra enviar tu carta a casa».

Dice la señora Aldes en disculpa de María que estará discurriendo sobre el modo de hacerlo, también ella debe encontrarse aturdida, pero él ve en la evolución de la letra el progreso de la estulticia; en aquellos picos que estilizan las consonantes se determinan los efectos del rencor, como si las letras también fueran amenazantes por sí mismas, se diga lo que se diga en la carta.

—Lo son, naturalmente...

Le molesta a él la suficiencia de Aldes.

—La letra es de ella, sí, la refleja; por sus cambios se diría que refleja lo que sea ahora, pero lo que la carta dice lo ha dictado otro, seguro —insiste.

Y al decir «otro» se le hace un vacío en el estómago que le permite detectar una sensación antigua que ahora le resulta insólita: ¿celos?

Dice otro y le duele el estómago o se siente hueco por dentro, la respiración se le entrecorta, el aliento también, posiblemente vaya a llorar, pero se contiene.

Quiere huir del calor que le trae el recuerdo de aquellos días de la isla, se le reitera la plácida sensación de la tibieza en la piel, sí; la dura aspereza de la tierra de malpaís, también; el olor de los eucaliptus de un camino umbrío en el que se vio con María a hurtadillas, al principio. Por eso abre de nuevo el ventanillo de la trastienda de la librería para recibir en la cara el frescor del invierno de Berna, la confirmación de esta otra realidad.

Mira de nuevo la carta tratando de esquivar la pregunta que le viene de Aldes, los ojos que se interrogan, qué estará usted pensando, molesta por el aire que viene de la calle.

—María siguió siendo siempre una mujer de campo —comenta él—, es imposible que urda por su cuenta una trama y vaya poco a poco administrando su venganza.

A María le basta por ahora con que él tenga noticia, o recuerde que la tuvo, de que ella lo sabe vivo, con ese nombre y en ese lugar.

—Y además aquí, en la librería, ¿por qué no en mi casa?

Pero ¿quién y para qué, con qué fines, lo habrá denunciado?

—¿Existen motivos para esa venganza? —insiste la señora Aldes reclinándose en el viejo diván de la trastienda, como quien se dispone a oír sin prisas, mirándolo fijamente con la frialdad del juez y la sonrisa pícara de la que quiere enterarse. Con la curiosidad del confesor desea saber qué tipo de relación hubo entre ellos, si la tal María se sintió burlada—. Tema a una mujer que se siente burlada, es capaz de todo.

—Ya —responde lacónico.

Pero la acusación, ASESINO, vuelve a rondarle por la cabeza a Aldes y teme que Charles, después de escapar, haya dejado embarcada a aquella mujer en un delito.

Si así fuera, conoce a las mujeres y, además, lo dice en alto, una mujer latina.

A él también le ronda la palabra ASESINO en su aspereza.

—Asesino, asesino —murmura.

—¿Se siente culpable, Ángel?

Es incapaz de responderle.

Dice no, no, por decir algo.

En realidad se siente acosado, sorprendido, no ha llegado todavía a preguntarse qué debe hacer ahora. O si debió preguntarle algo al joven impostor que le pedía cuentas de su huida y no permanecer callado como lo estuvo.

—¿Huir...? ¿Otra vez huir? Estoy cansado.

—¿Qué piensa hacer?

—Nada, ni siquiera puedo responderle.

A pesar de querer huir intenta evitarse la responsabilidad de tener que hacerlo.

Sobra preguntarle a Aldes si reconoce en él el rostro del asesino, ignora que ella esté preguntándose lo mismo, y respondiéndose, con el pragmatismo que él le conoce, que no es lo mismo un asesino de oficio en cuyo rostro, tarde o temprano, se marca la dureza del matarife que un hombre que ha de defenderse y mata, o alguien que en la vida encuentra un obstáculo, sea hombre o mujer, y decide evitárselo a

pesar de la incomodidad que debe suponer el crimen. Y no digamos nada de quien siente la necesidad de aliviarse de una obsesión y anula la vida del sujeto que le obsesiona. De nada de eso le habló el joven impostor a Charles.

Aldes se responde a sí misma, pero él, como quien adivina lo que piensa, le espetta:

—Es usted muy benévola con los asesinos, señora Aldes.

—No, quiero decir simplemente que hay pocos asesinos profesionales que tengan cara reconocible.

Él, por ejemplo, pudo haber sido un asesino en un momento determinado, viviendo en una dictadura como la de Franco, piensa Aldes, donde los sujetos asesinales pueden ser sombras indeterminadas de la delación, de la persecución o del miedo que se va configurando poco a poco y al concretarse nada de particular tiene, a su parecer, que se conviertan en materia de exterminio; lo uno por lo otro.

Pero en cualquier caso, la señora Aldes no halla en los rasgos de la personalidad de Charles signos de una violencia que lo acrediten como asesino profesional, ni siquiera como un hombre valeroso capaz de afrontar una situación con coraje y resolverla a punta de pistola.

Es más bien un hombre pusilánime, quejoso, encima, de que la vida lo sitúe sin comerlo ni beberlo en los escenarios menos queridos por él.

Se trata de un hombre tan entregado al azar que es posible deducir de este extremo que incluso a veces no haya sido otra cosa que un actor dirigido por los otros.

Él tal vez no desmienta esa manera de verlo, pero le extraña que siendo realmente así a los ojos de ella la señora Aldes se sienta atraída por él todavía hoy.

A ella no le parece lo que se dice un hombre blando, pero se trata de alguien cuyos rasgos de ternura no resultan fácilmente identificables; seguramente su pasividad, su falta de determinación, se deban a un modo de egoísmo con resultado extraviado porque siempre acaba convirtiéndose en su propia víctima.

Eso ya se lo ha dicho a él, lo que no le ha dicho es que su magnetismo consiste para ella en que le parece un hombre imprevisible; no apasionado, pero capaz de apasionarse inesperadamente; no violento, pero capaz de ser agresivo y hasta cruel cuando uno menos lo espera.

—Un hombre así es capaz de ser un asesino —asegura finalmente Aldes.

—Yo me he preguntado muchas veces si sería capaz de asesinar a alguien.

Aldes sonrío, aprieta los labios al tiempo y con acento burlón le pregunta:

—¿Y ha conseguido contestarse?

Charles mueve la cabeza de un modo tan impreciso que no se deduce del gesto ninguna respuesta.

Le molesta tener que repetirle que la acusación es injusta, que él no es un asesino, aunque sí se lamenta de carecer de valor para serlo, de no haberlo sido.

Abre otra vez la ventanilla y escucha la protesta de la señora Aldes, pero se diluye

en la nieve la emoción de su recuerdo de muerto, rechaza que la carta consiga devolverlo a todo lo que voluntariamente ha enterrado.

—Aquí está —dice la señora Aldes tomando de nuevo la carta en sus manos, como quien le recuerda que tiene en sus manos el cuerpo del delito—. ¿Qué piensa hacer? —le dice moviendo la carta entre sus dedos, recordándole que entre esas letras está el problema.

Charles tiene miedo, pero no sabe bien si tiene miedo de María o de la mano que mueve ahora la mano de María para escribir la carta, igual que él fuera llevando esa misma mano otro día por el misterio de la caligrafía, redondeando con su propio pulso aquellas aes muy abiertas que se conservan en la carta del problema, en el anuncio de su descubrimiento. No sabe si le teme a María o al otro. Y al decir el otro, qué otro hombre, se pregunta, llevará su mano y con qué intención y adónde.

La señora Aldes le advierte que no tiene derecho a hacerse esas preguntas.

—Ningún muerto —Aldes vuelve a su sorna— se las haría sobre su viuda.

Él no sabe si responder que ha sido su viuda la autora de su imprudente resurrección.

Y no puede decirlo porque no acepta esa resurrección, no hay tal resurrección para él.

No deberá contestar ni a esa carta ni a otras, se dice.

Pero Aldes apela a la realidad:

—Sea usted realista. Ahí está esa carta; está usted aquí y lo saben.

—Cuesta más hacerse con el olvido que aceptar el recuerdo, señora Aldes.

—Sí, claro que sí; uno puede conquistar y alimentar sus recuerdos, pero ante el olvido es mayor la impotencia. Si quiere seguir muerto para ellos tendrá que volver a hacer ahora su equipaje.

Duda en este momento de si lo que le conviene es marcharse de Antiquariat o seguir allí, a la sombra de ella, temeroso, atento a las interpretaciones de la librera; engreída, todo se lo sabe. Oye hablar a Aldes esta vez con cierto hastío. Le molesta quizá el modo de inquirir de la vieja, el modo de interrumpir luego las aclaraciones para vislumbrarlo todo, satisfecha, con la claridad de la visionaria o de la poseída por la lógica; ella quiere serlo todo.

Elucubra primero y ríe después y le resulta esta vez inadecuada la risa de Aldes; quizá por su incapacidad para advertir en este trance suyo que lo que la librera trata de hacer con dificultosa ironía es desdramatizar la situación.

Se pregunta Charles, volviendo a la carta, si sabrán en la isla de la existencia de Karl, si María le perdonará que haya tenido un hijo sin ella, si no ha de ser Karl otra víctima de lo que pueda suceder.

El impostor, insistiendo en ser su verdadero hijo Carlos, no cesó en el empeño de pasarle factura por el abandono de su hijo español, el mismo que le hablaba. Pero no detectó en su cara un solo rasgo que los relacionara, un pequeño atisbo de parecido a él.

Su hijo Karl, en cambio, tenía los mismos ojos de Charles, y en el caso del niño suizo alternaban cuando era más pequeño la picardía y la inocencia, la solicitud del cariño y el cariño que daba.

La respiración acentuada del muchacho en un catre cercano, hecho un hombre, aumenta ahora su inquietud; su hijo, otra rémora para la escapada de Suiza.

Se detiene ante él y lo llama Carlos.

No lo llama Karl, lo llama Carlos con premeditación.

Y el hijo responde:

—Sí, papá.

—Carlos, querido...

Erica corrige:

—Karl, Karl...

Esta noche, como en otras noches de alcohol, tan frecuentes, ha vuelto al mundo pasado, si es que alguna vez lo abandonara.

—Karl... Karl... —Atiende al ruego de Erica ahora y lo llama Karl—. Mi hijo no es mi hijo.

—Qué cosas dices, Charles.

—Ante la ley no lo es, sólo es tuyo, un hijo de madre soltera.

Erica solloza ahora y dice en su simpleza que lo que la vida te da es imposible que te lo quite la ley.

—Muy sensata. —Sonríe él burlón—. Cuéntaselo a los calvinistas.

Pero el joven Karl, tan parecido a su padre en el físico, en los gestos, en el humor, en las reacciones y hasta en su secreto comportamiento empieza a ser para Erica una nueva preocupación. Sale con su padre, se encierra con él en su piso, se ocultan para hablar, nunca habla con ella de lo que ha hablado con su padre; cada vez lo siente

más lejos Erica, tiene la sensación de que viaja con su padre al mundo que su padre dejó atrás; un mundo del que se siente excluida o un mundo en el que nunca ha querido entrar.

Charles se ha quedado dormido con las piernas fuera de la cama y Erica toma sus piernas ahora y con delicadeza las hace reposar sobre el catre.

Lo coloca de tal modo en la cama que sonrío al pensar, mientras lo hace, que parece que estuviera preparando realmente una mortaja.

Lo mira ahora y se dice que no, pero reconoce para sus adentros que la verdadera solución para los dos, y también para el niño, sería la muerte de Charles.

Llora cuando imagina con tanto deseo la posibilidad de que deje de respirar de un momento a otro, de que mañana llamen de la oficina y no lo encuentren.

Tampoco la señora Aldes sabrá nada de él y resolverá preguntarle a ella preocupada:

—¿Sabe usted algo de su amante?

—A mi casa no ha subido, señora.

—Pues le advierto de que no aparece.

Será ese el momento en que ella tenga que bajar y comprobar que ha muerto, tendrá que amortajarlo disimulando el dolor para no denunciarse como concubina.

Llora y no sabe bien si lo hace por haber sido capaz de desear que eso ocurra o porque la ha conmovido de pronto la idea de la muerte del padre de su hijo.

Ahora solloza mirándolo a él, arrepentida de haberle deseado la muerte, pero convencida de que sólo esa muerte sería capaz de acabar con su miedo.

Dormirá vestido esta noche y Erica le desabrocha un poco la camisa y pasa con ternura la mano sobre su vello.

Antes de besarlo en la frente le ordena el pelo y siente con tristeza que este hombre no acaba de pertenecerle.

Aunque si bien lo mira no pertenece a nadie.

Ni a sí mismo.

Aldes se queja de la humedad que se desprende del suelo de la librería y él alude con impertinencia a la artritis como un espléndido detector de humedades.

Ella, presumiendo ahora de que él bromea, vuelve a responderle con el estallido de la risa, y el perro de Aldes, con toda esperanza perdida de que la puerta pueda llegar a abrirse para su paseo, husmea por el moho de los zócalos y se mete en la trastienda con señales de aburrimiento.

—Buena idea, *Tito* —dice él.

Y siguen los dos al perro, si bien ella vuelve atrás para poner el cerrojo a la puerta de la librería y apagar las luces, sin esperar que en la tarde, especialmente desapacible, cayendo ya la nieve en copos abundantes, alguien se sienta atraído por los libros viejos.

—Si las antiguas alfombras no fueran ya unos trapos —el perro lo mira como si comprendiera que está hablando de sus propios intereses de animal— ganaríamos en bienestar, ¿no cree?

Tito aviva el morro y ella se extiende sobre la *chaise longue* con excitante elegancia; un sonoro suspiro de cansancio es su modo espontáneo de contestar sin hacerlo.

Ya tendida, alisa el tejido fino de su vestido pasando las manos por sus muslos, deslizándolas hacia el interior de las piernas con una desgana que otorga al gesto una sensualidad que no le es indiferente a él.

Por eso toma las gafas de la ventana para comprobar con más exactitud, acercándose a ella, el triunfo de Aldes sobre la vejez.

—No sea perverso, *monsieur Pérez*, respete el descanso de las ancianas.

—Las abuelitas saben mucho —dice él, sentándose en el pequeñísimo espacio que el cuerpo de Aldes deja libre en la *chaise longue* a la altura de sus hombros.

Le pasa levemente las manos por los pechos, milagrosamente vigorosos todavía, y ella pone su mano derecha en el muslo de él, abandonada con riesgos lúbricos en la cercanía del sexo.

—El perro es muy diferente a usted, no huiría por nada, no tiene memoria.

—¿Quién le ha dicho a usted eso? —pregunta Charles—. Los perros la tienen y son muy agradecidos.

Reclinándose sobre ella la besa y lo aparta Aldes para seguir hablando.

—Los perros le dan a la comida demasiada importancia —añade ella.

—Cualquier huído que verdaderamente lo sea, señora Aldes, debe estar preparado para salir corriendo, como hace *Tito* cuando usted lo suelta en el parque. ¿No le da la impresión de que su naturaleza lo invita a correr y correr sin desmayo y sin saber hacia dónde?

—No, *monsieur* Pérez, un perro es un ser más razonable de lo que usted cree, siempre que mira hacia atrás lo hace por algo. Y mira.

—Por eso es sumiso...

—¿Y quién le dice a usted que a mí no me gusten los hombres sumisos?

—No hablábamos de eso.

—No, claro, hablábamos de explosivos.

La acaricia pasándole la mano suavemente por sus mejillas, con una ternura poco frecuente en Charles hacia ella, tal vez agradeciéndole la complicidad de aquel momento, y vuelve a mirar el sobre que ha recibido.

Su nombre allí parece el nombre de otro, y en realidad lo es; es evidente que no se trata propiamente de su verdadero nombre.

—Un huído —le dice a Aldes— debe acostumbrarse a vivir con sus distintos nombres.

—Como a usted le gusta complicarse tanto —replica ella—, le diré más: un huído nunca es un solo hombre.

—Tiene razón, señora Aldes, muchas gracias —se burla—; incluso corre el riesgo de ser el hombre que no le gusta ser, ¿no es así?

—El perro no pasa por esas dificultades.

La llamativa risa de Aldes llena la estancia y él la apaga, riéndose también y abrazándose a ella, hasta que lo separa la librera con una energía insólita que Charles asocia estúpidamente, no sabe por qué, a su ronquera.

Ha reconocido la letra de María en la dirección del sobre, sí, pero no lo dice.

En seguida vuelve a mirar a la vez al sobre que tiene en sus manos y a la nieve y ve allí de nuevo su nombre como si fuera el de otro, ese nombre por el que le llaman en Berna, sí, las señas de identidad de su pasaporte falsificado, Ángel Pérez Navamuel, sí, escritas, sí, casi con la propia letra de María; la letra que él le enseñó a dibujar pacientemente y que ella tan bien imitaba en el parvulario de adultos en el que le dio clases.

Bueno, no es exactamente la misma letra, ni siquiera la que ella con el tiempo fue consiguiendo hacer a su manera.

Tampoco llega a ser la letra de colegio de monjas que María envidió siempre y trató de lograr a toda costa.

Aunque tiene algo de eso, las consonantes se han hecho más picudas con el tiempo.

Aldes conoce toda su vida pasada desde que él se le presentara como un muerto, pero nunca se ha interesado por sus amores.

—Me gustan los hombres con enigma.

Por eso fue ella la que más le ayudó a convencerse de que, por lo que a su vida anterior se refería, mejor era darse por muerto:

—¿No lo dan ellos por muerto? No los inquiete ahora con resurrecciones, Ángel, no sea impertinente.

En Antiquariat se hace un largo silencio y sólo se oye la honda respiración del perro dormido.

Pasa suavemente sus dedos por los cabellos de él y se sorprende a sí misma entregada a una ternura inesperada, como si una especie de imprecisa compasión hacia Charles se apoderara de ella.

No recuerda, él sí, que los libros y los hombres le gustaran con enigma dentro, pero ahora cae en la cuenta de que al fin y al cabo apenas lo conoce.

Quizá por pudor se había resistido a que él entrara en pormenores de su historia personal cuando intentaba desahogarse con ella, nada más conocerse. Entonces fue ella misma la que detuvo su confesión, tal vez por esa irreprimible elegancia suya que cultiva el desprecio a entrar en el detalle de lo cotidiano, la necesidad de confirmarse en que no es una curiosa sin más. O tal vez de aparentar que no lo es.

Suenan unos golpes en la puerta y ella, despeinada y con la blusa totalmente abierta ya, da un respingo de sorpresa.

—La policía —dice él riéndose de la coincidencia de la llamada con la mención del detective que había conocido en la librería—. Un detective ha informado ya a la gendarmería con toda celeridad. ¿Tenía yo razón o no?

Pero vuelven a sonar los golpes y pregunta ella, dirigiéndose hacia la puerta:

—¿Quién es?

—La policía —responde una voz, y de un modo espontáneo, aunque poco recomendable para el interés de ambos, ríen los dos a la vez por el acierto, pero lo hacen de una forma tan ruidosa que ofende a los gendarmes.

—Se ha recibido una llamada —explica un joven agente que los mira con desconfianza y evidente mal humor, peor humor que el del perro que huele la enemistad policial y les ladra— con la denuncia de que en la librería Antiquariat, cerrada a una hora temprana como no es costumbre, puede verse una luz en una estancia que no suele verse iluminada desde la calle.

—¿Y qué? —pregunta ella, imaginándose todos los ojos de Berna atentos tras los visillos para detectar la anomalía en cualquier rincón.

—Pues eso —dice el agente, como quien no tiene voluntad de añadir más.

Lo dice sin alcanzar a comprender que pueda resultar extraño que si un vecino ve una puerta cerrada a una hora que no es común que lo esté y una luz encendida en un lugar del negocio donde no ha sido encendida antes, o al menos con la librería cerrada, pues llame a la gendarmería como corresponde.

—¿Y qué? —insiste ella.

—Esto es Berna, señora, los extranjeros deben saber cómo somos. —Un agente

escruta a Charles con descaro mientras el otro se explica con la librera.

—¿Qué quiere que les diga...? ¿Son ustedes los dueños?

Ella se acerca a una mesa de escritorio, situada en la pared de enfrente según se entra, sobre cuya superficie se amontonan los libros hasta casi cubrir el antiguo espejo del que no se deja ver sino el remate, y extrae del cajón más bajo la documentación que les muestra a regañadientes.

Mientras revisan la documentación con todo detenimiento, siente él la tentación de escapar antes de que le soliciten su pasaporte. Se imagina corriendo por la nieve hasta los soportales en la ciudad desierta, y tras él los agentes, veloces, resueltos, confundidos, al desviarse él por uno de los callejones laterales y buscar la senda que lo lleva al río, perdido en la oscuridad.

Da un paso decidido para huir y se limita a un vago movimiento extemporáneo y ridículo.

Se imagina a la señora Aldes desolada, sin saber aún qué dice aquella carta, qué anuncia.

—La suya —pide el agente a él, viéndole embebido—; su documentación, señor...

Pero él sigue absorto en su imaginada carrera veloz hacia el río, y el agente, atreviéndose a tocarle el hombro para despertarlo, repite:

—Su documentación, señor.

Siente alivio al reconocer en la actitud del policía los signos de la sospecha, como si se tratara al fin de la evidencia del reconocimiento que busca: todo un delincuente a punto de huir.

Uno de ellos revisa el pasaporte escrupulosamente una y otra vez y ante la imposibilidad de que algún detalle se le haya escapado se lo pasa al otro, que también hace su trabajo de un modo minucioso.

—¿Y qué? —vuelve a preguntar ella al verlos concluir.

Aunque la reiterada pregunta les parece a los policías un modo de desafío que en el fondo les irrita, se limitan a sustituir sus habituales excusas formularias con una respuesta más vaga y peor intencionada que ella percibió amenazante:

—Por esta vez no les vamos a molestar más.

Él suspira, no se sabe si defraudado o con alivio.

Sin despedirse de nadie, tampoco de la señora Aldes, empieza a caminar hacia la izquierda, como quien se desliza disimuladamente, y toma después el camino del Hotel Bristol, donde va a encontrar a su incondicional amigo Antonio.

Primero parece deslizarse más que andar, luego camina a paso ligero y a continuación se envalentona y echa a correr ante la mirada preocupada de la señora Aldes y el asombro de los policías. Teme oír correr a los gendarmes a sus espaldas, o los quiere oír corriendo; cree ahora oír unos gritos que lo reclaman antes de que oiga un tiro al aire que no llega a oír.

Le basta al fin la impresión de que en el silencio de la tarde sus pasos resuenan en

la nieve y convocan a los cristales los ojos ávidos de novedad de los berneses que le verán huir con riesgo de su vida.

Quizá está convencido de que los agentes siguen corriendo tras él y la verdad es que dudan si hacerlo o no mientras miran fijamente a la señora Aldes.

—Es un deportista —dice ella sonriendo—, no deben preocuparse.

Los policías se miran entre sí y, como si al mirarse determinaran responderle al unísono, se les dibuja la ironía en los labios con tanta levedad como les exige el rigor del uniforme y con la expresividad suficiente como para que la librera entienda que se hacen cargo de su frustración erótica.

A uno de ellos se le escapa un guiño desde el coche celular y antes de que pongan en marcha el motor oyen el violento golpe de la puerta de la librería, al perro lamentarse de lo que pudo haber sido una dura patada, y unos gritos en francés que los aluden y que los policías no logran traducir.

Creció y creció el pequeño Karl que unía a Erica y a Charles. Estaba hecho un hombre.

Y Charles también se declaró muerto a su hijo suizo, que había empezado desde niño a preguntar con los ojos.

—Tu padre es un muerto —dijo al niño.

Lo recuerda ahora Erica.

Otro día, su hijo, Karl Baumann (llevaba el apellido de su madre), le preguntó a su padre de dónde venía; sabía que su padre no era de Berna y no tenía clara su procedencia.

No estaban, naturalmente, ante un pequeño filósofo que entrara tan prematuramente en preocupaciones existenciales, pero la pregunta de la criatura sobre el origen de su papá tenía esa insólita resonancia.

Por eso, mientras Erica, sorprendida, no pudo reprimir la emoción ante la pregunta de su hijo, el padre desbordó la risa, aunque por sus ojos pasara una tormenta de pesados nubarrones y el niño detectara la chispa del miedo.

—Tu padre vino como *Peter* —le respondió Charles a su hijo, comparándose con *Peter*, el pájaro herido que habían recogido en el parque y que no pudo alzarse en vuelo hasta que lo curaron y lo alimentaron en casa con mimo.

Y siguió luego el pájaro allí, en casa, posándose en los muebles y en las lámparas y en la almohada de Karl.

Cuando *Peter* salía a volar era preciso dejar una ventana abierta, aunque hiciera mucho frío. Hasta que *Peter* volvía, doméstico, y alegraba con sus trinos la casa y se posaba en el hombro de Karl cuando regresaba el niño del colegio.

Los vecinos observaron siempre con desconfianza esta inusual convivencia. Y eso que nunca tuvieron la ocasión de asombrarse al contemplar el modo en que el pájaro transitaba por la mesa a la hora de comer, con exquisito comedimiento, tan sólo dispuesto a picotear las migas del pan. Y no por delicadeza sino por cuidado de salvarse de cualquier naufragio, por temor a ahogarse en un plato de sopa.

Tal vez algún vecino de Berna abrigó la idea, no debidamente consolidada, de que por razones de higiene —no debe ser lícito que un pájaro beba agua en el mismo vaso que sus dueños— pudieran fundamentar la denuncia de aquella rareza. Es posible que el vecindario llegara a pensar en dar cuenta a la policía de semejante desorden, un

pájaro que entra y sale y vive en familia y en libertad.

Pero no debieron de tener claro, solía comentar Charles, si a quien tenían que denunciar era al pájaro o a sus dueños.

Tampoco estaba muy claro que ellos fueran los dueños de *Peter*: el pájaro salía y volvía por su propia voluntad, si es que la tenía. Así que Charles le dijo al hijo que él mismo había venido como *Peter* y el niño preguntó si herido como el pájaro.

—Bueno... Sin alas —dijo Charles.

Y simuló las alas con las manos, abriendo y cerrando los brazos, moviéndolos mucho como un payaso, mientras el pequeño reía. Fijó a continuación los ojos en el punto de la indecisión para constatar al tiempo con una sonrisa la incomodidad de las preguntas de los niños.

Luego insistió en que sí, herido como *Peter*.

De algún modo era cierto.

El niño le dijo:

—Entonces te curó mamá, claro.

Y en ese instante se arriesgó a confesarle que en realidad había llegado muerto, que él era un muerto cuando vino, y ahora ya no.

—No te preocupes, ahora soy otro, no aquel que vino.

Didáctico y, sin embargo, inevitablemente oscuro, tuvo que pedir disculpas a Karl, no eran respuestas para un niño, pero trató a la vez de disculparse a sí mismo por su ridículo hermetismo.

Un día del más crudo invierno, cuando la convivencia con *Peter* se hacía más incómoda, porque aquel resquicio de la ventana, abierto para que entrara en la casa el pájaro, la enfriara hasta lo insoportable si se demoraba un poco, cayeron en la cuenta de que *Peter* no volvería: la casa estaba ya helada y *Peter* no había regresado después de muchas horas.

En realidad, Karl no dejó nunca de esperarlo.

—¿Un pájaro es capaz de huir por amor? —le preguntó Erica a Charles.

Él confesó con guasa que sabía poco de la afectividad de los pájaros.

Tampoco ella sabía de eso —reconoció—, pero sospechaba que una hembra pudo distraer a *Peter*, cambiarle el rumbo con su reclamo.

—O devolverlo a su camino —dijo él. Y precisó—: Al rumbo de antes, sí, antes de que lo encontráramos nosotros.

Es probable que Charles no tuviera ninguna intención de dar a entender a Erica otra cosa que lo que dijo, ninguna metáfora que tuviera que ver con ellos expresamente, pero Erica piensa ahora, sintiéndose abandonada, asociando de algún modo lo que él le dijo entonces sobre la escapada del pájaro al nido del que vino, que pudo haberse tratado de una posible respuesta que ella misma se había dado ya a su pregunta sobre las inevitables huidas de Charles al pasado; que ese podía ser otro riesgo, un verdadero riesgo: el riesgo de que otra hembra esta vez devolviera a Charles al rumbo de antes.

Los dos despiden ahora a Karl a las puertas de su casa, tiene buena voz la criatura, se empeña en ser cantante. Erica, resignada con esa vocación que despunta en su hijo —nada le gustaría menos que un hijo cantante—, le da un beso.

Se va el muchacho a la universidad y Charles sale ahora camino de su trabajo de contable en la central ganadera de los Baumann.

II

EL PESO DE LA CULPA

No quería ir a ningún sitio, estar en ningún sitio. Quiero decir que no quería ser ni estar en presente en ningún sitio. Si tenía que ser o estar, que fuese en el pasado.

WILLIAM FAULKNER

Apenas ha despuntado la mañana y el restaurante de enfrente, el Commerce, que no suele abrir tan temprano, sigue apagado a estas horas. Pero a pesar de la poca luz, él cree ver allí una figura muy poco reconocible por el mucho abrigo que lleva, una especie de muñeco inflado de ropajes.

Se trata de un hombre alto y no sabría decir si exactamente gordo; se lo impide la mucha ropa superpuesta que lleva.

O gordo, efectivamente, con barba tal vez, pero sin que la bufanda y la gorra permitan la identificación del pelo por parte alguna.

Descubre que el hombre le mira, que se oculta fugaz detrás de la columna, quizá temeroso de haber sido descubierto.

Pero le extraña que no escape, aunque podría hacerlo, a pesar de que se sabe visto.

Debería escapar al sentirse descubierto, pero no lo hace.

Si no escapa, piensa, será para, pase lo que pase, no desatender las averiguaciones referidas a él que alguien le habrá encomendado con el fin de no perderle de vista. O porque intenta hacerse notar adrede en su misión.

Fuera como fuere, con la apostura de su metro noventa, las graves facciones de su rostro tocadas por las arrugas leves de lo que parece un envejecimiento por descuido y un mechón de pelo blanco tan ordenado sobre su frente que insinúa un premeditado remate de elegancia, Charles se pasa en este instante las manos por su barba recién afeitada, recordando la pesadilla que ha acabado con él en Berna, y siente ahora un sobresalto.

Ahí están los búhos —los berneses, desconfiados y vigilantes, gendarmes de sí mismos— observando a sus vecinos por un agujero, puesto el oído al más mínimo sonido extravagante para llamar raudos a la policía.

Erica no puede advertir en este instante la mirada obsesiva de Charles; lo ve de espaldas.

Si lo observara de frente podría comprobar cómo se le dilatan las pupilas y sus ojos tratan de ver detrás de las columnas del soportal, apenas iluminadas por esa luz de la relojería más cercana que se ha encendido al fin, aunque con una cierta penumbra.

A pesar de todo, él suele tomárselo a broma con frecuencia; ni siquiera sus

obsesiones escapan a su risa, franca y contradictoria, traicionada por unos ojos de los que no se va nunca la melancolía.

Y precisamente por eso, lo peor de él es para Erica que no resulta fácil tomarlo por un loco, su humor oculta a veces la obsesión y la despista. Y eso que ella, oyéndolo al amanecer cantar arias de ópera para disipar los recuerdos que cualquier otra música pueda resucitarle —que es lo que acostumbra a decir de él, como si la ópera fuera una música sin memoria o tal vez con una memoria tan universal que se le escapa—, ignora que al mirar por la amplia cristalera de su casa que da a Gueringasse no sólo contempla en la oscura mañana del invierno la doméstica estampa familiar de sus vecinos alrededor de una mesa, con el humo del café claro elevándose en medio de un silencio en el que se miran los hijos y los padres, afanados en extender las mermeladas sobre el pan, acostumbrados al descarado seguimiento de los otros detrás de sus cristales, sino que adonde mira sin dejar de cantar, temeroso de que ella pueda advertir la preocupación de que lo vigilan, o lo que es peor, pueda sentirse preocupada por la sombra de su pasado, cada vez más cercana, es a los soportales de su céntrica calle de Berna, revisando, sin que se le escape uno, los bultos que van o vienen, las luces de las tiendas y las relojerías, aún sin encender sus escaparates y después encendidos, unos yendo o viniendo sin más, urgidos por la puntualidad de sus trabajos, otros más lentos, que de repente lo miran, ella dice que por casualidad, porque se hace ver, apenas se oculta (como si la inmensa cristalera tuviera para él la seguridad de un fuerte que lo protege, que así es en algunos casos, en otros él mismo sostiene que no), porque son las mismas caras repetidas, día tras día, las que lo miran al pasar. Busca, sin embargo, a otros hombres que tuvieran la misión de perseguirle, como si no acabara de entender que con un enviado bastara.

Pero sigue cantando ahora con naturalidad, como lo hace todas las mañanas, igual de ajeno a los vaivenes del ánimo.

Ahora no es que mire atrás o no, como siempre ha hecho, se dice Erica, es que la obsesión va a más: ya los busca por donde sea.

Ha ido a un doctor en Ginebra, atendiendo al consejo de Erica, pero no se lo ha dicho a ella, que a su vez ha acudido a otro doctor, sin tampoco contárselo a él, mostrándole Erica al médico la preocupación obsesiva de su compañero por la imperiosa huida.

Ambos han recibido, después de una obvia recapitulación sobre la manía, la misma recomendación: no mirar para atrás cuando aflora la convicción interior de que alguien te sigue.

—Siempre nos sigue alguien —le dijo el doctor a él, como si la perogrullada fuera a tranquilizarlo—. Si usted continúa mirando para atrás está perdido.

—Ya sé, Sodoma... —bromeó él.

—Pues no ha puesto usted un mal ejemplo —contestó el doctor.

Ahora Angélica Humbolt le abre a su amiga Erica la puerta de su casa y repara en seguida en su expresión de aturdimiento, tiene la sensación de que acoge a una mujer vencida sobre la que se ha precipitado con saña la edad en tan sólo unos meses.

Angélica es su mejor amiga.

Se conocieron en París, después de que Erica tuviera la locura de hacerse comunista, llevada de sus amistades en las Brigadas Internacionales donde fue enfermera.

Cuando se le pasó la fiebre comunista le confesó a Angélica:

—He llegado a la conclusión de que mi única ideología son los hombres.

Pero en la cara de Erica aparece esta vez la sombra del insomnio y sus labios escasos se difuminan aún más en las facciones contraídas de la preocupación.

Disimula Angélica su sorpresa con la forzada alegría monjil que suele imponer caritativamente a un rostro melancólico en el que la viudedad ha dejado un velo que convierte la antigua sensualidad de sus rasgos en un recuerdo tenue de la hembra que fue.

Angélica tiene la impresión de que Erica ni siquiera se atreve a entrar, como si se tratara de un animal acorralado.

La anima con halagos a contemplar cómo el río Aar recupera la energía, deshecho el hielo ya, desde el diáfano mirador de su casa, una finca de pisos erguida sobre la margen derecha del cauce, su piso el último.

Siempre le entusiasmó a Erica este paisaje de Berna y en la mesa camilla que Angélica reviste con una funda repleta de entredoses y volantillos han compartido los dos sus entusiasmos en el tiempo: unos venidos del recuerdo de mujeres de mundo que se ríen ahora de su destino sedentario y de las fidelidades que llegan con la edad, otros vividos en la confianza sobre las gratificaciones que trae la imaginación a la rutina.

Suelen hablar de recuerdos, de los que vivieron juntas en París y de los que Angélica vivió en Alemania donde casó al final con un gran editor, un hombre que podía ser su padre.

Erica apenas mira hoy al paisaje, Angélica es la que le lleva la mirada y comenta con buen humor cómo se dedica en su aburrimiento de las noches a seguir las sombras juveniles que corretean por las orillas del río como si se reencontrara en

alguna de ellas.

—¿Te acuerdas?

Va a la cocina y viene de la cocina, preparando el té, sin que suceda lo que otras veces, que Erica la acompañe sin parar de hablar de incidencias domésticas, de las últimas actuaciones de su hijo Karl, que parece triunfar modestamente con una música que ella no llega a entender, cada vez más peligrosamente próximo a su padre, como calcados, verdaderos cómplices entre ellos que la dejan al margen, o de cualquier percance entre el padre de Erica y su madre por la endiablada obstinación de la vieja en que su marido la traiciona. «Mi madre tiene la cabeza perdida».

Pero ahora Erica está sentada a la mesilla, un poco de lado, con el cuerpo hacia el interior de la casa, lo suficiente como para ignorar el panorama, para darle la espalda al paisaje no se sabe si intencionadamente, el codo apoyado en la mesa y la barbilla sustentada por la mano, como si quisiera reclamar atención en silencio para su dolor, para lo que sucede en su ánimo, tan sólo con la exposición de un rostro que parece fustigado por una depresión.

Pero Angélica sabe que Erica ha sido siempre algo inmadura: confunde como nadie lo que quiere ser con lo que es, incluso con la que cree que es.

—Tú siempre has sido medio monja, querida. —La acaricia Angélica con mimo—. Sigues con la misma cara...

Se va a la cocina de nuevo y vuelve con la bandeja y le pide que levante el ánimo con el té que humea, con las riquísimas pastas que le ha dispuesto.

—Siempre te gustaron las pastas artesanales.

¿Cómo podrá contarle lo que le pasa?

Nunca le habló Erica a Angélica de la vida anterior de Charles.

Angélica insistía en por qué no se casaban.

Ella se aferró siempre a una mentira, a una falsa explicación:

—Para Charles es una cuestión de principios, él es un anarquista, no quiere que lo dobleguen, que lo aten.

Nunca le confesó que para casarse necesitarían un certificado de viudedad o de soltería que le es imposible conseguir a un hombre con pasaporte falso.

Insiste en que Charles es irreductible en sus principios.

—¿Ni por amor es capaz de entrar por el aro? —pregunta Angélica.

—Por amor, menos —le contesta.

Después de servirse el té, cruza Angélica sus brazos sobre la mesilla y mira a los ojos de Erica fijamente, interrogándola con la mirada.

—Esos ojos de sueño —le susurra—. Venga, habla...

Erica cuenta que ante la tardanza de él bajó en la madrugada al piso inferior para comprobar si estaba allí.

Allí estaba, dormido sobre el edredón estampado, con una acentuada respiración que se aproximaba al ronquido y no llegaba...

La luz permanecía encendida en el rincón de la alcoba.

Se acercó a él para comprobar su aliento en el espesor de aquel ambiente viciado por la falta de ventilación y sintió asco.

—Ya no es novedad que beba, casi lo hace cada día. Bebe y parece que dimita de la vida, no es que se proponga dormir de esta manera, no, es que el sueño lo sorprende así.

—¿Te da mal trato?

No, no la trata mal.

—Al contrario, soy yo la que me indigno con él, la que le grita; no soporto a los borrachos, es mi carácter el que ha cambiado.

—Quizá no sea un alcohólico —lo disculpa Angélica—, pasará por un mal momento.

—Pues que lo resuelva, hija, tiene que resolverlo él, yo no sé lo que le pasa...

Le pregunta Angélica si lo sigue queriendo y ella responde que sí, pero a continuación insinúa alguna duda.

—No te preocupes, no es fácil responder a eso después de cierto tiempo de convivencia —la tranquiliza Angélica.

En realidad, no es capaz de dar más explicaciones.

Anoche lo vio como un ser ajeno.

Lo vio borracho y dormido y se convenció de que lo rechaza, aunque no parece estar muy segura.

—Si lo rechazara de verdad no hubiera imaginado la infidelidad con todo detalle, Angélica; no te puedes imaginar hasta qué punto. Tampoco estaría tan alterada como estoy en la oficina, llamándolo al trabajo: «No, no está», no te dan más explicaciones, y tú te preguntas dónde estará. Sería capaz de describirte la habitación en la que lo imagino seduciendo a una joven apasionada por la literatura, a una de esas criaturas capaces de acostarse con él creyendo que lo hacen con el mismísimo Thomas Mann.

—¿Thomas Mann acostado con una jovencita? Eran otros sus gustos, querida. Además, no exageres...

—Bueno... Una jovencita de esas con las que lo pone en contacto Aldes para cultivar la fama de lugar de perversión que tiene su librería.

Angélica sabe cuánto odio recíproco hay entre la librera y Erica.

—No perdonas a Aldes...

—Ni ella a mí.

No se lo ha contado él, naturalmente, él siempre defiende a Aldes: «Tú no eres capaz de entender su ironía, Aldes es una señora. ¡La señora Aldes!».

—Así que te dedicas a suponer que Charles hace de pigmalión con Aldes de alcahueta —retoma Angélica la conversación.

—Sí, sí... Me lo imagino. Puedes estar segura de que él a sus chicas nunca les hablará de sexo, no incurrirá en semejante ordinariez, serán ellas las que lo lleven a un apartamento en cuya terraza caerán hojas perdidas de un abedul sobre las que es capaz de teorizar mientras la chiquita va despojándose de su blusa sin que aparente

reaccionar él. Seguirá hablando de literatura e ignorando las bragas, recitará un poema de Eliot y tendrá que ser ella la que se le eche encima y compruebe al fin que sólo con Eliot un hombre no se pone así.

Se alborotan las dos con chirigotas y Angélica pregunta entre risas:

—¿También vosotros lo hacíais con Eliot?

—Nosotros lo hacíamos con un poeta hispano, con Neruda —ríe—, pero con el tiempo he sido yo la que ha perdido el interés por esa literatura.

—¿Y crees que la busca en otras?

—Sí. Si no fuera así no me sentiría de pronto tan mayor, poco atractiva... Ni perdería el tiempo en el espejo del servicio de la oficina recontándome las arrugas.

Charles se ve ahora en la estación ferroviaria. No es la primera vez que acude a la estación de Berna con el perentorio propósito de la escapada. Corre por los andenes, al buen tuntún, como a quien le da lo mismo un destino u otro, decidido a subirse a un tren cualquiera y, de pronto, presa de la duda de si es o no el perfecto huido, se reprende a sí mismo duramente.

Llega resuelto, pero vuelve sobre sus pasos, con un irrefutable sentimiento de derrota, y ve desfilar los alborotados rótulos con los nombres de las ciudades de destino sin acabar de decidirse por la fuga.

Cada tren que parte desde Berna hacia Milán, Dusseldorf o París supone para él una ocasión perdida que no evita recriminarse con el único fin de cumplir el objetivo de ponerse a salvo; de ponerse a salvo aun cuando ni siquiera existe un peligro cierto que arriesgue su vida, es decir, ninguna razón para defenderse y menos para salvarse; ¿salvarse de qué?

Con las manos en los bolsillos, este hombre con duros zapatones y gruesos calcetines, dispuesto a afrontar cualquier tempestad, no despierta la más mínima sospecha de ser un perseguido.

Sólo él se supone un hombre buscado a punto de escapar y, aunque no ignora que quien de verdad huye no se detiene a considerar de un modo meticuloso la relación de puntos de destino en los tableros de información, como hace ahora nerviosamente, sino que adquiere veloz su billete, o incluso no lo compra, y entra en el vagón a punto de perder el tren, corriendo, fatigado, sorteando obstáculos, aunque no los haya, hasta agazaparse en su asiento, huraña la mirada, amenazante por si acaso, con temor a ser pillado, sigue creyendo con firmeza, ofendido consigo mismo cuando la duda se le impone fugazmente, que él es un hombre a punto de la escapada. Le incomoda que pueda pensarse lo contrario, no lo soporta, no soporta la indiferencia de los demás ante su necesidad de huida, basada en la ignorancia de lo que pueda estar pasándole a él por la cabeza.

Su aspecto acicalado, a pesar de la informalidad de su atuendo, embutido en un anorak amarillo, le hace parecer más alguien que ha ido a recibir a cualquiera sosegadamente que un hombre desasosegado, dispuesto a dejar atrás un hijo, una mujer, unos amigos y una ciudad que, si bien lo piensa, nunca ha llegado a tener por suya.

De pronto, de un modo abrupto, se da cuenta del rechazo que siente por los colorines de las banderas profusas de Berna o la poca gracia que le hacen los muñecotes míticos de los suizos, se encaramen o no a los relojes.

Pero en semejante trivialidad no radica el motivo principal para huir, aunque reconociéndose banal no pueda evitar otra vez la risa, sobre todo si tiene en cuenta que nunca tuvo por suyos ninguno de los lugares en los que le tocó vivir. Le había sucedido lo mismo en Madrid, en París o en la isla.

No es que en Berna haya encontrado obstáculos para sentirse como en casa, todo lo contrario —trata de explicarse mientras se mueven los rótulos en el indicador de salidas y llegadas y aparecen ante sus ojos nuevas propuestas de destino—; lo que pasa es que no acaba él de adecuarse a los territorios diversos por los que ha pasado debido a una tendencia natural a considerarse extraño en cualquier sitio.

En la propia estación ferroviaria, ahora, se siente un verdadero náufrago.

Y todo por cobarde, se dice.

Se llama a sí mismo cobarde con la misma virulencia que lo hace Erica, mimosa, a la hora de retarle: «Vete con Dios, cobarde; si quieres escapar, escapa, será porque no me amas».

Y todo por cobarde.

Como si al huir tuviera uno que despojarse también del amor o como si el amor no impusiera a veces por sí mismo la necesidad de escapar. «El amor cabe en cualquier equipaje de mano», dice, no sin cierta guasa, y al reírse de la frase, como se burla de casi todas sus ocurrencias, cae en la cuenta de que ni siquiera lleva equipaje. Tampoco amor.

Por eso advierte en un arrebatado de razón desconcertante para sí mismo: «A pesar de todo, cualquier prófugo lleva algo consigo».

Y vuelve a reír, dominado por la desgana.

Pero, por más que lo quiera, que al parecer lo desea, de acuerdo con una minuciosa observación de los gestos de los viandantes de la estación, cada uno a lo suyo, apresurados, nadie puede sospechar que trate de huir esta noche.

La prestigiosa librería de viejo que conoció aún en edad de haberle apeado el tratamiento, y que precisamente por no habérselo apeado en su día ha terminado resultándole adecuado con el paso del tiempo, atribuyó este crónico desarraigo suyo al hecho de que su madre muriera al parirlo y su tía ocupara el puesto de la madre.

Él acostumbra a poner en cuarentena las especulaciones de Aldes, que trata de explicarse las reacciones del ser humano de acuerdo con una muy particular fenomenología suya, pero reconoce que es posible que semejante manera de venir al mundo, ya huérfano, con riesgo innegable de no haber llegado a tiempo a la vida, determine esta condición de náufrago de la que no ha podido recuperarse.

Pero ni siquiera los habitantes de la estación, viajeros o no, en cuya laxitud adivina él la despreocupación por el tiempo, y que se apostan allí, ensimismados, esperando a alguien que viene o al tren que ha de trasladarlos, algunos con la mirada

ida, verdaderamente sospechosos, como si no esperaran a nadie, ni estuvieran a punto de partir, ni supieran realmente qué hacer, le prodigan un poco de atención, una merma ínfima de la indiferencia que los posee entre los botes de Coca-Cola y cervezas que distraen tranquilamente las esperas.

A cada minuto que pasa, yendo y viniendo de la exhaustiva cartelera de procedencias y destinos, y mientras los trenes al ponerse en marcha le afean su indeterminación con el sonido irreparable de la sirena de la partida, se reconoce más timorato, más vencido por la evidencia.

Y no es que necesite ese reconocimiento de su huida por parte de otros, sostiene contradictoriamente, aunque en verdad lo necesita, pero la contradicción es parte consustancial de Charles. De modo que puede estar convencido de que los reconocimientos de los demás tienen un peligro, un peligro que le obsesiona: llegar a imponerle a él obligaciones impremeditadas hasta el punto de que la gratitud le lleve, una vez reconocido como huido, si lo que busca es ese absurdo reconocimiento, a cumplir un camino distinto al que inicialmente se ha propuesto.

Vuelve a reír.

Pero, por esa razón, regresa a su discurso interior, observado desde fuera de sí mismo, con una especie de parálisis en la que se siente separado de su verdadera existencia; esa falta de apariencia de verdadero huido es para él otro peligro innegable: el peligro de que llegue a negársele su voluntad auténtica de fuga, a ponerse en duda que de verdad pretenda huir. El caso del suicida que comenta a menudo su propósito y nunca lo consuma.

Bebe agua de una fuentecilla de la estación.

No se sabe si bebe para celebrar la sensación de estar poniendo en orden su cabeza, un orden cada vez más improbable, a pesar de la duda que le queda de que Aldes contribuya a eso de alguna manera, o bebe agua únicamente para encontrarse en su sabor universal y neutro. Suele incurrir en esas y en otras inútiles debilidades.

Los arces recuperan las hojas en su escalada por el cerro que sube al otro lado del río como premonición del tiempo de bonanza; una luz cicatera, retenida tras una nube que se esclarece un poco, se proyecta sobre los abetos de la urbanización que tienen enfrente Erica y su amiga Angélica y transmite con levedad una cálida sensación a la tarde de sombras en la que el humo de las calefacciones de Berna empaña la limpieza del aire.

—¿Lloras?

—Sí, lloro.

—¿Y tienes alguna razón para la sospecha?

Cuando Angélica le hace preguntas como ésa, Erica se arrepiente de haberle dicho nada, para qué.

Le explica simplemente que encuentra ausente a Charles, ido, cada día más ido, pensando en otras cosas...

Rezonga y dice al fin:

—Pensando en otra.

—¿Estás segura de que piensa en otra?

Sí, está segura, de lo que no está segura es de que se trate de otra, aquí y ahora, más bien de otra en otro mundo.

No se ha atrevido a decirle esto a Angélica, cómo va a decírselo, cómo va a contarle estas rarezas.

Tampoco puede contarle su miedo, pero le ha insistido mucho en el miedo.

Seguramente Angélica piensa que el miedo del que le habla es el simple miedo que cualquier mujer puede sentir por perder a su pareja.

Por eso le da una respuesta previsible, le dice que el miedo no lleva a ninguna parte, lo mismo que suele decir la gente que no siente miedo y que por eso mismo le parece tan evitable.

Y le dice también que está claro que lo quiere mucho, que si no sobraría el miedo a perderlo.

—Todo son celos —dice Angélica.

Al principio, sí, al principio la distancia que iba marcando su silencio originó los celos: una ansiedad brutal que la devoraba, que la llevaba a ocultarse por los soportales para seguirle los pasos y a perderse en el parque tras la pista de una posible

cita con otra que acababa donde él volvía a ausentarse en su silencio, sentado y mirando al cielo entre el frío, como si nada de lo de aquí le afectara.

Dicho así, Angélica lo tiene claro: no hay razones para esos celos que la destruyen.

Y es entonces cuando ella no puede explicarle lo que tiene que explicarle.

O se lo explica a medias.

Le confiesa que persigue su correspondencia.

—No está bien —le reprocha Angélica.

Ella, para disculparse, comenta que una mujer con celos no es una mujer normal.

Angélica ríe. Piensa que los celos son más cosa de mujer que de hombre. Y con razón.

—¿Has encontrado algo?

—Sí.

De pronto dice sí y piensa que ha sido pillada.

Por eso resuelve cambiar, preguntarse si la facilidad con que ha encontrado esa correspondencia en la mesa del escritorio de él no es un premeditado aviso de Charles de que ha decidido abandonarla.

Angélica sonríe y ella piensa ahora que no se atreve a decirle que está loca.

O sí se lo dice; se lo dice suavemente, sonriendo.

Es Angélica la que pregunta de quién es la carta y Erica no se atreve a decirle la verdad, le dice que de una mujer que lo llama asesino.

—¿Y si resulta que estoy casada con un asesino, Angélica?

—Eres tonta... Una amante irritada es capaz de decir cualquier cosa como un insulto —replica Angélica—. Para que te llamen asesino no hace falta haber matado a nadie. Basta con tener una amante desengañada o harta. O basta con que la persona que te escribe quiera jugártela. O gastarte una broma. Tampoco es necesario que se trate de una amante, una broma de esas te la puede gastar una amiga.

—Con muy mal gusto, claro...

—Desde luego.

Erica refleja conformidad en su modo de mover la cabeza y además dice en su descargo y sin que venga a cuento, como si lo que menos le importara es que Charles fuera un asesino, que en tiempos de guerra uno puede haberse visto obligado a matar por razones legítimas, pero a Angélica esa respuesta no le gusta nada, nunca hay razones legítimas para matar.

La deja hablar, no está interesada en la lección de ética que Erica improvisa y concluye Angélica en que, a pesar de la carta, su amiga sigue sin tener razón alguna para los celos.

—¿Y si alguien que te deja su propia esquila mortuoria, con su propio y verdadero nombre y todos los datos correspondientes, en la mesa del escritorio, bien a la vista, no te quiere avisar de que ha muerto para ti?

La mirada perpleja de Angélica, que no entiende nada, la transforma de súbito en

una verdadera estatua, pero se recupera pronto y decide tomárselo a chungo.

Erica tiene la impresión de que su amiga está convencida de que ha enloquecido; no llega a entenderla; no, no la entiende.

Pero Erica sonrío y sí comprende a Angélica; la escucha paciente, vuelve a oír la recomendándole con visos de consternación que consulte a un psiquiatra.

—Sí, sí, pero, dime —insiste Erica—, ¿no querrá decir eso?

—No, no quiere decir eso —Angélica toma las manos de Erica entre las suyas y percibe el temblor de la obsesión—; abandona el miedo, querida.

—El miedo acaba con el amor, sin duda...

—Por eso mismo, Erica.

Angélica vuelve a mirarla como a una loca, debe mirarla con preocupación y no tiene una respuesta pronta, la perplejidad se lo impide.

Qué lástima que no pueda decirle nada más a Angélica, se dice Erica, sobre la carta de Giorgio que acaba de leer.

Charles no le ha dicho nada de la carta, el muy cobarde ha preferido dejarla a su vista para que ella se haga cómplice de su miedo, un miedo de los dos, es decir, de Giorgio y de Charles, porque como dice Giorgio esa mujer está dispuesta a perseguirnos, a ti y a mí.

A ti y a mí, recuerda a Charles con desprecio, visto como un despojo que anoche hubiera caído al azar en aquel catre.

Se trata del odio de una mujer, se repite Erica los términos de Giorgio: «Por mucho que la quieras debes entenderlo».

«Por mucho que la quieras», dice Giorgio...

Aquí tendría que ver Angélica si hay razón o no para los celos. La esquila es otro aviso, y eso que Giorgio no sabe nada de la esquila, le ha escrito antes de la esquila.

—A Giorgio le ha bastado saber de la carta para recomendarle que huya, que huya con nosotros, conmigo y con su hijo, indeseable. Aldes en cambio parece que lo tiene claro, al decir de Giorgio; ya intuía yo que Aldes andaba mezclada en este asunto. Lo que tiene claro Aldes no es que deba huir conmigo y con su hijo; le recomienda, más indeseable que Giorgio, que huya solo. Esa vieja perra —murmura con rabia— no ha dejado nunca de asediarlo. Giorgio se pregunta quién pudo dar el chivatazo y parece mentira que Giorgio no lo vea: Aldes no le ha perdonado nunca nuestro aparejamiento, estoy segura de que ha montado esta estrategia para secuestrarle ahora, para mantenerlo huido y a su alcance. Mi madre dice, como la que consulta un oráculo, que nos estamos ahogando en un vaso de agua, que la cosa no irá a mayores, que si esa mujer hubiera querido hacernos daño ya lo hubiera hecho.

Giorgio sostiene, sin embargo, que la situación puede ser imprevisible, que una mujer tan dolida es posible que le ponga algunas condiciones, le advierte.

A Erica le molesta la presunción de estrategia de Giorgio, lo conoce bien y lo tiene por un diletante, un conspirador barato, un histrión, como todos los italianos.

Esta mañana, en su oficina, Charles se despereza con satisfacción y confirma a la vez sus propósitos de entregarse hoy a la nieve, pase lo que pase.

Apenas ha proyectado una disculpa para adelantar esta mañana su salida del trabajo y correr pronto al parque. Allí sus mirlos cómplices se hallan envidiablemente ocultos y los vencejos renuncian ya a todo vuelo en el invierno profundo; un trino ausente puebla la tierra de nadie del nevazo.

Empieza una nevisca.

La luz rosácea que invade el cielo nublado de la ciudad y se proyecta azulada a través de las vidrieras de su oficina le trae ahora un sosiego inesperado y gratificante.

Si distrae su atención del fárrago de números y del inventario de ubres de vaca que le aturden, esa misma luz le anuncia la posibilidad del inminente disfrute del territorio glacial de la nieve, un espacio en el que le gusta imprimir sus huellas al caminar, con sus zapatones de paso imperioso, lo mismo que volver sobre ellas desandándose y haciéndose cábalas en la nieve hollada; escasa importancia la de nuestro propio pie, se dice; tan efímero como la misma nieve. Luego ríe de sí mismo.

Ya al mediodía, cuando al silencio del Tierpark llega la algarabía de los carillones y los relojes pueblan de música la ciudad, moviendo muñecones medievales en sus esferas ante la curiosidad de los turistas, él se deshace, bajo los abedules cercanos al río, transformados por la nieve en espigados fantasmas de aquel paisaje, del anorak, de la gorra de visera y de la bufanda; libera sus manos de los guantes y entra en contacto con la nieve, retozando en ella como un crío, pateándola hasta la vera del río como un desafío, convencido de que en aquella tierra de nadie es donde más a gusto respira, viendo la naturaleza toda borrarse en la blancura espesa; todo dormido, resignadamente, bajo la suave posesión de la nieve; él es el habitante salvaje y único de aquel espacio, huraño si las voces de los niños amenazan con dominar el paraje que desvelan con su griterío.

Erica se asoma ahora a la ventana para ver marchar a Charles y no le extraña que permanezca unos instantes en el chaflán de la puerta de su casa, sin moverse. Pero no llega a comprobar el repaso meticuloso de su mirada hacia todos los lados, si acaso le parece incomprensible que, en lugar de tomar su camino de siempre hacia la derecha, cruce antes la calle, dé la vuelta a una columna del soportal y retome después el camino en dirección al trabajo.

En este momento, ya en la calle, no mira hacia atrás, como suele hacer con obstinación; mira al frente con insistencia, mira al espacio oscuro de los soportales. Duda de haber visto bien, pero abriga la moderada certeza de que allí sigue el individuo, porque quienes pasan, sin mirar hacia arriba, hacia su ventana, los que van a lo suyo de modo rutinario, vuelven la cabeza en dirección a la columna del soportal como si detrás de ella hubieran descubierto, igual que él, a un sospechoso de no se sabe qué. Y esto es lo que lo convence definitivamente de que lo suyo no son elucubraciones, como se empeña Erica.

Pero a lo que de verdad teme Erica ahora, tanto tiempo después, no es al problema de la falsa identidad de Charles, sino otra vez a los retornos a su pasado. En las noches de copas en las que le da por resucitar, a lo que ella teme no es al hombre-caballo sino al muerto que vuelve al olor de la vieja alcoba española.

Siempre que lo oye hablar en español vuelve a temerlo.

Y él habría roto también con esta lengua, hubiera querido deshacerse del español de haberle sido posible.

Dice que es esta jodida lengua la que lo lleva hacia atrás, hacia donde no quiere ir, hacia donde nunca estuvo.

Ni un solo libro en español en su estantería; sólo una edición alemana del *Quijote* que suele recitar en español.

Recupera ahora otra obsesión: la de las fotos.

«Las fotos pretenden retenerte en un tiempo pasado que no siempre fue cierto o que a lo mejor no era tuyo. ¿Por qué coño iba a ser mío un tiempo del que no me siento responsable? El jodido destino lo decide todo por ti».

Se tiene por verdadero culpable del delito de haberse llevado consigo su propio cadáver de hombre supuestamente ahogado en la escapada de la isla. Como el ahogado que no fue y que todos dieron allí por ahogado. Por eso está convencido

ahora mismo de que le persigue alguien que reclama unos despojos humanos que pertenecen a aquella lejana playa de la que huyera un día cargando con sus propios restos mortales.

Presa de esta obsesión no hay mañana en la que él salga de su casa sin mirar antes con cautela, tratando de averiguar dónde puede estar el ojo que le sigue en el sueño, dónde la mirada furtiva que se mueve sumisa en la dirección que le ordenan otros a distancia para vigilar sus pasos, para impedir que se pierda luego definitivamente su pista.

Hay sin embargo un acuerdo tácito entre Erica y Charles para no hablar del mundo que quedó atrás.

Ese mundo del que no puede obtener un certificado de soltería ni ningún otro papel que lo acredite como hombre libre para contraer matrimonio con ella, que es lo que de verdad quiere Erica por mucho que dijera lo contrario a sus padres en otros momentos. Si acaso, y eso es lo que le cuenta Erica a Angélica, Charles podría obtener una partida de defunción con su verdadera identidad: Carlos Pérez de Alba y Rojas, natural de Madrid, provincia de Madrid, casado, desaparecido en el mar de la isla de Tenerife el 26 de mayo de 1950.

A Charles le resuena aún en la cabeza la música fúnebre de sus propios funerales en España, las lamentaciones del pésame a su viuda y a su madre.

Hace ya unas cuantas tardes, antes de volver hoy por Antiquariat, pasó por su casa al salir de la oficina y casi por rutina abrió el buzón que formalmente pertenece a su vivienda, recogió unas cartas que había en él y subió las escaleras revisando los sobres: uno era de la administración municipal requiriéndoles impuestos, otro de Giorgio, el condenado Giorgio hace tiempo que no le escribe y lo hace ahora desde Padova, y en el último de los tres vuelve a aparecer la letra de María, la letra de María que esta vez signa con todo detalle la propia dirección particular de Ángel, sí, de Ángel, no de Carlos, ni de Charles, o sea, la evidencia de que no sólo conoce su frecuentación de Antiquariat, como bien ya sabe él, y acaso su larga y cercana amistad con la señora Aldes, sino que posee sus señas particulares concretas, y hasta quién sabe si su vecindad con Erica y en consecuencia su relación con ella. Y, por supuesto, la existencia del ya crecido Karl, que está hecho un hombre.

—¿Seguro que sabe de Karl? —pregunta Aldes—. ¿Le habla de su hijo?

—No habla de nada —responde él.

—Esas cartas silenciosas suelen ser muy intrigantes —bromea Steiner.

La frivolidad de Steiner le resulta a Charles ofensiva.

—Un chico muy bello de Calabria —sigue Steiner— solía enviarme hojas en blanco a París para inquietarme.

—¿Lo consiguió, Jean? —se burla Aldes.

—Tú sabes, querida, cuánto consiguen excitarme los que intentan infundirme miedo. ¿A usted no, *monsieur* Pérez?

—A mí, no, señor Steiner —le contesta él con gravedad—. Además, el sobre ni siquiera trae una hoja en blanco que pueda inquietarme.

—¿Tampoco, querido? —pregunta Steiner.

Steiner pregunta desbordando las manos en un ataque de ironía.

—¿Un sobre con su dirección, vacío, que sabe que es de ella por la letra y el remite? Me parece muy poético, *monsieur* Pérez; devuélvaselo con una rosa. —Agita el viejo entre sus manos las varias cadenas que lleva al cuello al modo de collares—. Un sobre vacío, qué hermosura, ¿usted sabe cuántas cosas sugiere un sobre vacío...?

—No le haga caso —advierte Aldes ante el modo ostensible en que Charles o Ángel se muerde los labios con acritud—. Son cosas de la edad...

—La edad nos aguza a algunos los sentidos y a otras —mira Steiner a Aldes— les

anula el humor, como se ve.

—A mi mujer, en cambio, humor no le falta, señor Steiner. Mire. —Le muestra la esquela que mantiene desde hace rato entre las manos—. El sobre no está vacío, aunque sólo contiene esto... ¿Le parece poco?

—No hay nada que haga más cierto que te has ido al otro mundo que una esquela, mucho más que cualquier otro certificado administrativo de defunción —pretende tomárselo a chanza—. A lo mejor es que dentro de ella hay algo que nos suena a responso de difuntos, a gori gori. Muy interesante. —Steiner lo trata con indisimulada superioridad.

—¿Usted no ha leído nunca su nombre en un comunicado mortuario, señor Steiner?

—No, *monsieur* Pérez. —También Steiner lo llama *monsieur* Pérez, esa otra forma de ser llamado en la que también se reconoce—. Tampoco he asistido jamás a mi propio funeral. —Se pasa las manos por el rostro, con toquecitos cortos y persistentes, como si quisiera comprobarse, con el afeminado gesto de quien se maquilla—. Y que conste que tengo una enorme curiosidad por si se observa mi petición testamentaria y cumplen con las músicas que he pedido —ríe a carcajadas—. Te responsabilizo de eso, Aldes. Pero dígame, por favor, ¿a qué viene esa pregunta? —Coloca su mano bajo la barbilla con la ya apagada afectación de la coquetería—. ¿Me encuentra esta tarde especialmente desfavorecido, proclive a una muerte próxima?

Steiner se mira sus manos repletas de anillos y luego le muestra la palma a Ángel para que vea en ella su larga línea de la vida.

Escucha las risas de Aldes y entre las risas un intento de explicación de que Ángel o, como él dice, *monsieur* Pérez no ha visto en su rostro la vecindad de la muerte.

No debe darse por aludido.

—Ya sabes, Jean, que es él —aclara Aldes— el que tiene una experiencia de muerto que cultiva. Incluso algunas tardes se permite resucitar entre nosotros... ¿No es así, *monsieur*?

—Todos los días no tiene uno la oportunidad de tratarse con un muerto —replica Steiner ante el silencio algo malhumorado de Ángel— y menos con un muerto que pueda contarnos su experiencia de tal a la hora del té por medio de una súbita resurrección.

Pero lo que no saben ni Steiner ni Aldes es que él tiene ahora el nombre de su madre delante, otra vez, en un pequeño recorte de periódico que maneja en sus manos mientras ellos hablan sin parar y sin haber advertido la existencia de ese pequeño recorte.

Ha encontrado el nombre de su madre dentro de la retórica de una esquela mortuoria que le hace más ajena su lengua materna, pero que por lo mismo le parece un texto dictado desde otro mundo para certificar su propia muerte. Porque no es la esquela de su madre la que maneja, es su propia esquela. Y allí aparece con todas las

letras su nombre del pasado: Carlos Pérez de Alba y Rojas; él es el difunto, el protagonista de esa esquila.

Se coloca su monóculo el viejo Steiner y comenta los detalles gráficos de la esquila —los adornos que acompañan a la cruz que la preside, las cabezas de ángeles que asoman por encima y por debajo de los brazos de la cruz y se arrebolan en torno a ella— como exotismos de España.

—Tan caduca, tan cursi —dice el hispanista con un afectado tono de nostalgia—, tan anacrónica... —Fija sus ojos en la esquila y antes de empezar a leer comenta—: Qué gracioso... —Después lee—: «Rogad a Dios en caridad por el alma del señor». —Steiner engola su voz atiplada con la solemnidad de un notario, con el énfasis melifluo del orador sagrado, con el histrionismo que no abandona jamás. Lee la introducción, hace una pausa y eleva la voz para decir el nombre del difunto—: «Carlos Pérez de Alba y Rojas». —Sólo se le ocurre añadir—: Qué nombre tan antiguo.

—Cierto —murmura Ángel—, pura antigualla.

—«... Que pereció ahogado —prosigue la lectura— en la playa de El Médano, isla de Tenerife, el pasado día 26 de mayo, después de recibir los auxilios espirituales».

Steiner se interrumpe con las carcajadas y Ángel y Aldes terminan riendo con él.

—Surrealismo, puro surrealismo —exclama Steiner—. El muerto recibe los auxilios espiritualísimos y se ahoga después. De nada debieron servirle los santos óleos...

—De nada —dice Ángel, advirtiendo cómo la rutinaria redacción de las esquelas conduce al sinsentido.

—«Su afligida esposa, doña María Gaspar Flores —ahora lee Steiner de corrido, con pereza, con unas ganas de acabar que evidencian aún más su inequívoco acento francés—; sus hijos, Obdulia y Carlos Pérez de Alba y Gaspar; su apenada madre —da un respingo al leer apenada—, doña Enriqueta Rojas Linares, viuda de Pérez Morón...».

—¿De Pérez Morón? —pregunta.

—Sí, de Pérez Morón.

No va a explicarle ahora a Steiner lo que ya sabe Aldes: que su madre en realidad era su tía, ya que su madre murió en el mismo parto, y que su tía, naturalmente, no era viuda de su padre.

—«Hermanas —sigue leyendo Steiner sin dejar de fruncir los labios y enarcar las cejas como el que no ha dejado de preguntarse—, doña Clara y doña Manuela Pérez Morón y Rojas; tíos, primos y demás familiares, y su fiel servidora, Hortensia Martínez Cruz, ruegan a sus amistades y personas de cristiana piedad —cambia la voz y hace de caricato— una oración por su alma y la asistencia al solemne funeral que por su eterno descanso se oficiará mañana, miércoles, a las ocho de la mañana, en la Parroquia de San Antonio de esta Villa».

Steiner detiene la lectura y los mira fijamente.

—Qué cosa tan española, *monsieur* Pérez... Parece que le hayan enviado un *souvenir*...

Aldes no sabe si reír y no se atreve a hacerlo hasta ver reír a Ángel de un modo incomprensible para ella.

—«Favores que agradecerán profundamente —retoma Steiner la lectura—. Madrid, 7 de julio de 1951. El excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo de Madrid Alcalá y el excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo de Toledo y primado de España han concedido cien días de indulgencia en la forma acostumbrada...». Tenga, tenga... —Abandona el recorte con la esquila y se entrega al estruendo de sus risas—. No acabo de entender, *monsieur* Pérez, qué puede querer con esto esa mujer...

—Lo entendería mejor si se hubiera dado cuenta ya de que el muerto soy yo.

—¿Usted? —Intenta disimular su asombro—. Pues es usted un ahogado repleto de indulgencias episcopales... Un privilegiado...

—Las indulgencias son para los que han rezado por mí, señor Steiner...

—Para alguien como usted no debe ser muy fácil encontrarse en los libros, como dice Aldes que le sucede a ella. Son los libros los que deben buscarle a usted... Sensacional, sensacional. —Le entra un inusitado regocijo de afectación—. Y dígame: ¿lo suyo fue deliberado, o sea, un suicidio, o lo arrebató una ola imprudente hasta la más profunda sima del océano?

—Si se hubiera tratado de un suicidio no hubiera recibido los auxilios espirituales —apostilla Aldes divertida.

La oscuridad temprana se ha hecho sobre el parque, abandonado por los solitarios como Charles, embebidos en la callada placidez del hielo, y las luces de la ciudad amarillean su atmósfera entre los humos o las nieblas.

Hoy vuelve a ver a dos hombres que vienen hacia él hablando entre sí, cubiertos con unos capuchones que los protegen de la nieve y casi impiden la visión de sus rostros, y antes de que los hombres lleguen a él, sin que medien palabras de despedida entre ambos, toma cada uno de ellos hacia una de las bocacalles que se abren a izquierda y derecha de la Bankerstrasse por donde él circula en dirección a la librería.

Vuelve sobre sus pasos.

Quiere correr ahora hacia la estación, pero se detiene antes en el Bristol, en busca de Antonio, y aunque Antonio atiende en ese momento a unos clientes que acaban de llegar en grupo y se amontonan en la reducida recepción del hotel, nota en seguida al levantar la vista para saludar a su amigo que algo muy concreto y por supuesto inquietante debe sucederle.

Es posible que la apariencia de lo extraordinario radique tan sólo en el sofoco de la carrera o en el aturdimiento que le originó otra vez, le pasa con frecuencia, la sugestión de que los policías corren tras él por las calles apacibles de Berna.

Antonio abre las manos, como diciéndole ya ves, ahora no puedo atenderte, pero él es incapaz de sentarse en los sillones de áspera tapicería del recibidor del hotel porque cualquier espera puede romper los impulsos de la huida.

Huir significa renunciar también a despedirse, incluso de alguien como Antonio, con quien comparte desde los primeros días de su llegada a la ciudad casi todas las vicisitudes de su vida, quizá la persona que más lo conoce, alguien que sólo al verlo, aunque ignore su improvisada e inesperada carrera desde la librería hasta allí, sabe que no sólo es el agobio de una prisa lo que agita su mirada alterada de loco en este instante, el desorden de los ojos desmesurando la inquietud de la mirada, la tensión logrando que le ardan las mejillas.

Si Charles riera, Antonio sabría si detrás de la risa está o no la lógica de la risa o, por el contrario, ese modo, tan de él, de distanciarse de los sentimientos que puedan conmoverlo.

Duda Charles si huir, corriendo de nuevo, ahora hacia la estación, sin despedirse,

o esperar a que Antonio acabe de dar hospedaje a sus clientes.

Sale a la calle y, detenido a la puerta del hotel, entre los colores de las luces de neón que destilan su humo de combate en la frialdad rotunda de la tarde, descubre los primeros anuncios de la Navidad que se avecina y añora de pronto el calor de la Navidad de la isla como un destino imposible de su huida.

Se quita la gorra y la bufanda y abre el anorak en busca del aire helado de la tarde.

Antonio ha tenido otras veces la sinceridad de decirle que su obsesión no es otra cosa que una forma de la locura que debe intentar curarse, si lo cree conveniente, siempre muy respetuoso, lo cual no es sino una expresión de la tolerancia y el cariño de Antonio, aunque al menos en ese aspecto lo tenga por un loco.

Para la señora Aldes, en cambio, su manía de la huida, no sólo no consumada, sino contradictoria a su parecer, porque nada le debe dar a él más miedo, según ella, que huir, es su mayor atractivo y a la vez la demostración de una lucidez superior que tantas veces ha visto en él seriamente mermada.

Si incluso a veces, cuando no paramos de dar vueltas sobre nosotros mismos, dice la librera, no hacemos otra cosa que huir...

Él no comparte los criterios de Aldes ni los de Antonio, aunque una remota intuición de que algo de verdad hay en ellos le impida discutirlos: los de su amigo, porque de su propia experiencia de huida de Barcelona apenas se dio cuenta, la forzó un derrumbe económico familiar y de pronto se encontró en la estación de Francia de su ciudad sin saber adónde dirigirse, y los de Aldes porque eran siempre el resultado del modo de ver *snob* y fantasioso de una mujer que ha vivido siempre entre los libros tratando de imitar modelos.

Antonio le dice ahora lo mismo que suele decir Steiner, pero sin la rimbombancia de Steiner:

—Yo creía que querías huir porque tenías alma de pájaro y me parecía respetable que te dedicaras todo el tiempo a contarlos como quien entrena las alas. —Mantiene Antonio entre sus manos la carta y mueve el sobre, tomándolo por las puntas como si quisiera encontrar algún dato más que los muy escuetos datos que allí hay—. Pero que lo hagas ahora porque ella te escriba, dando por descontado que quiere encontrarte o porque quiere vengarse, resulta decepcionante en un hombre como tú. —Agita el sobre y lo abandona sobre la mesilla del centro, cruza las piernas, apoya el codo en la rodilla y la barbilla en la palma de la mano y adopta una actitud atenta—. ¿Estás seguro de que quiere algo más que demostrarte que ella sabe muy bien que no estás muerto?

—Me llama asesino. —Antonio no conoce a nadie que sea capaz de sonreír igual que lo hace Ángel en una situación como ésta, se sabe débil de carácter para resolver y afrontar la vida globalmente, pero no es propenso a la desesperación y al drama y por eso parece divertido en el momento más inesperado—. Cuando alguien te llama asesino —prosigue Charles— no lo hace sólo por culpabilizarte de que lo seas, lo

seas o no; supongo que querrá recordarme que debo pagarlo.

—¿La crees capaz?

—No, no la creo capaz, pero me cuesta imaginarla en el presente. —Toma la carta de la mesilla donde la ha dejado Antonio para volver a ver la letra.

—Sí, es su letra —confirma—, pero nuestra letra evoluciona, progresa en ella la estulticia, ¿no crees? En estos picos —señala los picos que estilizan las consonantes— se pueden ver los efectos del rencor.

Antonio ríe.

—No, no te rías, las letras son amenazantes por sí mismas se diga lo que se diga en las cartas.

—Pues ya sabes —Antonio parece tomárselo a broma—: la venganza siempre habita en la casa del odio.

—¿Has tomado clases del cursi de Jean Steiner?

—Yo, no. Pero quiero hacerte una pregunta: ¿también te ha convertido la señora Aldes en su discípulo predilecto en grafología?

—Ya sabes que no es la grafología su fuerte.

—En realidad, sólo le conozco una habilidad...

Antonio no termina la frase porque una cliente alemana despliega una guía y requiere sus servicios con los peores modos.

—No, no es cosa suya, ella, María...

Antes de marcharse quiere decirle a Antonio algo sobre la mujer de la isla que no acaba de decir.

—Un angelito —le dice Antonio volviendo la cara en su marcha.

—Pues sí, un ángel. —Lo calma un vago aliento de emoción—. Un ángel al que alguien le ha puesto las uñas para que hiera a su favor.

Antonio le guiña un ojo como si lo pillara en falta y él baja la cabeza por pudor.

—Alguien secuestra la voluntad de María —dice al regresar Antonio.

Antonio vuelve a tomar en sus manos la carta que él sostiene.

Y lee en voz alta:

—«Mi difunto esposo...».

Calla y sigue leyendo en silencio hasta el final.

Charles hace un gesto de enojo y el chico de las maletas se acerca a Antonio y le pasa una nota; comprende que su amigo le abandone requerido por el trabajo y se decepciona un poco de sí mismo preguntándose con sorna: ¿Qué clase de hombre decidido a huir es aquel que se apoltrona en el recibidor de un hotel, entreteniendo al conserje y permitiéndole que especule con cierta diversión sobre un documento que lo devuelve a su pasado?

A lo mejor tienen razón sus amigos y no se dan en él las condiciones del verdadero huido.

—A ti, cada vez que has huido, te han embarcado los otros —le recuerda Antonio.

Y es verdad, a cualquier huido se le reconoce al vuelo, se dice.

Se seca aún la boca con el canto de una mano en la estación del tren cuando le basta sentirse mirado de pronto por un viejo al que la bufanda gris le cubre media cara, un anciano que quizá fuerce su memoria al objeto de recordar dónde ha visto él a ese hombre alguna vez, sin más importancia, de un modo casual, para pensar que tal vez el viejo ha reconocido en su rostro el rostro del huido y quizá merezca la atención de que le explique que hay razones existenciales para la huida que no siempre implican el delito.

Habla para sus adentros, respondiendo con su mirada a la mirada del abuelo, y cuando ha pensado lo que ha dicho quiere la casualidad que el viejo haga un gesto indefinido con el poco rostro que la bufanda deja al descubierto, no se sabe si de saludo tímido o de anuencia, que le trae la certeza de que le responde a él de un modo concreto desde el embozo y le invade el alma de súbito un vago respiro de comprensión.

El viejo se da la vuelta con las mismas, desinteresado ya de si lo conoce o no, y queda en él, rondándole, la sensación de que si bien no ha querido engañar al anciano lo que quiere explicarle podría haberlo confundido.

Pero el viejo arrastra ya sus pies hasta los urinarios de la estación y él lo sigue con la voluntad de aclararle que, a pesar de lo pensado, él sí es un perseguido por delito y en consecuencia un prófugo en toda regla.

Se sitúa ante la letrina vecina a la del viejo y éste al verlo lo mira, primero con sorpresa, sobresaliendo sus ojos por encima de la bufanda, y luego con desconfianza —a lo mejor teme en él, por encontrarse donde se encuentra, la persecución de un maníaco sexual, o teme al dudoso privilegio de haber sido elegido por un loco para no se sabe qué indeterminada persecución—, de modo que lo que hace el viejo, mientras se desahoga, es mirar a la pared, con pudor y miedo al tiempo, observando de reojo el modo en que su vecino lo requiere con la mirada y sin saber que por sus adentros le está contando que él, allí donde lo ve, con esa pinta de no matar una mosca, ha matado a un hombre o casi se le ha muerto ese hombre en los brazos.

El acetoso olor de aquel ambiente de ruinoso sanatorio le resulta tan repugnante como los gargajos bronquíticos del viejo en la revelación de su incomodidad por culpa de su mirada, la de un hombre que, ya no tiene duda el viejo, lo persigue.

Pero él tiene por cierto que lo que pasa es que el viejo ha comprendido su muda

confidencia y lejos de mostrar interés en cualquier otra aclaración sufre los espasmos del nerviosismo por haberse dado de bruces en la estación con un asesino hecho y derecho, cuyo rostro inquietante contempla ahora, mientras se lava las manos, descubierto el rostro, en los espejos del lavabo manchados con el denso vaho que parece de azufre por el olor que impregna la sala.

Sigue obsesionándole la palabra asesino, escrita por ella con letra de palo, como un grafito, pero no tiene miedo.

El viejo aligera el paso con improvisada energía y él da por justificada, con una leve sonrisa involuntaria de comprensión, la prisa que le ha producido al anciano el horror.

Quizá lo que le haga falta a él para huir de una puñetera vez sea miedo, todo verdadero asesino siente miedo, se dice, y todo prófugo verdadero escapa por miedo.

El viejo se ha ido, al parecer de Charles, atemorizado tan sólo por el presentimiento de la vecindad del asesino. Y ella, María, cuando escribió la palabra asesino en la carta, lo hizo con la pretensión de inocularle el miedo, aun sabiendo como sabía que él jamás había conocido el miedo.

Hace ya muchos años de aquello, veinte.

—Veinte años, jovencita —le dice en voz alta a una chica que se apresura para no perder el tren, y la joven tiene la gentileza de volver la cabeza, sin dejar de andar, y le responde que «muy bien», a sabiendas de que una respuesta tan de salir del paso como la suya no va a alterar el significado ignoto de lo que aquel hombre haya querido decirle.

Hace ya más de veinte años de su última huida, o si se quiere, de su muerte.

Está usted hablando ahora con un muerto, podía haberle dicho al anciano, pero piensa que hace bien en no complicar más su huida, pues de hacerle tal confesión al viejo, reflexiona, es muy posible que la tos bronquítica del miedo se convierta en paro cardíaco para el anciano dejándolo otra vez con un muerto en los brazos.

De todos modos, apenas hace unos minutos que el viejo ha abandonado la estación perseguido por su mirada y volviendo la vista hacia atrás de vez en cuando, quién sabe si por temor a que lo siga o para confirmar que no es vigilado en su rápida carrera a la delación.

Nadie puede asegurarle que el viejo no sea un delator —de hecho, el embozo no constituía ninguna forma de protección en aquel lugar cerrado, sino un modo de cauto ocultamiento— y corra ahora a la gendarmería para denunciar que en la estación principal hay un asesino a punto de huir.

¿Qué hacía el viejo allí si no era un delator, un confidente de la policía?, ¿esperaba un tren o acababa de llegar a Berna? En este último caso, ¿qué buscaba con la mirada vagando por los andenes?

Su amigo Antonio, el conserje del Bristol, le aconsejaría en un caso como éste que no le diera más vueltas al asunto del viejo, diría tal vez que la gente no va siempre a un lugar determinado, ni siquiera en las estaciones, o que cambia de idea

sobre la marcha y sale de la estación con un billete comprado y no viaja al fin, ni siquiera cambia el billete.

El mismo Antonio entró aquel día en la estación barcelonesa de Francia, sin saber adónde ir, como le ha contado, pero queriendo escapar. Y terminó en Berna. Aquí sigue y aún no se explica por qué. Sin embargo, está seguro de que si hubiera ido al servicio aquella tarde todavía estaría en Barcelona.

Lo que Antonio no habría entendido en esta ocasión es la conveniencia de un delator para que un cobarde como él se atreva ahora a huir. Insistiría quizá en que un hombre que siempre ha querido huir debe responder a su propio instinto sin necesidad de nadie que lo instigue.

Pero Antonio sabe que él no huye esta vez tan sólo por esa inclinación natural a desaparecer, en realidad huye porque tiene la certeza de una delación: ella, María, ha encontrado a su difunto esposo, o sea, a él, y lo persigue.

Pero Antonio, la tarde pasada, cuando Charles fue a despedirse, no le negó la conveniencia de que huyera, se extrañó tan sólo de su forma de tomarse la huida con tanta naturalidad, a pesar de haberle conocido hace veinte años como un prófugo y después de soportarle o compartir con él muchas borracheras en las que terminaba evocando irremediamente las fronteras o se empeñaba en divisar en cualquier línea de horizonte las luces de un puerto que no era tal. Si no terminaban, como tantas veces, en aquella misma estación, con el pie a punto de tocar la escalerilla de un tren para el que ni siquiera habían adquirido billete.

Antonio lo vio sobrio aquella tarde y no fue capaz de negarle, vistas las circunstancias, considerado el agravante de que Erica pudiera verse envuelta en un lío por cómplice y encubridora de un delito, que él tuviera razón en considerar que estaba obligado a la huida, pero lo que no acababa de entender era su premura, la falta de proyecto y de destino, con cincuenta y tres años a cuestas, sin equipaje siquiera. Ni una carta de despedida o un gesto de gratitud para una mujer que le ha dado un hijo, un trabajo, asilo en su casa...

Era imposible entender, al menos para Antonio, que con tal tranquilidad llevara a cabo una hazaña de por sí dramática e intranquilizadora, y él, viéndose desde fuera, porque tiene una singular habilidad para mirarse como si fuera otro, el protagonista de una obra de teatro escrita por él mismo, reconoce en este intento de huida la misma carencia que en otros anteriores: le falla el dramatismo.

No es de extrañar, pues, que no vean en él a un huído a punto de perpetrar la escapada si pese a su tendencia natural a no encontrarse nunca en su sitio, quizá por un mal parto, sobre todo si como en su caso una madre te trae al mundo y te abandona, justificación que cada vez cobra más peso en él y parece acreditar más su inclinación al desarraigo, careces de los signos externos que te anuncian como un sospechoso de escapar por alguna razón.

Pero es que, además, no le faltan motivos concretos para sentirse perseguido, como tiene la impresión de haber relatado a alguien, aunque no lo haya hecho: si un

buen día de 1951 te dan por ahogado y desapareces y otro inesperado día de este noviembre de 1971 recibes una carta con tu nuevo nombre y dirección en el sobre no vas a pensar que se trata de un detalle de cortesía. Ella te sigue los pasos y si te sigue los pasos no es, transcurrido ya tanto tiempo, por un inocente intento de recuperación de tu amor a distancia.

Han descubierto tu huida, de lo que se deduce para él que cada huida engendra otra y que quien tiene la voluntad de huir debe saber a lo que se expone.

Está en un banco de la estación dándose estas explicaciones y aunque no mueve los labios sí acompasa sus manos inquietas con lo que por dentro anda diciéndose. Resulta natural que la extrañeza que de ese movimiento de las manos se desprende sorprenda de algún modo la relajada espera de un joven de larga cabellera al que le asoman los libros por la mochila que carga, y que se pasea, pausado y monótono, delante de él, sin que acabe de llegar el tren de su destino.

Pero su obsesión le impide reconocer que la extravagancia de unas manos agitándose sin porqué en alguien que ni presenta síntomas de ebriedad ni ningún otro signo de figura que se descomponga en la marginación o el desorden, ni en la locura manifiesta, puede llamar la atención, sin más, de quien lo ve.

Por eso se siente requerido por la mirada del joven en un momento de especial soledad en la estación, superada la hora del trajín laboral, caída ya la noche por lo que a la costumbre respecta y no atendiendo precisamente a la oscuridad que se apodera de la ciudad con las primeras horas de la tarde.

—Yo no sé si soy un asesino —se atreve a decirle al joven con la intimidad que le sugiere la soledad improvisa del andén.

El chico le responde que tampoco él tiene información sobre si lo es o no.

No añade algo que con toda seguridad piensa: que tampoco está interesado.

—Ella lo escribió con letra de palo en la carta —añade él.

Y saca un sobre del bolsillo para certificarlo mejor, aunque no extrae nada del sobre.

El chico arruga la cara y frunce los labios y él entiende que quiere decirle algo así como que, si ella lo escribió, ella sabrá por qué lo hizo.

En cualquier caso, el joven, al contrario que el viejo, no da la impresión de haberse sorprendido porque este hombre sea lo que no parece y, aunque él no está para hacerse ese tipo de reflexiones en tales circunstancias, piensa que la desconfianza en las apariencias es algo que, al revés de lo que le pasa al joven, viene con la madurez.

Pero el joven decide retirarse de aquel lugar como prueba evidente de su indiferencia, quizá tomándolo por loco, y cuando él le pregunta qué le parece un asesino, si es usted de los que defiende el derecho de una persona a matar a otra en determinadas situaciones, dígame, por favor, si lo piensa, el joven trata de salir del andén con un paso tranquilo, atusándose el pelo, lejos de revelar en su forma de andar el horror que él había detectado en la apresurada escapada del viejo.

Se siente entonces más impelido a huir que en ningún otro momento porque el joven sí le ha arrebatado el testimonio que la policía necesita para impedir su marcha y proceder a su detención.

No es sólo la frustración de la huida, como cualquiera podría entender, sino la peor condena para un hombre con voluntad de vuelo. Sigue al joven, advirtiéndole, con una voz medio alta, lo suficiente para ser escuchado por el chico, que no es que le haya mentado, pero que toda declaración necesita matiz, que por favor le escuche.

El joven no vuelve su cara ni aligera el paso y, sin embargo, basta una pequeña distracción de él —detenerse a ver cómo el nombre de Turín sustituye al de Milán, partida a las 21:00, y el de Múnich al de Dusseldorf, partida a las 21:30— para perder el rastro del nuevo delator.

De eso sí está seguro a estas alturas, de que se trataba de un delator auténtico, y de acuerdo con la convicción recién estrenada, ahora sí tiene la seguridad de que se le obliga a determinar su huida si no opta en su desidia por la asfixia de la jaula.

Piensa de pronto en un tren sin destino fijado que lo lleve sin parar a ninguna parte mientras él saca su mano desesperadamente como el ahogado que no fue y que, sin embargo, consta en los registros de difuntos de la isla como tal.

Ve venir hacia él a un gendarme con mucha parsimonia, con el tranquilo y soberano andar del que ya sabe que tiene cogida a su presa o como quien supone que no hay escapatoria posible y en consecuencia no es necesario darse prisa.

Se siente acorralado en la estación y le parece que las puertas del subterráneo han quedado cercadas para él por la nerviosa y apresurada sospecha del viejo y por la tal vez serena y, por supuesto, argumentada denuncia del espía con el que ha incurrido en la debilidad de confesarle que es un asesino.

Al ver venir al gendarme le parece —sujeto a una lógica que reconoce impropia de quien está a punto de emprender una huida— que se cumple ya el primer requisito, indispensable según él, para huir: que otros reconozcan en ti la disposición a la huida por un desasosegado estar que por muy quieto que te halles delata a un hombre a punto de echar a correr por los andenes.

Pero de pronto identifica en el viejo que trata de escapar ahora al detective que disimulaba su función de tal en el falso intento de comprar un grabado de Durero en la librería de Aldes.

III

LA ESCAPADA PREVISTA

Busca mi rastro y no hallarás sino las huellas de tus pies.

JUAN GOYTISOLO

Ewald, el gerente de la central ganadera en la que trabaja Charles de contable, llama a Erica, la hija de su jefe, para preguntar por Ángel.

Ángel, dice, naturalmente; no Charles: Ángel.

Lo llama como tiene que llamarlo, por el nombre que figura en sus documentos.

Ewald titubea, no quiere preguntarle por su marido, no se atreve a hacerlo, sabe que no es su esposo.

Los suizos no gustan por lo general de darse por enterados con naturalidad de cómplices de cualquier amancebamiento: menos lo va a hacer el jefe de personal ante la única hija de su jefe.

No obstante, se atreve Ewald a preguntarle con incomodidad por su marido:

—No hay constancia de aviso de enfermedad para la ausencia de su esposo del trabajo —le reprocha vagamente, intentando saber más.

Ewald la acusa de informalidad —con delicadeza, con palabra lenta, midiendo mucho lo que dice, como tratando de evitar el desaire, pero acusador— por no haber avisado a la empresa de que Ángel se encuentra enfermo.

—Si es que de verdad está enfermo —añade.

Erica tarda en contestarle y Ewald, urgiéndola a que conteste, comenta que acaso por la indisposición que sufría abandonó ayer la oficina temprano.

—¿Temprano? —pregunta ella.

No le confirma la enfermedad de Charles al empleado; muestra su sorpresa por esa salida del trabajo antes de hora y, mientras Ewald habla de que se le veía bien y contento —se ve que ha superado las depresiones, dice—, intuye en Ewald un recelo de fondo y se mantiene en silencio, preguntándose por los motivos de ese raro abandono del trabajo.

Al fin, Ewald advierte que le falta la confirmación de la enfermedad y la requiere expresamente, un poco para cumplir el necesario trámite de empresa de cuya dejación no estaba disculpado ni siquiera el supuesto yerno del propietario, se explica, pero sobre todo, calcula ella, para satisfacer su propia curiosidad.

Erica se despide y cuelga el teléfono.

No puede hacer, sin embargo, lo que cualquier mujer haría en su caso: llamar a la gendarmería.

—No llames a la policía para encontrar a papá —le pide Karl—. Es muy difícil

localizar a un pájaro.

—Estás tan loco como tu padre, hijo. Ese hombre te ha comido la cabeza.

Hace ya dos noches que Charles no aparece por su casa. Erica, ante el temor de que haya consumado al fin su huida, por más que se ha resistido a llamar a Aldes, termina poniéndose en contacto con la librera. Pero le repugna llamarla, no le perdona la mala opinión que tiene de ella la vieja. Sufre la humillación de la suficiencia de Aldes, el desprecio con que siempre la ha tratado, lo empeñada que estuvo en disuadir a Charles de su relación con ella cuando él intentó arreglar lo imposible para casarse en Berna.

Recuerda ahora lo que le ha contado Angélica:

«¿Qué me recuerda esa mujer —se reía Aldes hablando de Erica a su propia amiga—, no la habré visto en alguna ocasión dando vueltas en la esfera de un reloj como si viniera del campo y del Medievo a la vez? Es usted siempre un hombre inesperado, *monsieur* Pérez, le dije, un ser imaginativo que decide convivir con una ignorante; a una campesina no le cambia el color en menos de un siglo».

Sigue recordando lo que Aldes no tuvo reparos en contar a Angélica que le había dicho a Charles:

«No hay nada que pueda complicarle más la vida a un hombre que una mosquita muerta, lo que yo le digo a él —el recuerdo apura en Erica la ofensa imperdonable— es que si busca dinero y seguridad puedo entenderlo, las ubres de las vacas dan para mucho, pero, eso sí, no dejé de advertirle que ese improbable matrimonio tendría un alto precio».

No quiere llamar ahora a Aldes, pero el tiempo transcurre y tiene que superar incluso el rechazo que siente hacia la librera —«zorra, viciosa, oliendo a viejo semen», rumorea desde un odio que tal vez no se atreva a reconocer; repite vieja zorra y puta todo un rato— para terminar llamando por teléfono a Aldes y preguntarle al fin si sabe algo de Charles.

Pero detrás de la relativa verdad que cualquier juicio de Aldes encierre, hay en la librera, sobre todo, ganas de molestar a Erica.

Por eso no le pregunta Erica a Aldes por Charles —a la vieja le repatea la exclusividad con que ella lo nombra así, con ese nombre, Charles—, sino qué sabe ella, le pregunta, de *monsieur* Pérez.

—Nada, señora —contesta secamente la librera—. Si no me equivoco es usted la obligada a saber de su pareja.

—Por eso la llamo —se defiende Erica.

Aldes percibe la reprobación:

—¿Es la primera llamada que hace o suele hacer muchas cuando le falta su hombre en la cama?

—No se trata de una sospecha de infidelidad —replica a la impertinencia—, Charles tiene buen gusto, de eso estoy segura.

—Debe seguir estándolo... —responde la librera con su dardo—: Ayer me dio pruebas de eso.

—O sea, que usted lo vio ayer...

—Lo vi y lo sentí. —Espera que Erica le conteste algo, pero la rabia calla a su interlocutora; se hace un silencio y prosigue Aldes con voluntad agresora—: ¿Tendré que declarar ante la policía por haberlo visto?

Luego exhibe su sarcasmo:

—También mi perro lo vio, ¿tendrá que declarar mi perrito?

—Pues quizá sea más interesante la declaración de su perro —ironiza Erica—. O más de fiar.

—Lo que podría contarle mi perro, porque yo no pienso hacerlo —impone un retintín de pretendido distanciamiento—, es que ayer tarde salió de aquí corriendo.

—¿Corriendo...?

—Sí, sostiene el perro que en veloz carrera... —La carcajada de la vieja hiere el oído de Erica—. *Monsieur Pérez* es todo un deportista, ¿no lo ha notado en la cama?

—La advierto un poco obsesionada por mi cama, señora Aldes, pero felicite a su perro por lo bien que se explica.

—Suele explicarse mejor, señora: opina que una mujer distingue muy bien cuándo su esposo ha huido de ella y cuándo no.

—¿Podría preguntarle a...? —Intenta saber el nombre del perro.

—*Tito*, señora, *Tito* —le aclara Aldes—; a menos que usted quiera llamarlo por otro nombre. Ya sé que tiene caprichos con eso de los nombres...

—¿Podría preguntarle a *Tito* si Charles —esta vez reitera el nombre intencionadamente— le dijo que huía de mí por algún tipo concreto de insatisfacción?

—No sea menesterosa, no se preocupe por eso —la advierte—: ayer huyó de mí y estaba enteramente satisfecho.

—Salude a *Tito* de mi parte, señora Aldes.

—*Tito* ha levantado una pata para corresponderle. Pero no de perro educado, lo lamento.

—Tampoco usted es educada, señora Aldes. —No contiene su irritación—. Lo siento mucho, buenas tardes.

Cuelga antes de que corra la lágrima por su cara demacrada que ha contemplado durante toda la conversación en el espejo oval de porcelana, poblado de rosas en relieve, que está situado sobre la mesilla del teléfono.

Cuelga y fuerza una sonrisa como si ya hubiera regresado el joven Karl de la universidad y le estuviera preguntando por papá o qué pasa, mamá, qué es lo que ocurre.

Es fugaz la sonrisa, un pequeño fingimiento no conseguido del todo. Después, ve en su cara el acuse de recibo de una burla, la confirmación de que todavía la vieja Aldes logra cumplir sus caprichos eróticos con Charles; el asco puede más que los celos, la repugnancia más que el desasosiego y el rencor prima en este instante sobre la preocupación de una supuesta huida de Charles.

La llama desvergonzada y perra y confirma en el espejo que los insultos a Aldes le afloran con rotundidad, lo confirma en el espejo porque el espejo exagera grotescamente la prominencia de sus labios. Y poco dice de ella, de Aldes; diría más, asqueada de la vieja babosa.

Cuando llama la madre de Erica interesándose por la enfermedad de Charles, una vez informada por la empresa de su marido de la ausencia de Charles de su trabajo, le ruega su hija que no acuda a su casa, que deje su visita para otro momento.

Pero a una madre no se la despacha así como así, la señora Baumann lo sabe muy bien, y además es peor ponerle obstáculos porque termina ganándote la partida.

Erica le explica, no obstante, que tiene que salir de casa y su madre imprime a sus palabras ese tono adivinatorio que las madres emplean para dar a entender que saben más que lo que saben o que a ellas no se les engaña, que algo está pasando.

Le asegura Erica que la espera Angélica en su casa y la madre encuentra una razón mayor para pasar la tarde con Karl, se muere de ganas de verlo.

—Vete, vete, yo me quedo con mi nieto, no es verdad que él esté mejor solo, lo pasa muy bien con su abuela. Y además —le explica—, tengo que recoger unas cosas en una tienda de Marktgasse, cerca de tu casa.

—Charles ha desaparecido, mamá. —Se da por vencida—. No sé nada de él desde que salió de casa ayer por la mañana.

—¿Y no has llamado a la policía, hija? Qué tranquilidad la tuya...

—No estoy tranquila, mamá, pero ya sabes que él es raro, no tiene por qué haberle sucedido nada fatal; cualquier extravagancia, cualquier pérdida de razón... No sé...

—Raros sois los dos, nunca habéis sido normales el uno para el otro... —La señora Baumann habla deprisa y alto—. Ignoro qué tipo de extravagancia puede llevar a un hombre a no volver a su casa y a su trabajo como no sea que ha tenido un accidente o ha sido detenido por alguna infracción. —Suspira hondo, chista, no se atreve a decirle que a veces las mujeres mantienen secuestrados a los hombres, vete tú a saber. Y le pregunta lo que temía—: ¿Pasa algo entre vosotros, hija?

—Nada, mamá, nada. Déjame en paz.

—Otro escándalo, hija. No nos faltan los escándalos.

Erica ha mirado a la mesa de trabajo de Charles, arrinconada en la sombra de un ángulo del salón en la que los libros en español —los de aquella mesa son todos traducciones al castellano de obras literarias no españolas— dejan un pequeño espacio para el viejo flexo de aluminio a cuya luz suele revisar Charles papeles y papeles a los que siempre ella ha sido ajena.

Siente de pronto ganas de bucear por las palabras de aquella lengua, tan ignota para Erica, y de pronto se pierde entre los signos que por fortuna la familiaridad del francés le hace más próximos, reconociendo en ellos por unos instantes la amenaza de un reclamo, una llamada a ese pasado que lo aleja de ella.

Charles se resistió siempre a que Erica aprendiera español —«no pierdas el tiempo con las lenguas muertas», bromeaba— y cuando hablaba en voz alta, soñando, lo hacía en español, en aquellas palabras lejanas y rotundas, quizá envueltas en la irracionalidad del sueño, por las que ella lo sabía en otros paisajes, entre otros rostros desconocidos que se lo raptaban en el inconsciente poderoso, que ejercían sobre él el irreductible poder de la memoria que ella no conseguía combatir.

—El mundo de los muertos —decía él, burlescamente enfático a la mañana siguiente, tomándose a guasa la intranquilidad de ella.

Cuando quiso que Karl tuviera una educación bilingüe, que su padre le hablara en español y el niño en español con su padre, se resistió a la propuesta con el argumento de que no quería que Karl creciera entre el aroma de las flores viejas de los mausoleos.

Siempre la misma broma: «Yo como español soy un muerto, querida». Pero luego, cuando ella empezó a temer a esa lengua que lo devolvía a su pasado, cuando empezó a odiarla, le raptó al hijo para compartir con él, a solas, la lengua secreta.

A Erica la interrumpe ahora el timbre del teléfono en su repaso somero por la mesa, cambiando ella los libros de lugar por ver de hallar algo que pueda darle una pista más clara que la del recuerdo, y al oír el teléfono, lejos de impacientarse como su propia madre hubiera considerado natural que ocurriera, acude con lentitud y con desgana; al descolgar el auricular dice *aló* sin interés.

Llaman de la gendarmería de Lausanne para comprobar si es aquél el domicilio del señor Pérez Navamuel.

Dice sí, simplemente, y le preguntan si es su mujer; dice sí y teme que la parquedad de su respuesta, ya que no es su legítima esposa, pueda tener alguna consecuencia.

Percibe la llamada de la gendarmería de Lausanne preguntando si allí vive Ángel Pérez Navamuel como un aviso de que la policía anda ya sobre ese nombre, persiguiendo las huellas de esa identidad, como si afloraran por alguna parte los atisbos de la sospecha, como si el nombre y los apellidos no concordaran en algo, como si en alguna declaración o en cualquier trámite un impensable error hubiera dado lugar a la sospecha.

Angélica la escucha perpleja cuando se lo cuenta y en sus mejillas enrojecidas se manifiesta la indignación: ¿Cómo es posible que habiendo hablado con la gendarmería de Lausanne no se le ocurriera preguntar al funcionario a qué venía la pregunta, qué sabían de él?

El policía le agradeció la confirmación y la saludó atentamente. Cuando ella quiso preguntarle algo más, si él se encontraba allí, qué había pasado, si sabían algo de él, ya el funcionario había colgado el teléfono.

Erica explica a Angélica que no le dieron tiempo a preguntar y Angélica le dice a su vez que para qué está el teléfono, por qué no ha vuelto a llamar.

—El miedo al nombre —argumenta Erica.

—¿Eres capaz de anteponer ese miedo al interés por saber dónde puede estar un hombre del que te reconoces enamorada?

Siempre tuvo Erica complejo de mosquita muerta.

El espejo le devuelve ahora su cara de indefensa como una mentira inevitable que oculta a una mujer de mundo con cara de monja, como le dice siempre Angélica, y se lamenta de que la edad no haya infligido a su rostro las secuelas que le corresponden

por perversa.

«Con esa cara de monja...», solía repetir su madre en los enfados. Si su madre supiera, piensa con el asomo de la picardía afilándole ahora los labios y disminuyéndoselos.

Pero la mosquita muerta no pudo casarse con Charles, y no por los rechazos de Aldes, sino por la imposibilidad de Charles, como se sabe, para justificar su viudedad, con qué papeles.

—¿Qué piensas hacer? ¿Por qué no ir a la policía? —la anima Angélica.

Erica confiesa su miedo.

—No tienes por qué contar lo de la carta —dice Angélica.

—¿Y el nombre?

—A un gendarme no se le ocurre iniciar averiguaciones sobre la identidad de un individuo precisamente en el instante en que se denuncia su desaparición, querida Erica. Lo habrían hecho antes por cualquier causa. El nombre es vuestra obsesión y no la de la policía: la obsesión de Charles, porque no ha acabado nunca de reconocerse en el nombre de Ángel, y la tuya, porque por algo has seguido llamándolo por su nombre verdadero, aunque sea en francés y parezca un capricho.

Angélica añade que los nombres son un convencionalismo y Erica mantiene en silencio su desacuerdo: ella sabe muy bien que nos llamamos como nos llaman en los sueños, por el nombre que reconocemos en nuestra conciencia.

—Un nombre, tu nombre, parece que habita tu sangre —dice—. Basta que nos empeñemos en ser otros y con otro nombre para que el que éramos se imponga con su nombre verdadero y no podamos evitar sentir la raíz —sigue Erica—. Yo misma quizá decidiera llamarlo Charles para no estar del todo ausente en ese otro hombre que los dos hemos pretendido aparentemente rehuir. Pero no estoy segura de que él lo haya conseguido.

—De lo que no estoy segura yo —dice Angélica— es de que la policía sea tan sutil.

Erica mantiene su desacuerdo con ella.

Con los años, las reacciones de Angélica se han ido aproximando a las de su propia madre, cada vez más difícil de encontrar en ella los rastros de la joven imaginativa, histriónica, fabuladora, con la que convivió en París, ahora apegada a su chimenea, afanada en el ganchillo después de viuda, aunque mantenga el humor de antaño para burlarse de su imagen doméstica, poblando de todo tipo de entredoses y pasamanerías las faldas cursilísimas de las mesas camilla que ha colocado en la proximidad del gran ventanal que mira al río, dos de ellas abigarradas de portarretratos de plata con fotos de sus hijos y del difunto esposo, sobre todo, y una al centro, dispuesta para tomar el té en las largas tardes de invierno en las que la niebla se posa sobre las aguas del Aar y Angélica se pone insoportablemente melancólica.

Cada vez rememoran menos en aquella casa, invadida por un olor a chucrut invariable, los turbulentos días de París, cuando eran solidarias y un poco golfas, más atrevidas de lo que por entonces solía ser común y más frívolas de la cuenta para tratarse de mujeres de izquierdas, más bien superficialmente arrebatadas por la causa. No espera de Angélica que la ayude a pensar dónde puede encontrarse Charles.

En otro tiempo se le ocurrirían disparates entre los que se podía hallar alguna idea luminosa; ahora en cambio, con lo diletante que ha sido Angélica, no puede entender la obsesión por la huida de Charles.

Tonterías, le va a repetir, algo no va bien entre vosotros.

—No es normal, Erica, que un hombre te esté amenazando siempre con marcharse por no se sabe qué extraña cuestión existencial; ése no ha dejado de soñar con la otra, que diga la verdad.

No se explica en ella esa limitación para entender a Charles, si la Angélica de ahora fuera la de antes se pasaría elucubrando toda la tarde, asumiendo la huida de Charles hasta parecer ella misma la huida y proponiéndole huidas a ella si se terciara.

Erica a veces parece que sí, que sí entiende a su compañero:

—Hay espíritus que están escapando siempre de sus cuerpos, tú no lo entiendes —le explica a Angélica.

—No te me pongas bruja, Erica —ríe la otra.

—No me pongo bruja...

—¿No se te ha ocurrido pensar que Charles esté durmiendo una borrachera en cualquier parte, como otras veces, o prefieres seguirle la corriente de la huida hacia

no se sabe dónde? —Angélica confirma que su amiga sigue siendo una ingenua—. Has terminado creyéndotelo todo, Erica. —Aumenta el brío de su voz—. ¿Hacia los Alpes, querida...? ¿Habrás huido Charles hacia los Alpes?

A Erica tan sólo se le escapa un sollozo ante el acoso.

—Ya no tenemos edad para las huidas, querida Erica, únicamente podemos huir hacia el pasado. Si el pasado es España no creo que esté allí, entregándose o con riesgo de que lo encarcelen. Será mejor para ti no buscarlo en España.

Le resonaron las palabras de su amiga como quien de pronto descubre la clave de un enigma: hacia el pasado, pero hacia un pasado en el que mejor ella no deba meterse ni crear alertas...

—Ya veo que Aldes no te ofrece una tregua ni en tiempo de emergencia — comenta Angélica sin mirar a su amiga, con la vista fija en la cristalera, contemplando el esfuerzo que hace una tímida luz por abrirse paso en un inesperado y engañoso claro que se vislumbra en lo alto del montecillo de enfrente, finalmente imposible en la borrasca—. No sabría más... —añade en disculpa de Aldes.

Oye el hervor del agua y sale corriendo a la cocina en busca del té.

—Sí sabía más —le aclara Erica—, Aldes sabía de la carta.

Angélica, mientras engulle pastas de té sin cesar, tal vez inducida a la glotonería por los nervios, adopta esa posición de mujer puesta en razón que para Erica es nueva, y empieza a ordenar el itinerario de las pesquisas. Hasta que detecta un vacío:

—¿No te has preguntado qué pudo hacer en el rato que va del momento en que sale de la oficina hasta que reaparece en la librería?

Angélica hace la pregunta con la satisfacción de quien barrunta un misterio y Erica le ve el brillo joven de los ojos, el mismo brillo de cuando se hacía cábalas sobre una reacción, un gesto, un proceder de aquellos hombres enigmáticos de los que solía enamorarse apasionadamente y por poco tiempo en sus días de París.

—No comprendo cómo Antonio se atrevió a contarte lo de la carta —dice Angélica mientras sirve el té en sus tazas venecianas, con un gusto por la decadencia recién estrenado y del que hace una desagradable ostentación con repetidas e innecesarias descripciones del valor de las cosas—. De todo lo que me cuentas es esa palabra, asesino, así, a bocajarro, lo que más me inquieta.

—No me lo contó —repite Erica— porque quisiera desvelar el secreto de su amigo, lo hizo tan sólo para ayudarme a entender su desaparición. Al fin y al cabo, yo ya conocía esa carta.

—No me hagas reír. —Su renuncia a la fabulación le hace ver a Angélica ahora fabuladores en cualquier parte—. Vais a hacerme creer que ha escapado por temor a una carta que lo único que tiene de misterioso es que haya tardado tanto tiempo en recibirla... Toda la vida detectando perseguidores inexistentes. —Se ajusta los pechos en un gesto vulgar de seguridad y engreimiento y adelanta el mentón anunciando una conclusión inmediata—. Y ahora, por temor a una carta que acaba de recibir, huye en una tarde. No seas ingenua, Erica...

—¡Nadie ha dicho que por temor huyera!, —murmura—, lo mismo fue una llamada a su conciencia que surtió efecto, ¿no crees?

—¿Celosa?

—Sí, celosa.

—Me tranquilizas. Siempre es mejor que un hombre huya por otra mujer, aunque sea la del pasado —pone tono de complicidad a sus palabras, se acerca a ella con una sutil sonrisa pícara—, que vivir un escabroso drama con asesinatos por medio.

—Eres una insensata, Angélica.

—Siempre lo fui, querida, incluso cuando los asesinatos no nos escalofriaban como ahora si la lucha de la clase obrera —adopta un tono marcial de mofa— los justificaba.

—Sabes que nunca los justifiqué.

—Es verdad, tienes razón, los comunistas te gustaban en la cama pero te daban miedo.

—Me dabais miedo —responde Erica.

—Por eso mismo te aconsejé que dejaras a Ángel, la muerte le rondaba demasiado por la cabeza, no acababa de deshacerse de sus culpas. —Se levanta y abre la tapa de un buró repleto de cursilísimos cajoncillos para extraer una cajetilla de Camel y ofrecerle uno a Erica; a Erica le sorprende verla fumar de nuevo; con el cigarrillo en la mano, haciendo piruetas con el humo; recupera Angélica por un momento su figura voluptuosa de antaño—. Tú nunca has sido mujer que soporte mucho las rarezas, una burguesita al fin y al cabo —prosigue—. Yo, en cambio, ya ves, era otra cosa, una soñadora en pie de guerra —ríe—: todos aquellos hombres me parecían unos héroes que cambiarían el mundo y terminé casándome con un intelectual, un vanidoso en toda regla para el que cualquier dificultad de la vida cotidiana era una vulgaridad que debía asumir yo; él por no oír no oyó siquiera el llanto nocturno de sus hijos, no oía nada. Por supuesto, los problemas económicos eran mis problemas y cada vez que yo trataba de entrar en ellos daba de mí esa imagen tan poco exquisita que a él le repugnaba, un modo de ser que yo había aprendido con el obrerío, me decía.

—O sea, que prefieres a aquellos héroes parisinos de los que te enamorabas fieramente y te dejaban sin un franco.

—Oh, no, tampoco... —La súbita nostalgia obliga a Erica a una sonrisa envuelta en el recuerdo, mientras escucha a Angélica—. Envejecieron sin arreglar nada y eran igual de orgullosos —sigue Angélica—. Reprimían el mundo de los sentimientos y siempre estaban dispuestos a huir resignadamente por una causa superior envuelta en secreto.

—Como Charles. Ya lo ves, ahora...

—Pues, sí, es verdad... —acepta Angélica—. Parece que viviéramos en un barco en el que las mujeres nos empeñamos en lanzar el ancla, yo misma tengo ahora mi ancla en ese río —mira al Aar tratando en vano de señalar el lugar del ancla—, y

ellos empeñados en navegar y navegar siempre, aunque sea contra corriente, no lo dudes. Estás en el barco, tan tranquila, y si te descuidas se escapan a nado.

Erica solloza y Angélica se acerca a ella, se pone a su espalda, le acaricia el pelo, consolándola, y le pregunta:

—¿Él le dijo a Antonio algo sobre adónde se dirigía?

—Que iba a la estación, le dijo, que esta vez iba en serio. Le había dicho muchas veces lo mismo; en algunas ocasiones habían ido juntos hasta la estación. Y yo misma fui hasta la estación; fui con una foto, la única foto que pude hacerle un día en que lo sorprendí jugando con Karl en el parque. Llevé su foto y se la mostré al vendedor de prensa y el vendedor, sin decir palabra, me miró fijamente y negó con la cabeza haberlo visto. Cuando ya me iba me señaló dónde estaba un gendarme y me dijo en voz alta que a esos sí que no se les escapa nadie. Le agradecí la información, pero preferí preguntarle a un vendedor de billetes de tren, y también me repasó sin palabras, de arriba abajo, mirándome una y otra vez con prevención, y me preguntó luego qué billete quería, como si no me hubiera entendido. Le repetí la pregunta y sólo conseguí que respondiera que allí vendían billetes, que la ventanilla de información era otra. Llegué a tener la impresión de que algo ocultaban, como si un silencio misterioso se apoderara de ellos o como si supieran algo que callaban, o como si yo les planteara un enigma del que no sabían si iban a salir mal parados. Sólo la señora que cuida de los urinarios, una inmigrante, contempló la foto varias veces, se acercó a la luz de los lavabos para verla mejor, y me dijo, con un torpe énfasis de piropo, que un hombre así no se le hubiera olvidado, que lo había visto esa misma tarde. Los esfuerzos que hacía por darme una respuesta tenían que ver seguramente con la confianza en la propina.

A Erica no le importa humillarse otra vez: ir a la librería, recibir el saludo hosco de Aldes como respuesta a su saludo cortés, esperar a que simule que intenta terminar de ordenar unos libros que no precisan de urgente acomodo o a que haga una llamada telefónica, seguramente prescindible, con el único afán de hacerla esperar; que acceda finalmente a contestarle poniendo en ella su mirada agresiva, una mirada deliberadamente dirigida a intimidarla para marcar las distancias entre ellas.

No le importa oír que aquello no es un confesionario ni ella un alma benefactora que esté allí para que *monsieur* Pérez ni ningún otro cliente desahogue sus penas con ella.

Le aguanta que comente a continuación que de ser una confesora actuaría con coherencia y mantendría el secreto.

Tiene el valor de reír con insolencia en una situación como ésta.

—Lo mismo que se le requiere a los clérigos, señora —dice Aldes.

Erica siente ganas de mandarla a la mierda cuando añade que sólo puede aportar a su investigación un dato —Aldes se asoma a la puerta, la hace salir con ella, el perro cruzándose entre las piernas de las dos, dispuesto a escaparse—, y ese dato es que *monsieur* Pérez salió por ahí —le señala la calle— corriendo como un poseso.

Erica sigue todos los pasos de Charles la tarde de su fuga como si de un policía se tratara. Y por eso está en Antiquariat, rogándole a Aldes que le diga, por favor, si lo notó especialmente raro —la vieja afila su sonrisa condescendiente—, si le ha contado algo a ella que pueda contrariarle especialmente —Aldes mueve la cabeza con indeterminación—, si tiene noticia de que le persiga alguien o de que él se sienta más acosado que en otros momentos, y la vieja pone cara de asombro como quien constata que le están preguntando una estupidez.

Erica está segura de que Aldes, esa vieja loca, sabe de él.

Lo de vieja loca lo dice siempre que nombra a la librería, le molesta la suficiencia de Aldes, no puede evitar los celos con ella, sabe que ya está vieja, pero para Erica es una vieja desvergonzada.

Una perra; la lujuria no se le ha ido con la edad.

Da igual que él diga que no le gustan las viejas, sabe que a la vieja sí le gusta él.

Ésta es la razón por la que ella nunca ha gustado a Aldes; nota el desprecio.

—Sigue soñando con María —le espeta Aldes— por más que desee borrar su vida

anterior.

—Cuando yo le dije —le suelta Erica a Aldes— que «tú dirás lo que quieras, Charles, pero todavía esa vieja busca acostarse contigo», me comprendió.

La comprendió y llevó al tiempo las manos a los pechos de la compañera y la besó con cariño, aunque ella percibiera tan sólo el estremecimiento que trae el deseo.

«Aldes, vieja y todo, estaría llevándose ya la mano a la entrepierna, fogosa», pensó Erica.

O buscando por la entrepierna de él, pornógrafa y obsesa en la intimidad, y sin pedir que dejen de llamarla señora ni, por supuesto, apear el tratamiento.

Sostiene que los buenos modos le aumentan la libido.

«Aldes es una puta», le había dicho Erica, despegándose de él momentáneamente, como quien descarta que en aquellas condiciones fuera posible seguir el requerimiento del sexo.

—La señora Aldes es una señora —dijo él paciente.

—La señora Aldes es una puta —aclaró Erica.

—¿Ha acabado ya su interrogatorio? —pregunta ahora Aldes a Erica.

No sabe Erica para qué le pregunta si tuvo la impresión en algún momento de que él se sentía perseguido por alguien.

La librera se encoge de hombros, sonrío en esta ocasión con petulancia y le pregunta a ella si alguna vez ha tenido tan rara impresión:

—¿La ha tenido, señora?

Nota que Aldes se burla de ella y vuelve a señalarle con una insistencia impertinente el lugar por donde él salió corriendo de su librería aquella tarde.

—No habrá más información —añade la librera—, ¿me entiende? —Después se pregunta—: ¿Perseguido por alguien? —Y con las mismas, contesta—: Por mí, no, desde luego.

Mejor suerte, naturalmente, corre Erica con Antonio, el conserje del Bristol.

Antonio llamó ayer preguntando por Ángel y ella quedó en verse hoy con él en Klötzlikeller a la hora del aperitivo, había insistido en saber qué pasaba y Erica se mantuvo en la determinación de contárselo cuando se vieran, no antes.

Antonio le habla de la carta en todos sus extremos: «Mi difunto esposo, no es fácil perdonar el engaño, no intentes escribirme, ya te diré yo cuándo y adónde tienes que hacerlo», él, estremecido por la letra, la letra había cambiado algo con el tiempo, pero era la de su mujer; él enseñó a escribir a su mujer; parecía afectado, la palabra asesino, arriba, con letra de palo, escrita por alguien que empuña el lápiz con fuerza y escribe con rabia la acusación, dice Antonio.

—¿Tú sabías —le pregunta Antonio— que hubiera matado a alguien?

—Él es incapaz de matar —le dice ella—, siempre dijo que huyó porque lo perseguía el ex amante de María para matarlo, un cacique, un franquista. Lo llamará asesino por insultar o porque entienda que la ha matado a ella de algún modo, pero Charles tiene las manos limpias de sangre.

—¿Para qué simuló entonces esa muerte? —insiste Antonio como si estuviera repasando ahora las posibles sombras de la vida de su amigo.

Erica le explica que lo hizo para huir, porque no soportaba esa persecución, porque, a pesar de estar enamorado de María, tenía la obsesión de que su biografía la hacían siempre los otros, la sombra de su propia madre, la guerra civil, sus oídos no soportaban los truenos en noches de tormenta porque llegaba a él el recuerdo de los bombardeos de Madrid, el sonido del terror que traían los aviones, envolviendo los cuerpos en un estremecimiento de incertidumbre, de juego de la muerte, a veces en la muerte. Terminó necesitando que lo dieran por muerto, darse por muerto, y aquella carta venía ahora con el nombre nuevo, un nombre que detestaba, la primera imposición en otra vida que quería totalmente suya, decidida por él, y que tampoco ha podido decidir, como si los fantasmas lo asediaran en los sueños y lo reclamaran encarnándose en cualquiera que lo mirara, que se detuviera ante su puerta de un modo sospechoso o que en un largo tramo anduviera tras él, alguien que pudiera sorprenderle en una esquina inesperadamente.

Aldes se resistió siempre al dolor, simuló durante toda su vida ser ajena a los sentimientos de duelo.

Todo lo contrario de Erica, una mujer extravertida, simple, que necesitaba siempre del desahogo y del rito del dolor. Y que no sintiéndolo ahora, porque lo que siente es despecho y rabia hacia él por el abandono, desea que la muerte de Charles la libere de este limbo; de la condición de mujer en tierra de nadie; ni soltera, ni casada ni viuda, sólo madre.

Necesita llorarlo como a un muerto.

Puede imaginárselo secuestrado; secuestrado por aquellos por los que se sentía perseguido, los que rondaban según él por los soportales de su casa o alteraban la paz de sus lecturas en el parque; secuestrado con el servicio detectivesco de los falsos clientes de Aldes, su querida amiga, la eficaz colaboradora de ese secuestro, la traidora que se merece.

Pero Angélica le quita de la cabeza esa idea por las mismas razones por las que Steiner descarta una huida en los más solitarios campos de Suiza: la congénita capacidad de delación de sus paisanos.

—En este país es imposible un zulo —dice Steiner.

—Pero no en Austria —replica Angélica.

—No. En Austria, no. ¿Pero para qué en Austria?

Lo que quiere decir Angélica es que el secuestro no tiene sentido, al menos que la familia de Erica, no la pobre Erica, de economía tan modesta ella, reciba un reclamo de dinero a cambio de la libertad de Charles.

También pudieron haberlo secuestrado para torturarlo.

—Es una manera de pagar cuentas pendientes —dice Erica.

—¿No es más fácil darle muerte? —pregunta Steiner.

—La muerte a veces no es castigo suficiente.

—¿No le deseas tú la muerte como castigo? —pregunta Angélica a su amiga Erica.

—Yo no deseo castigarlo, yo deseo librarme de él. Si deseara castigarlo preferiría sin duda la tortura.

—Quedamos pues en que la muerte puede ser un premio —ironiza Steiner.

—Podría serlo —interviene Erica—. En este caso, y para mí, su muerte sería un

alivio.

—Prefieres, sin embargo, que la policía no investigue —dice Angélica con ironía y sin acabar de entenderla.

—Nada de eso, pero huyo de meterme en líos. Si la policía lo busca, lo encuentra vivo y lo detiene, ya sea por falsa identidad, sostenida a lo largo de tantos años, o por haber matado a no sé quién en un crimen pasional, por supuesto político, que en España todo es político, nadie me salva de la cárcel por encubridora al menos.

—Te ofrezco una solución, querida Erica —bromea Angélica—, persíguelo ahora tú y consigue que le den muerte. Desde luego, si regresara ahora, ni él ni tú os libraríais de la cárcel.

—Tampoco Aldes; ha encubierto mucho, demasiado.

—Si eso te consuela, Erica...

—La venganza es muy consoladora.

—Lo mismo debe haber pensado María y por eso estás donde estás.

Antonio no pensó nunca en una pérdida bucólica de su amigo por los prados y las aldeas de Suiza, por más que pudiera esperar de él cualquier extravagancia, ni mucho menos un suicidio romántico, porque tenía muy arraigada la idea de que era cobarde y egoísta, aunque extrañamente desprendido y cariñoso.

En realidad, Charles, o Ángel, no era para él un huidor obsesivo, sino alguien que siempre vivió en otro lugar y que vino de él con la isla a cuestas.

Lo que sucedía es que la isla que traía con él era también una isla de culpas, y la culpa va labrando poco a poco una obsesión parecida a la de la persecución, con lo cual llegas a sentirte perseguido sin darte cuenta de que es tu propia sombra la que te persigue.

Ésa era la idea de Antonio, pero no la podía expresar con tales palabras.

En el caso de que hubiera podido expresarlo así, tampoco se lo hubiera dicho a Aldes, que con toda seguridad habría quedado fascinada con Antonio, todo hay que decirlo, le diera o no la razón, aunque en ese caso, conociendo a Aldes, no le hubiera hecho los repudios que le hace ahora y habría recibido ella en cambio el bien merecido repudio de Antonio.

Así que no es que Ángel distinguiera a su amigo Antonio con ninguna privilegiada confesión de su estrategia, más allá de aquella voluntad suya de marcharse que todo el mundo conocía como la voluntad de huir.

Le hizo a él las mismas confesiones que a los otros y le expresó los mismos miedos que a todos.

Tampoco esperaba Antonio otra cosa porque estaba convencido de que Ángel no tenía planes concretos, que todo respondía en él a raras incitaciones y que las cartas podía habérselas escrito él mismo a sí mismo, dentro de la locura que lo movía, aunque estaba seguro de que no lo había hecho.

No obstante, una de las cartas de María tenía remite de Madrid y Antonio lo retuvo.

Le pareció extraño que en una carta amenazante se comprometiera un remite, pero es cierto que más que perder tenía el destinatario en caso de denuncia que el remitente de la carta.

Fue así como Antonio se decidió a escribir por propia iniciativa a María Gaspar sobre sus extrañas misivas, pero no sin otro ánimo que el de saber si hasta ella había

llegado su amigo Charles, si estaba ya con ella.

El hecho de que, transcurridos algunos meses, sus cartas no obtuvieran contestación lo atribuyó a un probable error en la dirección, a que la carta hubiera sido intervenida por personas interpuestas con dominio sobre María o a la simple desgana de María de contestar a un desconocido, estuviera o no Ángel con ella, como Antonio sospechó.

Pero queda un detalle a tener en cuenta nada desdeñable: Antonio le contó a Erica que unos meses antes de la huida de Charles, un hombre rubio, con ojos claros, poco aspecto de español, pero hablando español tal vez con acento venezolano o cubano, se ignora de dónde se saca Antonio lo de esos acentos, había acudido al Bristol, donde se hospedó, para tratar de verificar la amistad de Antonio con Ángel Pérez Navamuel, diciendo, no obstante su acento, que era paisano suyo de Aguilar de Campoo, las señas de natalicio que figuran en el falso pasaporte de Charles, no las suyas propiamente.

Antonio no habla, pero tampoco le dijo nada a Charles para no inquietarlo más, se lo dice a Erica ahora por si acaso ese mismo hombre vuelve a aparecer, por si ella se decide a hablar con la policía y lo cuenta.

Le hubiera sido fácil a Antonio comprobar en el pasaporte del huésped que quien se hacía pasar por paisano de Charles tenía el mismo nombre y los mismos apellidos reales de su amigo, pero tal vez hubiera olvidado los apellidos verdaderos de Charles o no los llegara a conocer antes.

Tampoco Charles, a preguntas de su amigo Antonio sobre el personaje que lo buscaba, dio más importancia a su existencia y probablemente fuera el mismo Charles el que otorgara por su cuenta al español que se interesaba por él el acento del que carecía.

Angélica se pasea inquieta por la cristalera de su galería sin decir lo que piensa, pero atando cabos, admitiendo que ese sí era un detalle que pueda vincularse con la carta, aunque es preciso ser prudentes, no dejarse deslumbrar por las coincidencias.

Si de coincidencias se trata, Erica tiene que tomar en cuenta ahora lo que antes tomó por acto gratuito de Charles, cuando salió aquella mañana y se dirigió a la columna del soportal de enfrente, donde está el Commerce, en una posible verificación de que allí no había nadie, porque seguramente sí, sí había visto a alguien.

Aldes no descarta que Ángel haya emprendido caminos desconocidos, al buen tuntún, huyendo de sí mismo. Que se haya empeñado en cruzar prados interminables, preso del desconcierto.

Que haya cruzado aldeas, calmando allí la sed y el hambre.

Ni que pueda morir en esa huida, con la satisfacción que da la libertad, la sensación de plenitud.

No piensa meterse en su decisión, no tratará de buscarlo, dice.

Pero cuando se lo cuenta a Jean Steiner, que no desconoce la exagerada capacidad de Aldes para la fantasía, Steiner no se atreve a desmentirla ni siquiera con su ironía provocadora.

Lo que le pregunta Jean Steiner a Aldes es si desconoce a los suizos, y lo que a Aldes le resulta más cómodo responder a Steiner es que en efecto los desconoce.

Pero cabe otra posibilidad, según ella. Y es ésta: que los que verdaderamente desconocen a los suizos son aquellos que los tienen por temerosos y desconfiados, los que pueden imaginar que si Ángel llega a una aldea, y más con su raro acento, a pesar de los años vividos en Suiza, los lugareños, extrañados, más que preguntarle quién es y qué hace allí llamarán prestos a la policía para que los alivie de la incomodidad del desconocido.

Jean Steiner, que se apunta a esta posibilidad, manifiesta a Aldes su voluntad de no tener por tonto a Ángel Pérez Navamuel, o como al fin se llame nuestro amigo, dice, por lo que rechaza la huida bucólica y, sin tremendismo, que nada puede repugnar más a Steiner que la vulgaridad del tremendismo, una falta de elegancia, y le atribuye al desaparecido la inteligencia del suicida.

Aldes, que a punto estuvo muchas veces del suicidio, aunque si bien lo considera fue de la representación del suicidio de lo que estuvo más cerca, se pasa al lado de Steiner en la apuesta, considerando que el suicidio es siempre un final grandioso.

Steiner, más frívolo por lo general que Aldes, le resta grandeza al suicidio si se llega a él, dice, no por razones existenciales, es decir, no aguantar más la vida, considerando que es una puñetera mierda, sino por cobardía, por asuntos menores.

—Se podría considerar así si hubiera llegado al suicidio por librarse de Erica —dice Aldes con maldad evidente—. Al fin y al cabo, morir por haberte sentido incapaz de librarte de una tonta es no ya cobardía, sino estupidez.

—No hará falta que te dé la razón en esa simpleza, pero la tal María, con la consistencia del amor que resiste al tiempo y se sitúa en lo imposible —dice Steiner—, podría dignificar su suicidio.

—Oh, sí, qué hermoso —se burla Aldes—. Pero mucho me temo —dice— que no fuera éste un suicidio romántico. Ángel tenía miedo, huía por miedo. El miedo engendra cobardía.

—¿Miedo a la cárcel?

—Miedo a la cárcel, por ejemplo. Había matado a un hombre.

—¿Había matado a un hombre?

—La carta decía que era un asesino.

—Pero él no llegó a admitir con nosotros que lo fuera.

—¿Qué más da?

—En todo caso —dice Steiner—, yo me pregunto: ¿aquel que prefiere la muerte a la cárcel qué es?

—Querido Steiner: un héroe.

—Démoslo por muerto, pues —concluye Steiner.

—Eso. —Se adhiere Aldes a la idea de su amigo—. Démoslo por muerto y celebremos nuestra soledad.

—Brindemos por nuestro héroe. —Simula Steiner alborozo.

Erica llega a Lausanne muy temprano y desde la estación enfila las mismas calles que tal vez Charles cruzara aquella noche de su escapada. Mira hacia atrás como él, de un modo mimético o urgida por el mismo presentimiento de que en cualquier parte puede haber alguien al acecho.

Casi sin darse cuenta se ha vestido de luto.

Sólo se dio una pequeña sombra en los ojos y se pasó el rímel levemente por ellos. En los labios puso un color muy tenue y después de haberse lavado la cabeza no hizo con el secador grandes esfuerzos, lleva el pelo cuidadosamente desatendido de Aldes.

Se reconoce mayor en el espejo, casi una viuda, y aumenta en ella la sensación de desamparo al verse vestida así.

Toma un bolso negro, erosionado por los bordes, buscando en el atuendo la desaparición de no sabe qué vestigios, tal vez los de la amante; cualquier manceba, piensa, es más sospechosa de complicidad con el delito que una buena esposa que acuda con preocupación y diligencia a la gendarmería a denunciar la desaparición de su marido.

Ha decidido no regalar pistas.

Reconoce el edificio policial y atraviesa sus oficinas desangeladas, neutras, con el único colorido de la bandera del cantón, un reborde negruzco en las cornisas sobre aquellas paredes grises, un retrato oficial encima de la mesa del funcionario aplicado.

Detrás de unos viejos mostradores, archivos de legajos, expedientes de vidas ajenas controladas, perseguidas, juzgadas... Avanza hasta una sala con la escueta indicación de un policía, y allí sentada, esperando en aquel banco alargado, con rejillas, no puede sentirse más culpable de no sabe qué.

Cuando entra en la sala de espera alza la mirada otra mujer llorosa que aguarda su turno y Erica musita un saludo.

La señora baja en seguida la cabeza, tal vez con la vergüenza de verse allí, y el otro acompañante, un hombre con barba, sigue mirándola más rato del que es prudente, preguntándose quizá qué hace en aquel lugar una mujer de su porte. Luego mete el hombre la cara entre las manos con preocupación o pereza.

Se siente incómoda al ver entrar a un joven esposado al que un agente lleva por el brazo como a un perro por su collar.

Se abren las puertas y se oye la voz hostil del comisario.

Piensa en Charles, si habría entrado aquí del mismo modo, gacha la cabeza, la vergüenza derrumbando su buena facha, el miedo cargándole las espaldas, a lo mejor pensando en ella y en su hijo.

Se oyen gritos, imprecaciones, tacos, risas extemporáneas —las risas de la representación de la cólera, intuye—, y se oye también que alguien llora, tiene que ser el joven detenido.

Cuando lo ve salir certifica el infortunio en la negrura de aquellas ojeras que resaltan unos ojos verdes, hondos, con la sangre imponiendo sus aristas rojas en el iris.

Piensa en Charles, en su nervioso desvelo, esté donde esté, y no puede reprimir un sollozo al que atienden curiosos la mujer y el hombre que esperan con ella.

La palabra asesino de la carta resuena en los oídos de Erica agriamente, como una acusación, y se siente de pronto la supuesta encubridora de un incierto delito que está dispuesta a negar.

Un policía llama en voz alta al hombre de la barba como si la antesala estuviera repleta y no alcanzara a oírse su voz entre una muchedumbre, marcando así, a su manera, una solemne distancia un poco ridícula.

Ella vuelve a lo suyo. La leve desconfianza en Charles forcejea contra su resistencia a creer que sea un real asesino. Trata de repasar del modo desordenado en el que su memoria impone gestos, palabras, reacciones del pasado y no consigue atisbar la más mínima sombra del crimen en su recuerdo.

Ni siquiera en ese oscuro proceder de Charles que Angélica suele señalar, consecuencia a veces del recato, de una pudorosa forma de ser que hace de todas sus emociones secretos invulnerables encerrados en un castillo personal cuyas llaves sólo él posee.

Ha sido breve el hombre de la barba con el comisario o el comisario con él; el comisario lo amenaza con no perderle el rastro y él sale rezongando en griego. Seguramente no había elegido esa lengua por capricho.

Ve entrar a la señora con un velo, de tristeza y vergüenza a la vez, sobre la cara, y cuando queda sola en la espera vuelve a rastrear actitudes, trata de recordar signos, modos extraños de proceder, reacciones que puedan hacerla sospechar ahora, visto en el pasado, que Charles fuera capaz, siquiera en defensa personal, de haber matado a alguien.

No encuentra nada o encuentra pocos motivos para ese resentimiento que a los amantes se les va adhiriendo como la capa de suciedad con la que el tiempo ensombrece las paredes.

Si tuviera que responder por qué huyó Charles, si alguien la torturara hasta el punto de verse obligada a responder por él, a traicionarlo, nadie la creería si dijera que ha sido siempre un hombre huyendo de sí mismo, tendría que responder que fue víctima de un complot, a lo mejor se vería forzada a declararlo así ante un juez suizo

que no imagina la urdimbre de la persecución en una dictadura como la española en la que a los pelotones de fusilamiento había sustituido después de la guerra un modo más lento de matar, la maraña de la desconfianza levantándose desde las culpas, el abuso de poder instalado en la costumbre de los caciques, delegado en la voluntad y en la actuación de los afines. Y sobre todo en el campo, en los pueblos.

Sentada ahora frente al comisario —un hombre corpulento a cuyo cuerpo se ajusta con dificultad un uniforme de telas que parecen a punto de reventar, largos mostachos en una cara redonda y poderosa, una mirada construida con desconfianza para la intimidación, el pelo casi rapado en una cabeza de estatua monumental, sólida— habla de Charles tratando de eludir la relación que los vincula, como si ya la intuyera la autoridad y actuara en su demérito. Habla de Charles, es decir, de Ángel, como alguien vecino y a quien se quiere, pero sin poder evitar lo que las palabras dejen traslucir incluso cuando no se pronuncian las palabras exactas que delatan los sentimientos. Teme que el sentimiento la haga hablar más de la cuenta.

No sabe cómo empezar y sólo dice que hace ya nueve días que ha desaparecido y nada se sabe de él, que ella ha acudido allí porque de una llamada que han hecho a su casa desde aquella gendarmería el día 18 pudo colegir que alguna noticia de Ángel tenían.

Dice también que ella llamó ayer para saber si en efecto la tenían y le dijeron que sí.

—Sí, sí —le confirma el comisario, agarrándose el mentón con la izquierda y recogiendo por su derecha el expediente que un auxiliar le pone en su mano vigorosa, de dedos muy largos y orondos—. Ha tardado usted en interesarse, señora.

Recita en voz alta el nombre de Ángel Pérez Navamuel y ella siente el calor del miedo, el sudor frío de quien al oír dos veces repetir ese nombre reconoce que en el nombre está la razón primera del delito, como si ese maldito nombre fuera una soga pendiendo de su cuello.

—Se trata de Ángel Pérez Navamuel —se dice el comisario sin requerir ninguna confirmación de Erica. Pero ella dice sí, y repite sí, como si una fuerza incontrollable la urgiera a ratificarlo.

No reprime un bostezo el agente y sigue repasando los datos de un modo rutinario, quizá por una cuestión de orden o por un modo protocolario de hacerlo:

—Nacido en Aguilar de Campoo —dice—, provincia de Palencia, España, el 26 de septiembre de 1920 —y ella ratifica el falso dato con un murmullo—. Estado civil, soltero —lee el comisario—. Levanta la cabeza y la mira fijamente.

—Es un trabajador de la empresa de mi padre, una persona muy próxima —comenta Erica.

El policía mantiene un rato su mirada fija en ella sin que esa mirada exprese otra cosa quizá que la espera de una aclaración más precisa. Erica no dice nada y el agente se dispone a narrar:

Siendo las veintiuna horas, trece minutos del martes, día 18 de noviembre de 1971, se persona en esta gendarmería Walter von Freischamn, soltero, natural de Vilgemsim, Alemania, de 69 años de edad, con residencia en Ginebra, para declarar lo que sigue: que hallándose en la Estación Central de Berna en la tarde del susodicho día (a preguntas del que suscribe dice que serían las diecinueve horas y veinte minutos), mientras se disponía a tomar el tren, se sintió requerido por la mirada de un hombre cuyas características señala: alto, de fuerte complexión, moreno sin serlo del todo, quizá sus ojos no fueran negros ni el pelo negro exactamente, tampoco sus ojos acababan de ser negros, en cualquier caso extranjero. Que iba vestido, dice, con un anorak amarillo, tal vez fueran marrones sus pantalones y los pies parecían muy grandes en unos zapatos muy grandes. Declara que respondió a su mirada mirándolo, porque creyó conocerlo de algo, pero en seguida se dio cuenta de que no lo conocía de nada y que el individuo ponía la mirada en él como si lo hubiera hecho objeto de una presa o como si lo buscara o lo estuviera esperando, todo eso a la vez y de un modo obstinado. De tal modo lo miraba, declara, no como si lo espicara, sino como si lo amenazara con su mirada, que él entendió que aquélla era una mirada que precedía a un atraco o a cualquier otro asalto indefinible y por sorpresa que turbó su espera tranquila, y que lo hizo darle la espalda y trasladarse con miedo al urinario, tanto porque la situación le obligó a servirse del urinario como porque pensó que podría ponerse a salvo allí. Tan pronto se halló en el evacuatorio —meándose de miedo, declara—, su mirada fija en la pared por terror a confirmar que el que acababa de ponerse a su lado era él, pudo advertir de reojo que sí lo era, y al sentir tan cerca la mirada, tanto que se diría ahora obscena, temió ser el objeto de una perversión sexual. Interrumpe el declarante su confesión para llorar. Cuando se recupera manifiesta que no quiere decir exactamente que aquel hombre lo requiriera con indecencia, a pesar de su edad, o precisamente por su edad, pero con impudicia se fijó más de lo debido en sus atributos, la mirada era lasciva. El que suscribe detiene la declaración en este instante para preguntarle si es ese el delito que no acaba de confesar y por el que quiere presentar su denuncia y el declarante titubea y dice que está avergonzado, añadiendo que por favor lo exima de seguir hablando de eso, que el asco le impide recordar aquella incomodidad, aquella humillación.

Interrumpe la lectura el comisario y pregunta a Erica:

—¿Sabía usted algo de estas inclinaciones de su empleado —se hace muy firme su tono y en contraste deja ver una sonrisilla de burla, acaso amable, que intenta imprimir a su rostro— o se le ha ocurrido pensar que el anciano no estuviera muy bien de la cabeza?

—No lo sé, pero eso es completamente absurdo, señor —responde ella desconcertada—; la descripción de ese acto nada tiene que ver con Ángel.

—Yo comprendería igualmente que no estuviera al tanto de las inclinaciones sexuales extraviadas de un empleado de la empresa de su padre. —Aprovecha el policía para ironizar sobre su vinculación con Charles.

—¿Está usted seguro —pregunta aturdida por la confusión— de que no se ha equivocado de expediente?

—¿Pone en duda mi solvencia, señora? —eleva la voz.

Erica no contesta y el comisario prosigue la lectura:

El que suscribe, creyendo que podemos encontrarnos ante un caso de intento de sodomía o de persecución con este fin, insta al declarante a que concrete su denuncia y éste se resiste con la apariencia del escrúpulo, sin admitirlo ni negarlo, aunque de manera extraña quiere explicar que, aunque pudiera parecer raro a cualquiera que por su edad llegue a ser requerido por alguien con tan repugnantes deseos, no es la primera vez que le ha ocurrido, incluso con gente más joven, pues no desconocerá el que suscribe, afirma, que la

tendencia invertida de los hombres tiene caprichos y fijaciones que no ponen consideración ni límite a su desenfreno, ni con la edad ni con el parentesco y ni siquiera con lo que las personas representan, pues quienes así proceden son ciegos a otra cosa que no sea la lujuria. Se pregunta al declarante si con anterioridad ha frecuentado los urinarios de la estación y ha detectado en ellos el tránsito de gente con estas inclinaciones y manifiesta que prefiere no hablar de eso, tanto por sus convicciones cristianas como por el rechazo profundo que esas prácticas deshonestas le producen. Insiste el que suscribe, no obstante, en preguntarle si suele él frecuentar los mencionados urinarios y admite que sí, dada la necesidad frecuente de esos servicios que su edad le impone. Que lo que allí se ve en ninguna parte se ve, declara, aunque es difícil verlo, porque para eso es necesario desconfiar de cualquier hombre, añade. Se le pregunta simplemente si está seguro de que aquel hombre le perseguía por razones sexuales y el declarante insiste en exculparse como si hubiera percibido por alguna extraña razón que el que suscribe sospeche de él como practicante de aberraciones sexuales que se empeña el declarante en condenar una y otra vez, además de señalar estas acciones con detalles que sobra reseñar aquí, por lo que es conminado a concretar y lo hace diciendo que hasta tal punto rechazó los requerimientos de aquel hombre que huyó de él temiendo cualquier agresión y abandonó la estación con la preocupación de que fuera perseguido. Preguntado de nuevo por si lo fue o no, el declarante manifiesta que lo seguía con la mirada, e irrumpe de nuevo en llanto, sin que consiga explicar de qué modo lo miraba para aterrarle tanto.

—¿Tan penetrante es la mirada de su empleado, señora?

El comisario levanta la vista del informe y parece querer descansar con la pregunta.

—Insisto en que tengo la impresión de que estamos ante un informe equivocado
—afirma Erica.

—¿No me cree...?

—Sí, pero nada de esto puede tener que ver con él.

—¿Con él...? ¿Quiere decir con su empleado?

—Sí, eso quiero decir.

—¿Tan segura está?

—Sí, lo estoy, sí...

Una energía rotunda se impone en su voz.

—Quizá piense usted que el denunciante es un loco.

—Puede ser.

Erica no quiere aventurar.

—También puede estar loco su desaparecido...

—Es posible.

—Vamos a ver...

Esta vez el comisario toma unas gafas y se las pone, como si entendiera que la complicación del informe requiere una lectura más clara.

Lascivia, dice finalmente el declarante. Que era lascivia lo que vio en la mirada de aquel hombre mientras se alejaba. Y añade que era un foganazo diabólico lo que llegaba hasta él, que por eso tuvo mucho miedo. Preguntado sobre si lo oyó hablar dice que no, pero luego dice que sí. Dice que no primero, porque hasta ese momento no le había hablado, ni siquiera cuando se le acercó en los lavabos, los dos frente al espejo, y sintió el espíritu del mal acosándolo sin remedio, pero dice que sí después, porque aún no ha acabado de relatar las razones de su denuncia y que si el que suscribe lo deja hablar se entenderá todo. Fue corriendo hasta Bundesterrasse, como si entre la nieve y el aire helado se sintiera purificado, protegido en la oscuridad, como si de las lucecillas del otro lado del río le viniera un calor de hogar que lo preservara en medio del frío, a pesar de la niebla que cubría el cauce del Aar. Se pide al declarante que sea conciso, pero manifiesta que necesita su tiempo para contarle todo y se comprende que es así cuando al preguntarle cuál

es su oficio responde que ha sido funcionario en Ginebra de un organismo internacional, aunque ahora está jubilado, pero que en la ciudad en la que nació también fue muy reconocido como escritor de ficciones. No le pregunta el que suscribe cuántos idiomas domina, pero él añade ese mérito y dice que hasta nueve y, como si diera un consejo al que suscribe, comenta que con dos basta, que más idiomas añaden confusión a los sueños.

—Cierto —dice el comisario riéndose esta vez.

Parece de nuevo cansado de leer.

—Hay gente —añade— que hablando *berndeutsch*, ya ve, se empeña en perfeccionar el alemán.

A Erica le parece tan absurdo el comentario del gendarme sobre su lengua local como insólito se le revela el informe en su totalidad y, por supuesto, su anciano protagonista. La confusión quizá consiga entretenerla y aliviarle los temores.

—Sí, eso pasa —dice.

—Su hijo será al menos bilingüe, supongo...

—No —responde—. Supone usted mal.

Se le nota el enfado, pero consigue disimular la sorpresa ante lo el comisario quiere insinuarle: sabe más de su vida de lo que ella imaginaba. Sabe al menos que tiene un hijo. El comisario sonríe con la suficiencia del que cumple con imprevisión la tarea de transmitir una consigna y en el fugaz cambio de humor de Erica debe advertir que ha recibido la consigna con sorpresa. A lo mejor sólo es una casualidad, pero Erica está segura de que ya sabe él que viven amancebados.

Ahora intenta proseguir el gendarme su lectura, no sin antes desperezarse sin reparo alguno ni pedir disculpas por ello. Puntualiza:

—Habíamos quedado en lo de los idiomas, ¿no es así?

Coloca en mejor orden los folios.

—No sé qué hago yo aquí. —Quiere decir Erica que ese informe no le concierne.

—Espere, espere, no se impacienta... Ya verá...

Y sigue leyendo:

El que suscribe reitera al declarante su solicitud de concisión, que le diga cuándo oyó hablar al denunciado y qué le dijo exactamente, pero se empeña el declarante en manifestar que Dios le dio paz a su espíritu en Bundesterrasse y que la gratitud que debe al Señor por ello debe constar allí donde hable. Aunque ha quedado escrito en el encabezamiento de este informe, el que suscribe le vuelve a preguntar si es soltero, sobre todo por interrumpirle y cambiar así de asunto, pero también por si cualquier aclaración sobre este dato, significativo en un hombre de su edad, fuera de utilidad para este documento. Manifiesta el declarante que es soltero, y no sin culpa, porque un calvinista que de verdad lo sea es un descarriado fuera del matrimonio a partir de cierta edad. A la pregunta de si se siente un descarriado pone a Dios por testigo de que no lo es, pero dice que tiene la sensación de ser viudo de muchas mujeres y de haberlas matado a todas ellas. El que suscribe quiere saber si desea confesar esos delitos para cumplir las condenas que por ellos merezca y, sin advertir el humor de quien le pregunta, trata de hacer ver cómo hay asesinatos que no se pueden pagar con la cárcel porque jamás se encuentra el cuerpo del delito.

—No entiendo nada —dice ella, nada más ve al gendarme volver a levantar la cabeza y mirar esta vez al techo, rezongando y mordiéndose los labios con cierto malestar.

—Algo sí he entendido —repone él—, que al parecer la soltería es en sí misma una culpa. Su empleado es soltero, ¿no?

—Creo que sí —contesta Erica con rabia—, pero en cualquier caso no es calvinista y, además, ¿tiene eso algo que ver con lo que me trae aquí?

—Según se mire, sí.

Le contesta y repasa los papeles de nuevo antes de seguir con su lectura. Como si se hubiera saltado algunos párrafos, tal vez aquellos en los que el anciano teorizaba sobre la culpa con la complacencia de quien le tomaba declaración, la retoma allí donde el viejo volvía a hablar de lo sucedido a un requerimiento impaciente del agente que lo interrogaba.

Con la paz que le he dicho, subí al tren y ocupé mi asiento del lado de la ventanilla, no sin antes haber entrado en la estación con el desasosiego que me producía la idea de volver a encontrármelo, pero con la seguridad que me daba ahora la cercanía de un gendarme al andén. No pude evitar volver a entrar en los urinarios, con el temor que puede imaginar, pero obligado por mis necesidades fisiológicas. Cuando partió el tren suspiré con la satisfacción del que ha pasado un duro trago y me puse a leer el *Bern Express*. Fui indiferente a que apenas un minuto más tarde alguien que llegaba con el sofoco de la prisa se sentara a mi lado, pero cuando por casualidad miré hacia mi vecino con toda discreción lo reconocí a él. Decidí ser valiente y, retirando mi embozo, tengo la garganta muy delicada y suelo ir tapado en días de frío, le pregunté: «¿Qué quiere usted de mí?». «Atención —dijo—, quiero atención, compañía», y mientras me contestaba y el tren apenas salía de Berna no dejaba de mirar por los cristales, como si hubiera esperado a alguien que nunca llegó o temiera que alguien lo estuviera viendo desde fuera. «Yo soy un pobre anciano», dije lastimero, mientras trataba de localizar su habla, me hablaba en *berndeutsch* pero con acento extranjero. «Por eso mismo —dijo él—, porque es un anciano habrá huido muchas veces». «¿Huir yo?», le repliqué. Dígame si no le parece que era una propuesta y que la propuesta se las traía. No necesariamente, responde el que suscribe, pero el anciano, que ya había reconocido que su vecino podía ser español por el acento, y al fin contestaba a algo que se le había solicitado con antelación, declara ahora que éste le puso la mano en la rodilla y que cuando le puso la mano en la rodilla su cuerpo se contrajo por asco y por miedo a la vez.

—Los españoles tocan mucho, ¿verdad?

Parece que el comisario quiera aplicar la indulgencia de una supuesta costumbre hispánica a lo que el viejo daba por presunta concupiscencia. Pero también es posible que la pregunta contenga picardía, una picardía insólita en el empleado público.

—Conozco a pocos españoles y los conozco poco —responde Erica.

—Basta con conocer a uno, señora.

—Depende, supongo que los habrá más educados y menos educados.

—Diga a favor de su empleado que en este caso estaba entre los menos educados.

—Si se trata de él no tengo ningún inconveniente en darle a usted esa satisfacción.

—Compruebo que lo considera así —dice el comisario y vuelve al texto, un poco perdido, buscando la línea en la que ha de proseguir su lectura—. Oiga esto:

Me preguntó si yo le encontraba cara de asesino, y quién que se haya sentido asediado por un hombre que acaba preguntándole eso no teme que, pase lo que pase, imagínese lo peor, lo que le he venido insinuando, no acabe por asesinarlo a uno después. ¿Después de qué?, pregunta el que suscribe, y él repite, solamente, «de eso». El que suscribe le pregunta si se había sentido amenazado con la pregunta y el declarante responde que lo que quiere decir y no se le deja decir es que sí se sintió amenazado. El que suscribe le pide

disculpas y le hace otra pregunta y ésta es qué le respondió él y contesta el declarante que le dijo que a un asesino se le conoce por los ojos y que cuando le dijo eso le brillaron más los ojos.

—¿Se puede denunciar a un hombre porque le brillen los ojos? —comenta con sorna el comisario.

—Naturalmente —responde ella en el mismo plan, mientras agita la cucharilla en una infusión de té que le han servido.

A todas estas yo ya le había respondido en español y él volvió a poner su mano en mi rodilla, esta vez un poco más arriba, quizá con el disimulo de la congratulación o celebrando la sorpresa de que le hablara en su idioma, sin dejar de mirar hacia todos los lados, como si alguien lo estuviera persiguiendo, y me contestó en español que no podía imaginarse que también hablara lenguas muertas.

Charles solía decir eso y Erica no puede evitar sonreír al oír la declaración. Si el comisario levantara la cabeza del informe en este momento detectaría en la sonrisa de Erica el inequívoco signo del reconocimiento, aunque su sonrisa sea triste, apagada y confusa, aunque a la incredulidad inicial sustituya ahora un mayor interés por el disparate.

Después, levantando su mano de mi muslo, le perturba decirlo así, pero así es, declara, se abrió la cremallera de su anorak y sacó de su bolsillo interior una carta que trató de mostrarme, y rehuí; nunca me ha gustado acceder a la correspondencia ajena. Él me rogó que la leyera y lo primero que vi en el sobre fue su nombre, si es que de verdad la carta era para él y, después, la dirección de una librería de Berna que suelo frecuentar y cuyo nombre sí recuerdo: Antiquariat. Entendí entonces por qué pudo resultarme familiar su rostro, seguramente de verlo en esa rara librería. Pregunta el que suscribe por qué rara y el declarante responde: No sé, por la gente que va allí, digamos que heterodoxa, afirma. ¿Podría precisar qué tipo de gente?, se le pregunta. Bueno, la dueña no parece una mujer convencional, es impertinente en el trato, está segura de poseer un tesoro que parece no querer vender, aunque esté allí para eso. ¿Y los clientes? Bueno, declara, yo mismo soy un cliente y soy raro. ¿Alguna rareza más que declarar? Sí, va gente que parece más que clientes, amigos de la casa a los que se oye hablar en la trastienda. ¿Localizaría usted a su perseguidor entre ellos? No, no sé, no tiene una pinta especial de hombre culto. Intenta seguir hablando el declarante, pero el que suscribe le interrumpe para preguntarle si recuerda el nombre del individuo, y dice que sí, que recuerda que se llama Ángel Pérez, que ya se sabe que los españoles usan dos apellidos y que del segundo no se acuerda, pero como el primero es más conocido, sí, Ángel Pérez.

—¿Se trata o no de su verdadero nombre? —pregunta el comisario y Erica le atribuye una ambigua intención—. Querría preguntarle si ése es su verdadero nombre o un nombre usurpado.

Tarda en responder, pero lo hace; responde embelesada, como si saliera de su ensimismamiento. El comisario le vuelve a preguntar si era o no el verdadero nombre de su empleado.

—Sí, sí, señor.

—Entonces, qué, ¿estoy equivocado?

—No, no, señor —contesta intimidada.

Se trata de un huido de cualquier parte, tal vez de un manicomio, porque se empeñó en que le contestara si tenía o no aspecto de hombre que huye. Le respondí que sí y me preguntó por qué. Yo decidí volver a leer mi periódico sin querer contestarle, pero un hombre que se declara asesino bien podría estar huido de la cárcel, digo yo. Él insistió en si le parecía un asesino o no, un huido o no, y le dije que si lo era lo mejor

que podía hacer es presentarse a la policía y resolverlo, que qué clase de complicidad requería de mí o en qué lío quería meterme. Se le pregunta al denunciante por qué no requirió la presencia de los empleados del tren y argumenta que estaba azorado, que temía al escándalo y que por eso esperaba a llegar a Lausanne para deshacerse de él, bajándose en esta estación, aunque temía a la nieve y al frío y deseaba llegar a Ginebra cuanto antes. Pero él se empeñó en que no quería de mí otra cosa que una ayuda para reconocerse y le contesté que yo no era un espejo. «Todos los hombres —dijo— son un espejo del otro», y eso no sólo era una mentecatez, como usted sabe, sino una insinuación, ya usted me entiende. No, no lo entiendo, dice el que suscribe. Con lo cual el declarante vuelve a hablar de la carta, una carta que él se empeñaba en darle a leer y que decía que era de su mujer.

—¿Su empleado no es soltero? —pregunta el comisario.

—Le he dicho que sí.

El que suscribe pregunta al declarante, no sin impaciencia, si leyó o no la carta y éste responde explicando la resistencia que puso a tocar aquel papel, no fuera que al dejar sus huellas en él se viera implicado en algún turbio asunto. Pero él me dijo: «Vea, vea», añade el declarante, sacando la carta del sobre y mostrándomela de tal modo que no pude rehuir más su lectura. La carta decía «Mi esposo muerto» o algo así, en el encabezamiento, y yo lo miré como interrogándolo y me dijo que sí, que era un muerto. Ya sé que lo mismo creen ustedes que el que está loco soy yo, pero así fue. «No tengo por costumbre hablar con los muertos, no me trato con ellos», le dije. «¿Ni siquiera con los muertos más queridos?», me preguntó él. «Pues no, mire, dejan de ser queridos en cuanto se mueren».

¿La carta sólo decía eso?, le pregunta el que suscribe y él responde: La carta era corta y lo más que me llamó la atención fue eso, creo que lo maldecía por un engaño y poco más, era una carta sin importancia, si no es por lo de mi querido esposo muerto o lo que fuera apenas llamaba la atención, no pude entender la importancia que él le daba a aquella carta. ¿Leyó usted el remite? No sé, no me mostró el dorso del sobre, pero tampoco estaba encabezada con el lugar y la fecha. Eso sí, arriba del todo había puesto él mismo con unos trazos un poco torpes la palabra asesino. A la pregunta de por qué razón pensaba que había sido su perseguidor el que de propia mano pusiera la palabra asesino en la carta y a cuenta de qué, manifiesta que era evidente, que se advertía rápido que aquella letra nada tenía que ver con la de la mujer que escribía la carta y que estaba seguro de que fue él mismo, sabe Dios con qué fines, seguramente porque es un loco, el que escribió eso.

A Erica le parece imposible que Charles haya hecho tal cosa y en principio no le encuentra explicación, pero después, en el fondo de sí misma, aunque con resistencia, admite la posibilidad de que el sentimiento de culpa que lo acompaña lo haya llevado a signar él mismo la palabra sobre la carta de María.

Parece que el declarante haya terminado su exposición porque pone sus manos sobre la mesa, que durante todo su relatorio han permanecido en incontrolable movimiento, cruza los brazos y por primera vez se sume en silencio, con lo cual el que suscribe intenta dar por terminada su declaración y lo invita a marcharse. Cuando parece querer preguntar algo, pedir un resultado de su confesión, se le indica que ya se le avisará, pero es entonces cuando manifiesta tener miedo, miedo al loco. Hasta ese momento el declarante no había contado que el individuo lo había seguido hasta las inmediaciones de esta comisaría. Pero cuando el declarante se bajó en Lausanne también su perseguidor descendió en esta estación y siguió sus pasos. El que suscribe comenta que es posible que se bajara allí, sencillamente porque su destino fuera Lausanne. Pero niega esa posibilidad: había visto su billete y sabía que iba a Ginebra. Además se lo había dicho él mismo, le había dicho que irían juntos hasta Ginebra.

El comisario levanta la vista con alivio y cierra la carpeta con su energía natural sin dejar de mirar a Erica. Reclama la presencia del subalterno y le entrega el documento. Ahora se apoya en la mesa y encoge los hombros como si fuera a decir «esto es todo». Pero está esperando al parecer una pregunta de Erica y como Erica no

la hace sigue mirándola fijamente y por fin habla:

—¿No se pregunta en qué acabó todo esto?

—¿Ese disparate? —dice ella.

—Ese disparate —asiente él.

—Pues sí, pero me pregunto sobre todo si ustedes lo vieron o no; me interesa saber dónde se pierde su pista.

—Toda pista, en principio, es provisional, señora. —El comisario se acomoda en el sillón como si aquello fuera el principio de una conversación más larga—. La última pista que tenemos de...

—Ángel Pérez Navamuel —ayuda ella.

El comisario intenta repetir el nombre, pero le resulta dificultosa la pronunciación y renuncia a ello.

—La última vez que lo vimos fue en la estación ferroviaria de Lausanne, pero en seguida se pueden encontrar otra y otra pista. —Erica siente que el comisario se apiada un poco de ella por el modo en que vuelve a apoyarse en la mesa y vuelca esta vez su cuerpo sobre la tabla para acercarle una mirada suave y cálida—. No se preocupe, en Suiza no se pierde nada.

—Tampoco los muertos. —Aparece en ella la sombra de la desesperanza.

—¿Admite usted esa posibilidad?

—No sé. ¿Y usted?

—A decir verdad no he estudiado el caso, me coge un poco de nuevas, pero supongo que en un caso como éste, visto lo visto...

—Visto lo visto, ¿qué? —interrumpe ella.

—¿No ha oído usted el informe? —El comisario se yergue y recupera su prepotencia con algo de incomodidad—. Nos hemos encontrado ahí a dos personas con carencias mentales, señora; sin duda se trata de eso. —Se altera ostensiblemente el comisario—. Aunque es verdad que uno de ellos ha desaparecido y quizá usted, que conoce sus debilidades, considere la posibilidad de un suicidio.

—¿Quiere usted decirme que la policía ha de basar su investigación en la declaración de un loco?

—No será usted quien haya de imponerle a la policía su línea de investigación, pero quiero decirle que su empleado —vuelve el retintín al mencionarlo— no negó en términos generales esa declaración. Dijo que se encontraba perdido, queriendo huir de sí mismo, sin saber adónde ni por qué, y que la angustia lo llevó a buscar comunicarse con el anciano; aseguró que no buscaba nada más en él. Así, pues, llegamos a la conclusión de que no estábamos ante un problema policial, sino de psiquiatra.

—¿No tomaron ninguna precaución? Los locos son peligrosos, señor...

—No todos; como bien sabrá, quizá su empleado —no se ahorra nuevamente la molesta sonrisilla ni el retintín— no lo sea sino para sí mismo, para ustedes y para algún ciudadano al que llegue a molestar indebidamente como en esta ocasión. En

Suiza hay muchos como él, si los trasladáramos a todos a un psiquiátrico es muy posible que no contáramos con espacio suficiente y la incomodidad de los locos aumentaría notablemente sus obsesiones.

—La que parece volverse loca soy yo.

—Usted verá si merece la pena. —Se esponja en su sillón el comisario—. Propiamente, no es ni siquiera su empleado, es un empleado de la empresa de su padre.

Sufre la reiterada ironía del comisario como una humillación, pero ahora sólo le preocupa saber qué ha pasado después de Lausanne. Todas las pistas acaban para ella en esta estación, después de que el comisario se aviniera a describirle con detalle cómo lo hallaron sentado aquí, sin que supiera responderle si trataba de seguir hasta Ginebra o volverse a Berna, confesando una frustrada huida a ninguna parte, presto a dejarse detener como el que se siente culpable, pero respondiendo con serenidad para defenderse de las acusaciones del viejo con toda lucidez.

Reclama de nuevo otro informe y lee:

Le fue requerida la carta a Ángel Pérez Navamuel, y no es que se negara a entregarla, argumentó que se trataba de una carta íntima, la de una amante; los amantes, ya saben, dijo, que se acusan de delitos que sólo lo son en el ámbito de sus relaciones. ¿Su amante o su mujer?, le pregunté. Y respondió: Una amante puede llamar a uno esposo sin serlo y, es más, difunto esposo, tan sólo por el hecho de que uno haya muerto para ella. ¿Fue usted el que escribió en la parte superior de la carta la palabra asesino?, se le preguntó. Sí, fui yo, contestó él, porque uno también puede sentir el peso de un asesinato en su conciencia sin haber matado físicamente a nadie. Pero, añadió, pudo haber sido ella, pudo haberse sentido asesinada y tal vez tenga razones para ello; en cualquier caso la justicia no va a encontrar ese cadáver, nunca encuentra los cadáveres que llevamos encima.

Los agentes lo vieron caminar hacia la estación, lo siguieron cautelaramente y comprobaron que llegaba hasta allí. Más tarde inspeccionaron la estación y no había nadie.

Al fin, termina sabiéndose por la propia Erica que la policía suiza ha comunicado a la central lechera de su padre que su empleado Ángel Pérez Navamuel hizo viaje aéreo en un vuelo Ginebra-París al día siguiente de su presentación en la gendarmería de Lausanne. Y que pesa sobre él la acusación de falsificación de documento público con unos cuantos agravantes.

Para Jean Steiner una escapada de estas características le priva de cualquier interés por Ángel, cuyo único delito al parecer consiste en un mero cambio de nombre con evidente mal gusto en el cambio.

Para la señora Aldes, admitido lo dicho por Steiner, le parece, no obstante, que la comunicación policial no supone otra cosa que la confirmación de que su héroe ha abandonado Suiza y que, en consecuencia, lo único descartable es una huida hacia los prados y las aldeas.

Para Erica, incapaz de entender a Aldes y a Steiner, muy divertidos en cambio para Angélica, la tranquilidad que le trae la comunicación policial es que no se busca a cómplice alguno que colaborara con él en su delito.

Tranquilidad que le merma Aldes a Erica al recordar la estrecha relación de la policía suiza con la de Franco: o lo tiene a estas horas capturado para disponerse a juzgarlo, y no precisamente por procedimientos muy amables, o para devolverle a Suiza para que le den su merecido, con lo cual es posible que no se vea ella libre de que entre la justicia de los dos países se acuerde también hacer pasar a Erica unos años entre rejas.

Tal debe de ser la turbación de Erica, además de su habitual torpeza, que, ante el impacto de lo que más que información le parece un deseo perverso, no es capaz de contestar a Aldes.

Quien sí lo hace por su cuenta es Angélica, sin que nadie se lo pida, con un sutil recordatorio a Aldes de la intimidad de ella con Ángel, la frecuente presencia del huido en Antiquariat, más que en su propia casa, y de todo lo cual puede ser testigo, dice con amenazante ironía, media Berna.

—Media Berna —protesta Aldes con cinismo—; Berna entera.

No parece que ninguno de ellos mantenga finalmente la intención de seguir la pista de Charles, si acaso quedan a la espera de cualquier acontecimiento.

Karl está muy contento al regreso de su madre a casa.

—Estabas enamorada de papá —le dice— y por eso lo querías en esta jaula.

—Lo quería en esta jaula, mequetrefe, porque esta jaula es la tuya y tú necesitas a un padre.

—Lo encontraré volando.

—¿Qué dices, Karl?

Ha soñado con su padre, le dice.

—¿Y dónde lo viste? —le pregunta Erica, como quien admite la esperanza de que el sueño dé una pista.

—Volando sobre una isla.

—Si volaba no habrías podido hablar con él.

—Hablar, no, pero pude escuchar lo que me decía. Me invitaba a volar con él.

—O sea, que llevas el mismo camino de tu padre, hijo.

—¿Dónde crees que puede estar papá?

—Seguro que tú lo sabes mejor que yo, Karl, seguro que se despidió de ti, estoy segura de que te confió su secreto.

—Sólo me dijo: «Un día de estos emprendo el vuelo».

A Karl le preocupó únicamente que su padre tuviera fuertes las alas.

—Habrás volado a los infiernos —dice ella.

—¿A España?

—¿Desde cuándo el infierno está en otra parte, Karl?

—El infierno no existe.

—Existen el cielo y el infierno.

—¿Y el cielo está aquí?

—Para tu padre en ninguna parte.

—Pues tampoco intentes buscarlo en el infierno, mamá.

Karl no siguió hablando, pensó que sería peor confesarle a la madre que deseaba ir a España para conocer a María, la mujer a la que su padre había enseñado a leer y a escribir, y que era la más hermosa de todas las mujeres.

Su padre no le había hablado de su amor por María, cómo le iba a hablar de eso a un niño, pero al recordar con el tiempo el modo en que le habló de ella, Karl está seguro de que le había hablado de una mujer de la que estaba verdaderamente

enamorado.

Y también quiere ir a España para conocer en ese misterioso país a su hermano Carlitos, que se llamaba de niño igual que él, como lo llamaba su padre en el parque cuando jugaban a volar. Y que era muy parecido a él, casi igual, como de su misma sangre.

—¿Cómo es España? —le pregunta Karl a su madre cuando advierte que su padre no volverá y decide no preguntarle a Erica por él.

—Un país violento y ruidoso —le explica la madre—, un país en guerra de unos contra otros.

—Pero ya hace tiempo que acabó la guerra —le dice Karl.

—Allí siempre hay guerra, en España nunca acaba la guerra —contesta Erica.

—¿Pueden matar a papá en esa guerra?

—Ya hace tiempo que lo mataron.

Erica ignora que Charles fuera capaz de hablarle a Karl de su hermano de España, y Karl sabía que sin que su padre se lo hubiera advertido aquellas historias no se le podían contar a su madre, que su padre se las contaba sólo a él, como una necesidad de franquearse con su hijo, pero sin acabar de contárselas; se las contaba a medias, apenas un apunte.

Y sabía también que al hablar de Carlitos, el hijo de María —«igual que tú, muy parecido a ti, yo me parezco a ti; pues eso; también parecido a mí...»—, le estaba hablando de su hermano Carlos.

—¿Cómo es España? —le había preguntado el niño a su padre.

Y el padre le respondió que España era una isla, rodeada de mar como todas las islas.

Durante mucho tiempo Karl creyó que España era una isla, una isla de la que no se puede salir.

—Si vuelas, sí —le dijo a su padre.

—Si no, te ahogas —le respondió Charles.

—¿Y si te ahogas?

—Si te ahogas, mueres.

—¿Y si mueres?

—Si mueres, resucitas.

—¿Y eso es lo que te pasó a ti?

—No, yo aún sigo muerto.

Karl se echó a llorar y sólo entonces su padre se dio cuenta de que aquélla no era manera de hablar a un niño, que el niño sintió miedo.

Pero Karl se había jurado en silencio encontrar al pájaro *Peter* de su infancia.

IV

LA ISLA DE IDA Y VUELTA

Me he pasado la vida creyendo que me fui de la isla. Pobre de mí. La isla va conmigo a todas partes.

SAMUEL BECKETT

—Mira a la sierra, esa luz es irrepetible —le dijo un día Charles a su hijo Karl sin que el pequeño supiera, allá, en Suiza, de qué sierra ni de qué atardecer le hablaba.

Ahora junto a Carlos, su hermano español, mira a la sierra de Madrid bajo la luz de la tarde que siempre buscaba su padre.

Se miran fijamente y el largo silencio en el que se sumen los dos lo rompe Carlos al solicitar a Karl esta vez que ahora sea él el que le hable de su padre.

—Jugaba a volar y parecía que volaba —le dice.

—¿Cómo es posible que pareciera alzarse del suelo un hombre tan recio, tan voluminoso? —desconfía Carlos.

—Jugaba a volar, te lo juro. Y volaba.

Ríen.

Karl era Carlitos. Así lo llamaba su padre cuando se ocultaba en la fronda del parque, anunciándole que iba a volar como el pájaro *Peter* y no volvería a verlo. Desaparecía y el niño se adentraba en su búsqueda hasta que lo encontraba tumbado al pie de un abedul y le contaba que le habían roto las alas, pero que un día, cuando tuviera alas poderosas, se alzaría en el aire y, como a *Peter*, no volvería a verlo.

Karl tiene por un privilegio la vida secreta que vivió con su padre. Primero, los juegos, los juegos al escondite, el niño que se oculta, el padre que lo busca. El pequeño Karl desaparecía y oía la palabra huida en español.

Ha volado Karl; Karl al fin regresaba para alegría de su padre.

Se lo cuenta con ingenuidad a Carlos, un hermano sin padre que entonces tenía a su padre por muerto.

—¿Jugaba a huir, jugaba a desaparecer?

Carlos pregunta, pero no siente desconsuelo por la falta de juegos semejantes.

Karl le contó una vez el juego a su madre y Erica recriminó al padre por la crueldad de ese juego. «No hay derecho —dijo— a inquietar a un niño de ese modo».

Pero el niño no veía más que juego en el juego y soñaba con el vuelo de su padre al modo en que volaba el pájaro *Peter*.

—¿Volarás por la noche? —le preguntaba al padre.

—Por la noche, no; por la noche los pájaros permanecen en el nido.

—¿Y yo podré volar contigo?

—Volarás también, pero las crías vuelan por su cuenta.

—Volaré también —le dijo Karl a su madre, pero se lo dijo en español, sin darse cuenta de que estaba hablando en español, rompiendo el pacto secreto sobre la lengua secreta que se había impuesto a sí mismo.

Porque por más que Erica acordara con Charles que no hablara español con su hijo, Charles le hablaba a veces inopinadamente al niño en español y el niño se sentía atraído por la lengua del padre.

Cuando Erica lo oyó hablándole en español a su hijo se apoderó de ella el temor de que el muchacho habitara ya el pasado de su padre, el infierno de España al que Erica temía.

Y en ese infierno, ahora ya un hermano frente al otro, se encuentran cara a cara en Madrid. Diez años después de la desaparición de su padre, ellos dos en casa de la común abuela Enriqueta, ya fallecida, pensando Carlos en lo que la abuela Enriqueta hubiera dicho de Karl, su nieto suizo —«Qué despropósito, un nieto suizo»—, y ríe ahora el nieto español con su hermano de Berna.

Le cuenta el suizo a su hermano que jugaban en español, una lengua secreta y misteriosa para el pequeño Karl, gustoso de que el padre le llamara en secreto Carlitos.

—Sí, también me han dicho que hablaba de sí mismo como si fuera un muerto —le dice Carlos a su hermano Karl.

—También se hacía el muerto, sí. «Estoy muerto», decía. Y dejaba de respirar, parecía un muerto auténtico.

—¿Palidecía?

—Creo que sí, que palidecía, pero a lo mejor son cosas mías, yo lo veía pálido.

—¿Llorabas?

—Sí, lloraba. Y cuando lloraba yo, resucitaba él. Y cuando resucitaba me explicaba cómo era el más allá, lo que había visto. Le pregunté una vez si había visto a Dios y me dijo que no, que me desengañara, que Dios no estaba allí y que si estaba no era visible, que la muerte era una sensación de placidez.

—¿Se lo contaste a tu madre?

—Incurrí en ese error; esa vez también alteré el secreto. Y fue entonces cuando mi madre intentó separarme de papá. No sé si por la muerte, por Dios, por el español, esa lengua maldita para ella, o porque, como dijo, lo decía siempre, esas no son cosas para contarle a los niños. Tampoco eran cosas para contarles a los niños que mi madre me dijera que papá no la quería, que estaba enamorado de una muerta. Ni que a mi pregunta de por qué si no la quería vivían juntos me respondiera que por un engaño. Y menos que me dijera que yo era fruto de ese engaño. Aunque no es que me lo dijera a mí. Lloraba con rabieta y lo decía en voz alta, como si yo no la oyera.

Aquel miedo del juego a la muerte unió mucho al pequeño Karl con su padre, aunque aquel miedo, precisamente aquel miedo, acabara por hacer de él un niño raro, y un joven raro, el joven que quiso aprender español secretamente, contra el deseo de su madre, para ir algún día a ese país misterioso del que su madre no quería ni oír

hablar.

Karl también ve en su hermano Carlos su verdadero retrato de futuro, cinco años mayor que él, un hombre maduro que le describe a Karl con buena memoria su propia casa de Berna, la calle en la que vive, los comercios de alrededor, el foso de los osos, el paso del río cercano. Lo hace como quien hubiera estado allí porque allí estuvo, en silencio, interrogando al padre sin obtener respuesta.

Carlos sí quiso encontrar a su padre en Berna, después de que durante muchos años le dijeran que estaba en el cielo.

—A mí, en cambio, me aseguran —dice Karl, lo dice apesadumbrado— que se ha escapado a los infiernos.

Pero Karl sí sabe que Carlos vio a su padre en Berna, que aumentó en él el agobio de la persecución, la necesidad de la huida.

Lo sabe precisamente porque el padre le fue contando al hijo, mientras crecía, por qué habría de volar un día.

Y parece que Carlos se mire ahora en un espejo de veinte años antes, cuando aún no se había encontrado con su padre en Suiza, y en lugar de verse a sí mismo en Berna, donde estuvo, ve ahora a Karl y busca un parecido de los dos a su padre que él jamás había podido confirmar en su caso; un parecido que no acaba de ver.

Pero también Karl vio a Carlos en Berna, presintió que lo observaba, lo perseguía. Tuvo miedo. Quienes no lo sabían eran Erica, ni la señora Aldes, ni los otros amigos de su padre; excepto uno, Antonio, el conserje del Bristol.

—Antes de aquel encuentro, de mi padre no hablamos nunca mi madre y yo —confiesa Carlos—. No conocía a ningún niño de mi edad huérfano de padre, con lo que me sentí inclinado a admitir que el mío era un caso especial. Llegado el día de difuntos me asustaba ver toda una galería de fotos con los muertos de la familia, en medio de la cual se encendían unas lámparas de aceite que daban un tétrico alumbrado a la casa, incluso en la madrugada, y entre esas fotos no estaba la de mi padre. De estar muerto me lo hubieran dicho; sobre todo porque se trataría en ese caso de un muerto joven, de una muerte excepcional que no escaparía al comentario. Mi abuelo madrileño, o quien podía yo haber creído que era mi abuelo, cayó de la azotea a la calle por propia voluntad, acaso ebrio, y aunque nadie me había contado expresamente ese suceso ni yo recordara haber oído a alguien recordarlo, supe de él. Con el tiempo, les pregunté a mis primos, o a quienes yo creía que eran mis primos, si sabían de eso y si era ciertamente así; por la respuesta de ellos me confirmé que no se trataba de un sueño ni de otra de mis invenciones. Es más: añadieron detalles tales como que su propia hija había recogido de la calle algunos de los dientes del suicida. La muerte deja siempre un rastro de dolor en una familia que no parecía detectarse en la mía. Tan poco interés sentía yo por mi padre que, a pesar de no haber conocido nunca una foto suya, ni me molesté en ponerle una cara imaginada. Nunca pensé en si había sido apuesto o no, alto o bajo, y mucho menos si yo tenía algún parecido con él. De haberme hecho esta última pregunta, podría

haberla resuelto fácilmente en el espejo: era el vivo retrato de mi madre y mi estatura muy similar a la suya, con lo que descartaba cualquier parecido con el abuelo. Tanto es así que después de haber llevado bigote durante mucho tiempo el día que decidí afeitármelo quedé sorprendido al ver en el espejo no mi propio rostro, sino el rostro exacto de mi madre. Tampoco me preocupaba saber si mi padre tuvo o no un carácter parecido al mío, entre otras cosas porque yo cambiaba mucho de carácter. Se diría, no obstante, que esta declaración de falta de interés revelaba algún interés por él, pero tampoco. Lo mismo lo di por muerto durante algún tiempo que me resultó más cómodo inventarme después que se había ido a Francia, donde trabajaban entonces los padres emigrantes de otros niños, sin que nadie hubiera intentado venirme con ese cuento. No me consta haber preguntado nunca en casa por mi padre. Si conté a mis amiguillos que había muerto no fue porque hubiera sido engañado. Decidí muy pronto en esta vida suplantar la realidad que me gustaba poco con una vida soñada, pero en el caso de la falta de mi padre ni siquiera intenté imaginar qué sería de él, dónde podría hallarse o inventar desde la añoranza a un señor con el que hablara a solas. Pero estas invenciones de mi padre, muerto o emigrante, no eran una necesidad mía, porque su ausencia me originara preocupación o complejo, no; mentía para complacer la curiosidad exigente de los demás y de paso resolvía con la imaginación una ausencia que me traía sin cuidado. Mucho más sin cuidado me tuvo más tarde, cuando descubrí los efectos de los padres autoritarios que tenían mis amigos sobre ellos y celebré verme libre de esos miedos. En todo caso, no creo que fuera envidiado por mis amigos por la tranquilidad de carecer de un papá que sacara la correa para fustigarte las carnes y entrara por casa exigiendo las zapatillas, como pasaba en aquellos tiempos de padres duros; más bien creo que no era corriente que a un niño tan pequeño se le muriera un padre o que tu padre se fuera a Francia y dejara a tu madre en casa con su retoño, sin siquiera recibir cartas de él. No era envidiado, pero tampoco compadecido; los niños desconocen la compasión o son más proclives a envidiar que a compadecer. Lo cierto es que a mí me tenía sin cuidado quién fuera mi padre o dónde estuviera, y si me recordaba gateando con él en el patio de casa, entre los helechos, sobre una manta que nos salvaba de la frialdad del suelo, como he contado muchas veces, no era porque el recuerdo fuera consecuencia de una realidad, sino porque alguna vez me viera obligado a inventarme semejante estampa para añadir algún dato más a la explicación sobre el padre muerto o ausente. He tendido siempre a una cierta fidelidad a mis invenciones y como tal vez les ocurra a muchos mentirosos no me ha sido difícil recordar lo que no pasó como efectivamente sucedido. De hecho, ni siquiera podría ponerle un rostro al hombre con el que gateaba en el falso recuerdo. Hasta que llegó la hora en que decidí encontrarlo y fue entonces cuando viajé a Berna para confirmar que existía; encontré a un hombre mudo.

Después del alegato de Carlos, los dos se sumen en un largo silencio. Lo rompe Karl más tarde:

—Claro que te vi en Berna.

—Vaya que si nos vimos —confirma Carlos—. Tu padre no me habló. Ni siquiera me dijo adiós cuando me marché. Y hasta fui yo mismo el que cerró la puerta al irme. Me fui de allí con la impresión de que había hablado con su estatua. Cuando llegué y lo saludé parecía un hombre vigoroso. Pero cuando le dije quién era yo fue incapaz de emocionarse, de abrazarme, de tener un gesto de cariño, o de descreimiento, o de rechazo. Se desmoronó; se convirtió en una estatua a la que yo hablaba, como si desde ese momento se hubiera instalado en otro mundo.

—Sí, quizá fue entonces cuando cambió. O al menos cuando mamá empezó a percibir que de verdad empezaba a marcharse.

—Tuve la impresión de que no me escuchaba —sigue Carlos— y con el tiempo he llegado a estar seguro de que no pudo escucharme, como si de verdad hubiera muerto al saber que tenía delante a su hijo del pasado y le fallara el conocimiento.

—¿Le dijiste que tu madre había muerto ya?

—Tal vez hablé de ella como si estuviera muerta, acaso no fui del todo preciso, pero lo más seguro es que, dijera lo que dijera, no me escuchara.

—Él hablaba de ella como si estuviera viva. —Se percibe en Karl el desconcierto.

No entiende cómo el padre pudo seguir actuando como si María estuviera viva de haber sabido que estaba muerta.

—Una muerta viva o una viva muerta, da igual. Le servía para vivir por dentro, en una nebulosa, sin más compromiso. Papá y yo hablamos mucho de esto, Carlos. Y de las cartas.

—Yo también le hablé a él de cartas. De las que Jacqueline, una amiga de mamá, le entregaba a mi madre, unas cartas llenas de cariño por un lado y de rabia u odio por otro, unas cartas sin perdón y a la vez comprensivas, tal vez unas cartas inventadas; las cartas remitidas por un firmante falso, un tal Karl Fluir, Laggass-Strasse 49, Bern. ¿Sigues siendo tu casa?

—Sí, la casa de mi madre. Pero yo no me refería a esas cartas de las que me hablas, Carlos.

—Posiblemente unas cartas falsas, insisto.

—Ya... Pero yo me refería a las cartas más recientes, aquellas en las que alguien lo llamaba asesino. Él no fue un asesino, ¿verdad que no mató a nadie?

—No, no mató a nadie. Se enfrentó a un cacique.

—¿Un cacique?

—Sí, un cacique.

Karl masculla la palabra cacique, pide a su hermano que le explique qué es un cacique. Pero Carlos cree que para que Karl lo entienda tendría que explicarle cómo era la Villa. Cómo era aquella parte diezmada de la isla, de qué modo el poderoso hacía suyas a las mujeres, a las hijas de los pobres, «Hay que ver esta María cómo crece, Anita».

—Anita era mi abuela materna —se explica Carlos—. Anita decía sí señor y sabía ya lo que el señor estaba pidiendo, follarse a su hija. Pero también le hablé a tu padre

de la carta que le escribí a esa misma dirección cuando descubrí que no había muerto, una carta que me fue devuelta con esta indicación: *Unbekannt*. Desconocido. O algo así, ¿no?

—Sí, desconocido —confirma Karl—, ¿qué otra cosa podía ser él? Siempre fue un desconocido.

—¿Para sí mismo también?

—También para sí mismo. O sobre todo para sí mismo.

—Tengo que ir a la isla —suspira Karl.

—También yo; iré contigo. Pero cuidado con esa isla; a esa isla se va y no se regresa nunca.

Se lo había advertido a Carlos su abuela Enriqueta, la madrileña que odiaba la isla. Y Carlos se lo repite ahora a Karl cuando están a punto de emprender juntos su viaje a Tenerife.

Pero ya Karl era un hombre cuando el padre le dejó en sus cajones al marcharse los cuadernos en los que había recogido una buena parte de sus encuentros en Antiquariat y escrito en ellos lo que le sucedió en la isla.

Karl tiene ahora en sus manos esos cuadernos y le ofrece a Carlos la lectura de lo que su padre cuenta en ellos.

Mi amigo el comandante de la Guardia Civil, el comandante Pitón, me preguntó aquella mañana qué hace usted aquí, a qué ha vuelto a la isla.

—A unas diligencias —dije.

Había vuelto porque sí, porque nadie podía prohibirme que volviera, porque de pronto había sentido en la piel la necesidad de aquel calor de la isla.

Steiner, que es un hombre sensible, tiene que entender que a veces vuelva a llamarte un paisaje, la sombra de un laurel de Indias bajo el cual ha pensado uno en su fatalidad tantas veces en las tardes de aburrimiento de la isla.

—Los escenarios del amor —comentaría Steiner con sorna.

También eso. Sin embargo, ella sí que no quiso volver, María tenía miedo de volver. Por eso volví solo.

Pero al comandante de la Guardia Civil no le sirvió la explicación de mis diligencias, qué diligencias, usted ha venido a matarlo.

Yo no dije que no, nunca le había dicho que no al comandante; el comandante se empeñaba con odio hacia el cacique, con el odio profundo que por él sentía, en que don Carlos por una mujer sí sería capaz de matar, y aunque el cura dijera que don Carlos no mata ni a una mosca, el comandante se empeñaba en que por una mujer sí, por una mujer don Carlos sí pone los cojones en la mesa y descerraja dos tiros.

—¿Y por qué dos? —preguntó el cura con sorna.

Porque uno no basta, advertía el comandante; ese cabrón no muere a la primera.

También los padres de María me preguntaron a qué había vuelto.

—A usted lo apreciamos mucho —dijo la vieja—, pero mejor es que no haya líos, nosotros vivimos aquí y ustedes en Madrid, muy lejos; mejor es que se olvide todo.

—A qué ha vuelto usted, qué necesidad tenía. —La vieja se repetía eso mientras cortaba higos chumbos, higos picos dicen allí, sentada al borde de una atarjea de agua que venía del estanque, con un pañuelo atado a la cabeza que la protegía del sol, debajo de una cruz de palo.

Y el viejo, el abuelo, no; el viejo no hablaba, renovaba el tabaco de la cachimba y me miraba como el que está a punto de preguntarme algo definitivo y no lo hará nunca.

Sólo me preguntó cuándo pensaba marcharme, pero en la isla cuando llegas todo el mundo te pregunta lo mismo: cuándo te vas.

—Puro costumbrismo —diría Steiner, distanciándose de un relato que le parecería algo tremendista.

Aldes me hubiera pedido que no hiciera caso a Steiner, todo para Steiner es literatura.

—Menos los chicos —se defendería Steiner.

—También los chicos.

Terminé por no saber a qué había ido a Antiquariat aquella tarde, si lo que le estaba diciendo a Steiner era verdad, que volví a la isla porque me llamaba el paisaje, o si volví allí por orgullo, por venganza, porque a mí nadie me echa de ningún sitio. Pero volví por lo que volví, por dignidad.

Quería que me viera don Alfonso, cara a cara. De hombre a hombre. «Usted por usted lo mataría», dijo el comandante, deseando que lo hiciera, y yo no negué que tuviera la tentación de hacerlo.

—Haga lo que haga, aquí tiene un amigo —me dijo el comandante, y sacó una botella de vino de la gaveta y me animó a brindar por algo; no porque hubiera llegado, allí nadie te daba la bienvenida, más bien me rehuyeron la mirada por la calle, disimulaban haberme visto.

Steiner, incapaz de tomarse nada en serio, repetiría qué emoción, qué emoción, con una fragilidad que a mí me quitaría las ganas de contarlo.

—Tendría usted complejo de delincuente —frivolizaría Steiner.

Y sí, tenía esa rara sensación de haber delinquido.

—Siga —me pediría Steiner—, siga...

Y yo me contendría y me metería para mis adentros y me preguntaría esta vez si me casé con María para vengarme de don Alfonso.

Pero oí al comandante mordiendo las palabras que le dictaba el odio, «Ese cabrón no perdona que le quites una mujer de en medio».

Steiner no sabía en qué estaba pensando yo, pero dijo que, por lo que intuía, mi historia le parecía imprecisa y sudorosa, machista y subdesarrollada.

Lo comprendí y por eso mismo callé, por no arrojarle a la cara un improperio.

Fue Aldes la que me preguntó para qué me ahogué falsamente, como si se hubiera tratado de una programada decisión mía, el cumplimiento de un gusto por desaparecer, un modo de complacer al comandante.

A Steiner le irrumpió de pronto el lado infantil por un resquicio de su ironía y añadió:

—Eso, eso, ¿para qué se ahogó?

Contesté que simulé el ahogo para huir y de pronto me di cuenta de que no tenía por qué decir la verdad ni era eso lo que le interesaba a Steiner, así que respondí burlonamente que me ahogué para tratar de encontrar a una sirena y me di cuenta al pronto de la poca gracia de la respuesta, incluso antes de que Steiner me dijera que prefería el costumbrismo a la cursilería y siguiera perturbándome con sus risas.

De no ser por la insistencia de Aldes en querer saber por qué elegí una manera tan

dramática de huir no hubiera recordado de nuevo cómo se presentó el comandante aquella mañana en la casa de mis suegros, cuando ya se sabía de la muerte de don Alfonso y estaba contento con ella, para invitarme a ir con él, para ayudarme a escapar como lo tenía perfectamente planificado; tenemos que hablar, me dijo; mi suegra inquieta; somos amigos, no se preocupen.

Nada más subí al *jeep* del comandante, éste me espetó:

—Por fin lo ha hecho, por fin lo ha matado; lo celebro.

No había nada que celebrar, yo no lo había matado, pero el comandante se empeñó en darme las gracias por haberlo logrado.

—Todo el mundo sabe que ha sido usted. Yo le prepararé la huida, no se preocupe.

Y me la preparó. Me la preparó con la complicidad de unos comunistas clandestinos, amigos suyos. Tenerife-Valencia-Valencia-París. Allí empecé a llamarme Ángel Pérez Navamuel.

De haberlo contado aquella tarde ya estoy oyendo lo que diría Steiner:

—Qué pronto hemos sabido que fue usted el asesino —me ridiculizaría—, supongo que Aldes, que es una ingenua, no lo ve venir.

—Por favor, Jean —suplicaría Aldes.

Y el viejo Steiner vería por vez primera en mi mirada crispada una radical consigna de silencio.

Pero ni aun así dejaría de hablar:

—Sobre la huida podían haberse escrito ya algunos tomos en la tertulia de Antiquariat —sostendría Steiner, afilando con su voz atiplada el estilete de la caricatura que tan bien se le da, dando forma con sus manos llenas de sortijas a los invisibles tomos—, porque no hay que descartar nunca —añadiría él, a medias entre el distanciamiento de su finura y la comprensión social del izquierdista que lleva dentro— que un inmigrante casi iletrado, por muy maestro que fuera, pueda incitar a una reflexión tan prolija y aprovechable.

No me ofende que Steiner, desde su vasta cultura, me tenga por iletrado. Vale la pena soportar su pedantería y hasta su frivolidad a cambio de algún atisbo esporádico de inteligencia.

—La necesidad de la huida —mantuvo Steiner— no supone siempre la existencia de una persecución. Le diré más, *monsieur* Pérez: las persecuciones le quitan grandeza a la huida. Suponga usted que una mujer lo persigue: huir de sus uñas es una cobardía.

—Bien, muy bien —dijo Carlos al terminar Karl su lectura de aquel texto inacabado—. Bien, muy bien, pero creo que a ese texto le faltan detalles. Don Alfonso era don Alfonso y había derecho de pernada. Por eso mi abuela Ana vio venir la desgracia cuando tu padre, el maestro, puso sus ojos en mi madre; mi madre era una posesión de don Alfonso. La desgracia que vio venir mi abuela sería seguramente que el maestro iba a terminar mal, muerto de pronto. Pero al cacique le había bastado antes con emplear sus influencias ante las autoridades de la dictadura para echar al maestro de la isla. Y lo echó. Porque él no se resignaba a perder a mi madre, más que por amor por orgullo, como quien pierde una propiedad, como quien no está dispuesto a que le roben y le humillen: quería que expulsaran al maestro, pero deseaba quedarse con la alumna.

—Y el maestro volvió a la isla —quiere confirmar Karl.

—Tu padre siempre volvió. Y al parecer con rabia. Y aquella vez con ánimo de venganza.

—¿Mató al monstruo?

—Un monstruo, sí —admite Carlos—, pero no mató al monstruo. Si hubiera matado al monstruo tal vez sería un héroe. Él sólo fue en su búsqueda y eso bastó para que el monstruo no resistiera su propia ira. Fue la ira del monstruo, dispuesto a acabar con tu padre, la que acabara consigo, con él mismo, con el propio monstruo al que le falló de pronto el corazón y cayó de un promontorio, rodando por un derriscadero.

—¿Por un derriscadero?

Karl pronuncia la palabra con dificultad, la rescata en el recuerdo de lo que su padre le contó con la dificultad con que rescataba muchas palabras españolas o canarias, pero con el mismo empeño.

—Menos que eso en realidad, cayó entre unos pedruscos —dice Carlos—. Tu padre fue siempre un cobarde.

Karl recibe esa afirmación como un insulto.

—Sí, fue un cobarde. Lo fue incluso cuando parecía que no, que se enfrentaba a algo, como cuando fue a buscar al hijoputa de don Alfonso por las cercanías del salón de empaquetados y al ver allí el *Diamond* de aquel cabrón, casi se le sale el corazón del cuerpo porque estaba lleno de miedo. Él no llevaba arma, el que llevaba una

escopeta era aquel sinvergüenza, pero se plantó en la carreterucha de tierra, donde no había paso para otro coche, como quien está dispuesto a que pasen por encima de su cadáver. Como si a aquel cabrón no le hubiera importado un huevo pasar por encima de él y de quien fuera, muerto o vivo, y tirar luego el cadáver a la cuneta.

—A mí sólo me contó —dice Karl— que hubo un forcejeo, un fuerte forcejeo; unas palabras gruesas, me dijo. Y después un zarandeo, y zarandeo fue que aquel hombre cayó, tropezando con las piedras, hasta el mismo barranco.

—Sí, también le contó eso al comandante, pero debía de tener en sus manos la escopeta del hijoputa, porque dice que no sabía qué hacer con ella y la llevó al camión para devolverla como un tonto. Tu padre lo vio caer e hizo suyo el cadáver. No le perdono el miedo.

—Yo sí perdono el miedo, es lo que más perdono, lo que más comprendo.

—El miedo lo llevó a hacer suyo el cadáver del otro, como quería el comandante —insiste Carlos—. Y además, despechado con mi madre, que lo había traicionado, prefirió escapar y abandonarla. Y nos dejó por eso.

—Y se ahogó por eso.

—Sí, innecesariamente, por cobarde; se dio por ahogado y huyó. Lo estimuló a ahogarse y a huir el propio guardia, él fue el que le preparó la huida y simuló el ahogo. Tu padre estaba loco.

—Loco, no; papá se sintió culpable.

—Él mismo se hizo culpable y abundó en esa locura. Ni siquiera la familia del muerto reclamó un culpable. Los forenses le hicieron la autopsia al cadáver del cacique y el informe decía que había muerto de una crisis cardiaca. Fue su amigo, el comandante de la Guardia Civil, que odiaba al cacique, el que le dio el mérito de haberlo matado, sin porqué; le hizo creer que lo había matado para su propia satisfacción y le organizó la huida. Quería creerse como fuera que su venganza estaba cumplida. Y a lo mejor tu padre, un cobarde, también quiso creerse lo mismo y atribuirse estúpidamente, por orgullo, el mérito de haber asesinado a su enemigo.

Fue entonces cuando, como su padre le contó a Karl en las conversaciones secretas con él, dejó una tarde la ropa en la arena, con una piedra encima para que no se la llevara el viento, y caminó en bañador hacia la playa de la Tejita y se encontró con *seña* Julia, que venía de Los Abrigos, y le preguntó que adónde iba él. Él no sabía adónde iba y así se lo dijo. Y ella le respondió que eso es lo que le pasaba a ella, que a veces caminaba y no sabía para dónde iba, pero que siempre llegaba a alguna parte. Tanto que a veces soñaba que empezaba a caminar mar adentro y llegaba de repente a la Península, la gente empezaba a reírse de ella porque no llevaba zapatos y entonces se despertaba. Su padre le confesó a Karl que tenía miedo y que aquella mujer, hablando así, le dio más miedo todavía. Pero eso le hizo pensar que él también llegaría a alguna parte.

—Sí, siempre para volver —le dice Carlos ahora al joven Karl— con su experiencia de buscador de una isla nunca hallada.

—Para volver de un cadáver ignorado —dice Karl.

—Sí. *Seña* Julia estaba loca. Mi abuela Ana decía que *seña* Julia estaba loca, pero mi abuelo Juan no era de la misma opinión, estaba convencido de que era la más cuerda de todos; fantasiosa, mentirosa, siempre contando cosas distintas y sin parar de andar ni saber adónde iba ni para qué andaba, pero la más cuerda. Veo que te habló tu padre de *seña* Julia...

—Sí, me dijo que fue la única testigo de su falsa muerte, la que le contó a la Guardia Civil que lo había visto lanzarse al agua y tirar para la montaña roja. Y que ella lo siguió con la mirada y vio cómo se hundía antes de llegar allí. Y que llamó para pedir auxilio, pero nadie la oyó. No había nadie. Ella gritó por gritar, porque era su obligación, debió de creer.

—Y aquella vez mintió. ¿Lo dudas?

—Bueno, papá hablaba como si él mismo se creyera lo que *seña* Julia contó, que había un viento del demonio aquella tarde y que la más endemoniada era la mar, y que si nadie entendía lo que había pasado fue porque nadie había visto la tarde que ella contaba, sino otra. Y papá le daba la razón, como si de verdad él se hubiera ahogado, aunque me lo estuviera contando como un resucitado.

—Tu padre sí que estaba loco, Karl. *Seña* Julia no, aunque creo que murió loca, aterrada con el sonido de los aviones, porque su covacha quedaba ya a unos metros de la pista del aeropuerto nuevo y no hubo quien la sacara de allí, como no hubo quien le pusiera unos zapatos, siempre anduvo descalza.

—¿También te lo contó a ti?

—No, se lo contaron a mi madre.

—Desde entonces papá huyó —concluye Karl—, huyó siempre. Y lo peor es que creía que llevaba su propio cadáver a costas.

—No —responde Carlos—. Siempre fue un huido, fue un cobarde, lo era ya antes; cuando llegó a la isla de maestro ya era un huido voluntario. Me lo dijo mi madre. Me dijo que él llegó a la isla como a un destierro, que estaba desesperado, que llegó allí huyendo de no se sabe qué y en seguida estaba dispuesto a huir nuevamente, se sentía encerrado en la isla. Y que se había encontrado con una tonta como ella, también desesperada, y se dedicó a embaucarla para que huyera con él. Siempre huyendo.

Karl mira a la playa, pero se vuelve ahora hacia su hermano que con la cabeza gacha parece estar en otra parte.

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre?

—Sí, ¿qué decía tu madre de papá?

—Mi madre estaba muda, el falso luto la había dejado muda —responde Carlos.

—Pero si sabía que papá no estaba muerto no sería el luto la razón de su silencio.

—No era por tu padre por quien sentía el luto.

—¿Cómo...?

—No sé cómo explicártelo, nunca se lo he dicho a nadie...

Siente necesidad de tocar a su posible hermano para seguir hablando.

—Quizá también yo sea como tú el fruto de un engaño. ¿No era eso lo que te decía tu madre? ¿A qué engaño se refería tu madre, Karl?

—A mí no me lo aclaró; la oí hablar de eso, de que papá era un hombre perdido cuando se encontraron en París y ella una verdadera tonta que no se había dado cuenta de que se enamoraba de un hombre sin rumbo, que buscaba una nueva identidad, casa, trabajo... No tenía nada. Mis abuelos le advirtieron que con ellos no contara; irse a París a estudiar para traerse un español a casa, dispuesto a vivir a sus expensas... Pero papá era todo un actor, y bueno, facultades para eso sí tenía; era un actor, decía ella, y simuló muy bien un perdido amor por mi madre. Ése es el engaño del que debí nacer. ¿Y tú?

—Tampoco a tu abuela madrileña le gustó nada que tu padre se enamorara de una campesina canaria como mi madre, una pobre mujer analfabeta, sin nada, casi sin nada que llevarse a la boca.

—Pero enamorada de papá, ¿no?

—Eso creyó él.

—Eso me dijo siempre.

—Mi madre no estaba enamorada de tu padre, Karl. Eso es lo que quería decir por primera vez en mi vida, eso es lo que quería confesarte. No estaba enamorada y lo sabía. Se casó con él para escapar, para huir del pueblo, del entorno hostil. Sabía que no estaba enamorada de tu padre y creía odiar al cacique que tan mala vida le dio y que la tenía sometida, subyugada, maltratada, encarcelada. No le bastó pues con que tu padre abandonara la isla con su mujer y su hijo, no se resignaba a la desposesión. Persiguió su dirección en Madrid, tomó contacto con ella, la amenazó al tiempo que le declaraba su amor. Y mi madre, que no había dejado de querer al cacique, que se debatía entre el amor y el miedo, entre el odio y el amor, mientras se cruzaban entre ellos las cartas secretas que él planificaba para el rescate de ella y ella se debatía entre el rechazo y el gusto por la dominación que la poseía como un reclamo. Yo, su hijo, la retenía en Madrid, era lo único que le impedía escapar; no se sentía capaz de fugarse conmigo. Pero tu padre no descubrió en principio los indicios de la traición en los sentimientos de mi madre ni vio mermados nunca sus arrumacos y caricias. Y no porque no detectara tal vez bajón en los ánimos de ella, que admirado estaba de su capacidad de simulación y sorprendido de su capacidad de engaño, sino porque su propio entusiasmo y enamoramiento de ella lo cegaban. Aunque no hasta el punto de que le fueran ajenos algunos movimientos incomprensibles en el orden de sus cosas ni que por esto mismo descubriera en uno de sus bolsos las secretas cartas de amenaza y amor de don Alfonso, las cartas dirigidas a ella por persona interpuesta para organizar su regreso a la isla. Su marido, tu padre, no le pidió, sin embargo, explicaciones a mi madre ni se propuso recriminarle su traición. Tampoco su desengaño acabó con el profundo amor que por ella sentía. Su determinación

inmediata fue volver a la isla con rabia y a la isla volvió. Ella se había casado con el maestro para acabar con aquella vida y cuando murió don Alfonso, la bestia, descubrió sin embargo que lo que creía odio era amor, que el hombre al que de verdad amaba era aquel miserable del que tu padre la defendió y con el que tanto trato carnal había tenido.

—¿Te lo contó ella?

Carlos le reitera que de quien siguió siempre enamorada su madre, a pesar de todo, fue del cabrón de don Alfonso, que más que lamentar la huida de su marido, lo que la dejó viuda del todo fue la muerte del cacique.

—¿Te lo contó ella? —insiste Karl.

Ella le llegó a contar a Carlos que su padre le había llenado la cabeza de pájaros, que lo que le gustaba de él, más que las clases, eran aquellas conversaciones que le permitían asomarse a la vida y tener la esperanza de huir de allí y rehacerla en otra parte. Pero María decía que no sabía bien lo que era enamorarse, que nunca había estado enamorada; que la gente no se casaba allí porque estuviera enamorada, sino por otras cosas, por rutina, por quitarse los padres de encima o la miseria, pero no porque estuvieran enamorados. Eso de enamorarse era cosa de ricos, no se podía entender entre gente tan primaria. Sometida al derecho de pernada.

—Estaba segura, Karl, de que tu padre se había aprovechado de lo desgraciada que ella se sentía, aunque a pesar de sentirse tan desgraciada siguiera sintiéndose atraída por el cabrón de don Alfonso. Eso no me lo dijo, pero se desprendía de lo que me contaba. Acusaba a tu padre de haberle hecho un lavado de cerebro, de modo que cada vez era más grande su odio por la isla y por la Villa y por toda aquella gente. Que tu padre llegó a dominarla tanto, me dijo, que aprendió a hablar como él y ya no parecía que hablara ella.

Karl siente pena de su padre, siempre pensó que María seguía amándole, incluso habiendo tenido noticia de su muerte, si la tuvo, que no cree que la tuviera, con esa tendencia a una terca negación de la realidad que lo poseía; piensa Karl que la imaginaba viva, esperándole.

—En cambio, tu madre sí estaba enamorada de él, ¿no? —le pregunta Carlos a Karl.

—No, lo estuvo, pero no parece que el amor fuera una necesidad para ellos. Mi madre era celosa y los celos son a veces una manera de quererse a uno mismo. Mi madre siempre se quiso mucho.

—Y tú te has resentido de ese exceso.

—He tenido siempre la sensación de haber sido una carga para ella, represento su fracaso.

—Sus silencios te habrán explicado muchas cosas, como los silencios de la mía.

—Sí, pero aquellos silencios no entraban en tantos detalles como los silencios de tu madre, Carlos.

—Los silencios se acompañan además de gestos...

—¿Por ejemplo?

—Una foto, una foto en una caja de mi madre —dice Carlos—, cerrada con una flor, una flor que se renovaba; el suspiro con el que se cerraba aquella caja. Abrí la caja después de muerta y pude escupir sobre la foto del cacique con uniforme militar. He llegado a dudar de ser tu hermano, es decir, he llegado a pensar que el cacique fuera mi verdadero padre. Y creo que así fue. Acaso por eso tu padre, y digo el tuyo y no el mío, no reconoció en mí a su hijo cuando me vio en Berna, tal vez por eso no haya ningún parecido entre nosotros dos, aunque nos empeñemos en lo contrario. No somos hermanos, Karl.

Carlos mira ahora a su supuesto hermano suizo y recuerda el día en que se empeñó en refutar a su madre cualquier parecido de sí mismo a su padre.

—El color de tus ojos no es azul como el de los míos —le dijo su madre—, sino un color miel, como los ojos de tu padre.

Y de ese color ha averiguado Carlos que eran también los ojos de don Alfonso. Aunque del mismo color sean los ojos de Karl, ahora que lo ve.

—Además —había añadido la madre—, no sé quién te ha dicho a ti, presumido, que tus ojos son más grandes que los de tu padre: tu padre tenía los ojos iguales a los tuyos, igualitos. Y, además, vas a ser tan alto como él y tienes un torso que parece una copia del de tu padre.

Y así era, y así es en el caso de Karl, comprueba ahora Carlos.

Se lo cuenta a Karl y bromea con él:

—Déjame verte el culo.

Karl se levanta y pone el culo en pompa.

Rompen en carcajadas:

—El culito respingón como tu padre. No se equivocaba mi madre. Enséñame las orejas, a ver... Igualitas a las mías, no; a las de tu padre, sí, Karl, a las de tu padre.

—Qué más da, Carlos —dice Karl—, lo que importa ahora es saber quién le dirigió esas enigmáticas cartas, haciéndose pasar por tu madre, esas en las que lo llaman asesino, cuando él ni siquiera sabía que tu madre había muerto.

—Yo creo que sí lo sabía, se lo conté en Berna, pero no sé si me oyó. Me miró todo el rato como a un extraño, como si me viera y no me viera, como si no acabara de creer que yo fuera yo.

—¿No te habló? Pero si tú creías que él sabía que tu madre había muerto —mira Karl fijamente ahora a Carlos, como pidiéndole confirmación de lo que va a decir— tampoco tú eres sospechoso de haber escrito esas cartas.

—¿Has pensado que pude ser yo?

—Sí, he llegado a pensarlo —responde con tono de disculpa.

—Pues, bien: ¿por qué no? Tal vez yo intuyera el efecto que unas cartas como aquéllas podían llegar a tener en él para forzarlo a la huida de Berna, no sé hacia dónde.

—Y la forzaste, ¿no?

—La forcé. Quería torturarlo a mi manera. Y más que porque se tratara de mi padre quizá por la intuición de que ni siquiera lo fuera.

—¿Venganza?

—No estoy seguro. Más que venganza, que a lo mejor también —llegué a odiarlo, no te lo niego—, tal vez fuera una ayuda para facilitar que su guión se cumpliera como seguramente deseaba él. Trabajé en la imitación de la letra de mi madre y, a pesar de que quizá ya le había contado que mi madre había muerto, me impuse darla por viva en esas cartas que tal vez lo confundieron.

—¿Y dónde crees tú que estará ahora?

—Puede haber vuelto a esta isla para ahogarse aquí, para ser definitivamente el muerto que creyó ser —dice Carlos. Y añade—: «¿Papá está enterrado en la isla?», le pregunté a la abuela hace muchos años, cuando de verdad creía yo que estaba muerto y que de verdad era mi padre.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que a mi padre se lo habían comido los peces.

Ya están en la isla. La sobrevuelan. En la cabina del avión, a su izquierda, los pinos canarios ascienden por el monte hasta donde el paisaje se vuelve lunar: el Teide. Al frente, en la luz dorada de la tarde, el verde norte de la isla y una desordenada floración de buganvillas en las proximidades de la terminal del aeropuerto. Las hélices cortan el aire y Karl percibe lo que para él sigue siendo misterio o milagro que no quiere que le expliquen: este modo de subir y ver el mundo desde el aire. Quizá para contemplar el mundo desde el aire es preciso tener acostumbrado el ojo y a quien no está acostumbrado a ver desde esta altura se le dispersa la mirada. Pero un campo que refulge en verde, escalonado, se desliza hasta el mar y las palmeras se ven disminuidas en su aspiración de altura sobre los tejados a dos aguas. Sin dejar de mirar por la izquierda del avión, más de cerca ahora el pico del Teide, que se alza, mágico, en la tarde luminosa, y más adelante, otras islas pequeñas, acaso La Gomera y El Hierro, que Karl ve como dibujos en piedra que navegaran por el mar. Sigue mirando al Teide con el sol de la tarde, cubriéndolo en su totalidad, endiosado. Su padre siempre le dijo que en la isla los atardeceres son mucho más hermosos que el amanecer. Y la isla, tan soberana en la lejanía, se suaviza en la proximidad con la delicadeza de sus valles.

Se emociona Karl al recordar a su padre contándole cómo en los días nítidos las puestas de sol de la isla eran muy sosas, pero que cuando se acercaban frentes nubosos del noroeste y se producía un gran contraste entre la tierra, el mar y las nubes, con tantas tonalidades, tenía la impresión de que la isla se difuminaba y de que se encontraba en otro misterioso lugar del mundo...

Karl busca ahora en la Villa la casa que le describía el padre, pero tampoco está la casa. Y si la busca no será porque su hermano no le haya advertido de que no va a encontrarla, de que ya no va a encontrar nada en aquella tierra por donde el padre anduvo de maestro. La buscó con la voz de su padre hablándole de una casa fresca y con ventanas, con un patio lleno de helechos, con un bernegal muy grande —el padre insistía en que Karl repitiera la palabra bernegal, y la palabra tina, una tina, una tina llena de culantrillo—. Además, había otras casas allí, que tampoco estaban ya, y que eran de las que su hermano Carlos le había hablado en Madrid, con el olor a la fajina de los colchones, como la de su abuela Ana, ahora en ruinas, pero entonces, en la isla que Carlos recuerda, llena de vida, llena de vida y de una mezcla insólita de olor

limpio y un intenso olor a gañanías, una sensación de polvo y de calima que aún le asfixia al recordarlo. Una casa sin ventanas para que el fuego de la tierra de malpaís, allí la tierra arde, exageraba, no se metiera por ellas e hiciera más pesada su atmósfera.

Son muchos los que no saben nada en la isla del viejo suceso de aquel maestro ahogado después de un supuesto asesinato, otros los que se resisten a hablar de él y miran con desconfianza al joven extranjero que pregunta, y nadie sabe de ahogados recientes, por si, como ha llegado a sospechar Karl, su padre hubiera acabado entregándose al mar en su huida de Berna en el mismo sitio donde llegó a creer e hizo creer haberse entregado antes al mar.

Karl se acercó a Llano Bernardino y comprobó las ruinas y se sentó en el muro donde María le daba a la piña millo. Su padre le había hablado a Karl de la piña millo, de cómo asaba su suegro la mazorca de maíz y con qué placer la devoraba María. Pero María había dejado de ser para Karl la mujer enamorada que su padre le había descrito.

—Yo pasaba un miedo tremendo cuando bajábamos al Médano, en el verano —recuerda Carlos—, y después de haber nadado hasta donde no se hacía pie experimentaba una sensación imprecisa que estaba entre la idea de que podía venir un gran pez a devorarme —una raya, por ejemplo, la abuela nos metía siempre miedo con las rayas— o que fuera tu padre el que tirara de mí hacia abajo. Nadaba de prisa hasta la playa y, cuando llegaba asfixiado a la orilla, me volvía la lucidez y sacaba siempre la misma conclusión: si a papá se lo habían comido los peces, ya no estaba allí para tirar de mí hacia abajo y, además, ya hacía mucho tiempo que se lo habían comido y no quedaba rastro de él.

—¿Por qué? —pregunta Karl volviéndose—. ¿Por qué?

Los dos hermanos se bañan en la misma playa, mirando desde la arena la montaña roja a la que no llegó su padre, según *seña* Julia, y a la que el propio Karl llegó a creerse que no llegó su padre porque se ahogó antes de llegar allí. Pero quién sabe si como la abuela Enriqueta le dijo a su supuesto hermano Carlos que su padre se había ahogado, y no era cierto, esta vez —ahora sí desaparecido— podría ser cierto; esta vez los peces, sospecha Karl, podrían haberse alimentado con el cuerpo de su padre.

—Está claro, Carlos, a mi padre se lo han comido los peces. Pero tú, a buen seguro, habrás podido observar su verdadero cadáver.

—Tengo que decirte la verdad de una puñetera vez. Esta vez sí recogieron su cadáver intacto, con la cara de horror del ahogado, en la orilla de la playa de Los Abrigos, allí de donde venía *seña* Julia el día en que él no sabía adónde iba. Me llamaron para identificarlo, Karl. Y era él. Era él, aunque bastante deformado, asquerosamente hinchado. Había vuelto a la isla mientras lo buscabais por otros lares y se entregó al mar en la misma playa donde un día dijeran que se había ahogado. No sé con qué culpas a costas o si para ahogar las culpas que se había inventado. Sin embargo, dije a la policía que no era él, que les podía confirmar que no era mi padre.

—No me lo explico —se extraña Karl—. ¿Cómo es posible?

—Aún vivía Franco, aunque le faltaran pocos años para palmarla; creí que la policía habría quedado muy satisfecha de encontrar al fin el cadáver del que todos habían dado por asesino del poderoso, pero no porque lo tuvieran por asesino, que llegaron a saber bien que no lo fue, sino por prófugo, un hombre con una identidad falseada por sus amigos comunistas; en fin, una buena presa por más que se tratara de

un cadáver. Encontrarlo muerto, sin poder darle su merecido, supongo que les habría frustrado, pero es posible que confirmar que aquél era su cadáver les habría dado alguna satisfacción que yo, tal vez ingenuamente, no quería proporcionar a semejantes hijos de perra.

—¿Qué crees que hubiera querido mi padre que hicieras en ese caso?

—Justamente lo contrario, estoy seguro. En el guión de su huida tendría prevista la identificación del cadáver del ahogado que al fin vuelve a su orilla; una manera de pagar una culpa que nunca tuvo, pero con la que cargó a sus espaldas. A eso vino.

—Renunciaste a cumplir ese compromiso, a hacerle ese homenaje, o ese capricho, claro.

—Sí. Le impuse el castigo que merecía, ignorándolo.

Karl vuelve la cabeza con disgusto y empieza a alejarse de quien no llega a saber bien si es o no su hermano.

Carlos lo mira fijamente y desafiante:

—Cuando aún creía ingenuamente que mi padre estaba en el cielo y no en Berna —empezó a hablar con sosiego— fui a ver a *seña* Julia para que me contara cómo se había ahogado mi padre y la encontré hecha un ovillo en un camastro de paja que tenía en la covacha cerca del barranco vecino al aeropuerto.

—¿Te aclaró algo?

—Me dijo que ya no se acordaba de nada sino de que quería mucho a don Carlos porque le había hecho mucho caso. De lo demás, no, de lo demás no se acordaba. Que ella tenía buena memoria, me dijo, pero sólo le alcanzaba para diez años y que de diez para allá es como si todo se lo hubiera llevado el viento. La pillé en fallo, porque también ese cariño del que se acordaba tenía más de diez años, pero ella cayó en su error, sonrió y no le dio más importancia. Dijo que había visto ahogarse a mucha gente en la mar y en la charca y casi siempre adrede. Y me dio un consejo.

Se miran los dos. Entran en silencio. Hasta que Karl pregunta:

—¿Un consejo?

—Sí, el que ahora te doy yo, querido: me aconsejó que no persiguiera a mi padre, que no hay que perseguir mucho a los muertos porque terminan ellos persiguiéndote a ti. Fue eso lo que le pasó a tu padre. Me acordé de *seña* Julia.

—Parece que te sirvió más bien poco el consejo de la vieja.

—Es verdad, Karl. Tampoco a ti te va a servir de nada. Lo siento.

EPÍLOGO

El final de esta historia requiere de la casualidad de que Karl, mientras habla con su supuesto hermano, vea pasar a un pájaro y reconozca en él a *Peter*, el pájaro que desapareció un día de su casa de Berna y cuyo regreso esperó en su infancia durante mucho tiempo.

Ya le había dicho su padre que él llegó a Suiza como *Peter* y como *Peter* parecía haberse ido.

—Míralo, míralo —dice Karl a Carlos, con la cabeza levantada hacia la altura y señalando a un pájaro en vuelo—. Ése es papá, sin duda.

—Tu padre fue siempre un pájaro —contesta Carlos.

—Sí, pudo haberse llamado Peter.

—Pero ahora, no, Karl. Ahora sí estoy seguro de que no es un pájaro, ahora es un pez sin nombre.

Casa del Carmen, Faura,
12 de septiembre de 2016